

Lugares misteriosos

VOLUMEN II

DEBATE
ediciones delPrado

ATLAS DE LO EXTRAORDINARIO

LUGARES MISTERIOSOS

Volumen II



Dirección editorial de la serie:
Juan María Martínez
Ángel Lucía

Coordinación editorial de la serie:
Juan Ramón Azaola
Carlos Ponce

Dirección técnica de la serie:
Eduardo Peñalba

Edición: Luis G. Martín, Íñigo Castro, Lourdes Lucía, Pip Morgan, Carole Devaney y Ruth Binney
Fotografía y documentación gráfica: José María Sáenz Almeida, Marta Carranza, Juan García y Nano Cañas
Diseño: John Bigg, Jonathan Bigg y Zilda Tandy
Producción: Barry Baker, Janice Storr y Rosanna Scott
Colaboraciones: Janet y Colin Bord, Nigel Pennick, Richard Bluer, Patricia Stoat, Garry Kilworth, Patricia Quaife, John Griffiths, Humphrey Evans y Polly Dyne Steel
Coordinación de colaboraciones: Jennifer Westwood
Versión castellana: Juan Manuel Ibeas

Título original: *The Atlas of Mysterious Places*

ISBN: 84-7444-303-2 Volumen II
Depósito legal: B-30.704-1993
Impreso en septiembre de 1993
Impreso y encuadernado en Printer,
Cuatro Caminos, Sant Vicenç dels Horts (Barcelona)

Foto de cubierta: Templo de Bangkok (Tailandia), fotografía de Katsuhiko Mizuno

Sumario

Volumen II

GEOMANCIA: EL MISTERIOSO ARTE DE LA LOCALIZACION

Bruce Lee, rey del kung-fu, murió prematuramente en 1973 porque, según fuentes informadas, vivía en una casa malhadada del distrito de Kowloon Tong, en Hong Kong. Advertido de este nefasto poder, Lee intentó contrarrestarlo instalando para ello un espejo octogonal a la puerta de entrada. Las inclemencias de un tifón derribaron el espejo, y la casa de Lee quedó desprotegida; con posterioridad, su dueño falleció. Hacer frente a los poderes negativos y estimular los positivos es el objeto de la geomancia, todo un sistema de modelación mística del paisaje, basado en las antiguas sabiduría y filosofía chinas.

Armonización entre Cielo y Tierra

La pintoresca armonía de los paisajes tradicionales chinos no es fruto del azar. Los expertos geománticos han combinado las fuerzas naturales con formas de creación humana, reduciendo las malas influencias y expandiendo las buenas. ¿Cuál es la finalidad de esta acción? Garantizar la salud, la felicidad y la prosperidad de las personas que viven en un lugar determinado. Pero, ¿cómo consigue un geomántico armonizar un lugar con sus cohabitantes? La denominación china de geomancia, *Feng-Shui,* significa literalmente «viento y agua». El *Feng-Shui* representa los poderes de la naturaleza que actúan sobre un lugar: el viento sobre las colinas y entre los árboles, el agua en la lluvia, los ríos y los arroyos y bajo el suelo. Estas fuerzas proceden de tres fuentes: el Cielo, determinado por factores astrológicos y temporales; la Tierra, que incluye la geología, el suelo y el clima; y el elemento humano. La tarea del geomántico no concluye hasta que las tres armonizan en un lugar.

En China, el *Feng-Shui* ha formado desde siempre parte de la vida cotidiana. En la antigüedad se consultaba a los geománticos cada vez que se planeaba una edificación, una tumba o cualquier otra alteración que pudiera afectar al paisaje. La construcción de una nueva casa, e incluso la instalación de una valla o un poste, producen alteraciones en el ambiente: la tarea del geomántico consistía en determinar el efecto que pudiera derivarse de dicho cambio y la conveniencia del mismo. Según el *Feng-Shui,* la suerte de las personas depende de la correcta ubicación de sus residencias y de si sus antepasados fueron enterrados de manera adecuada.

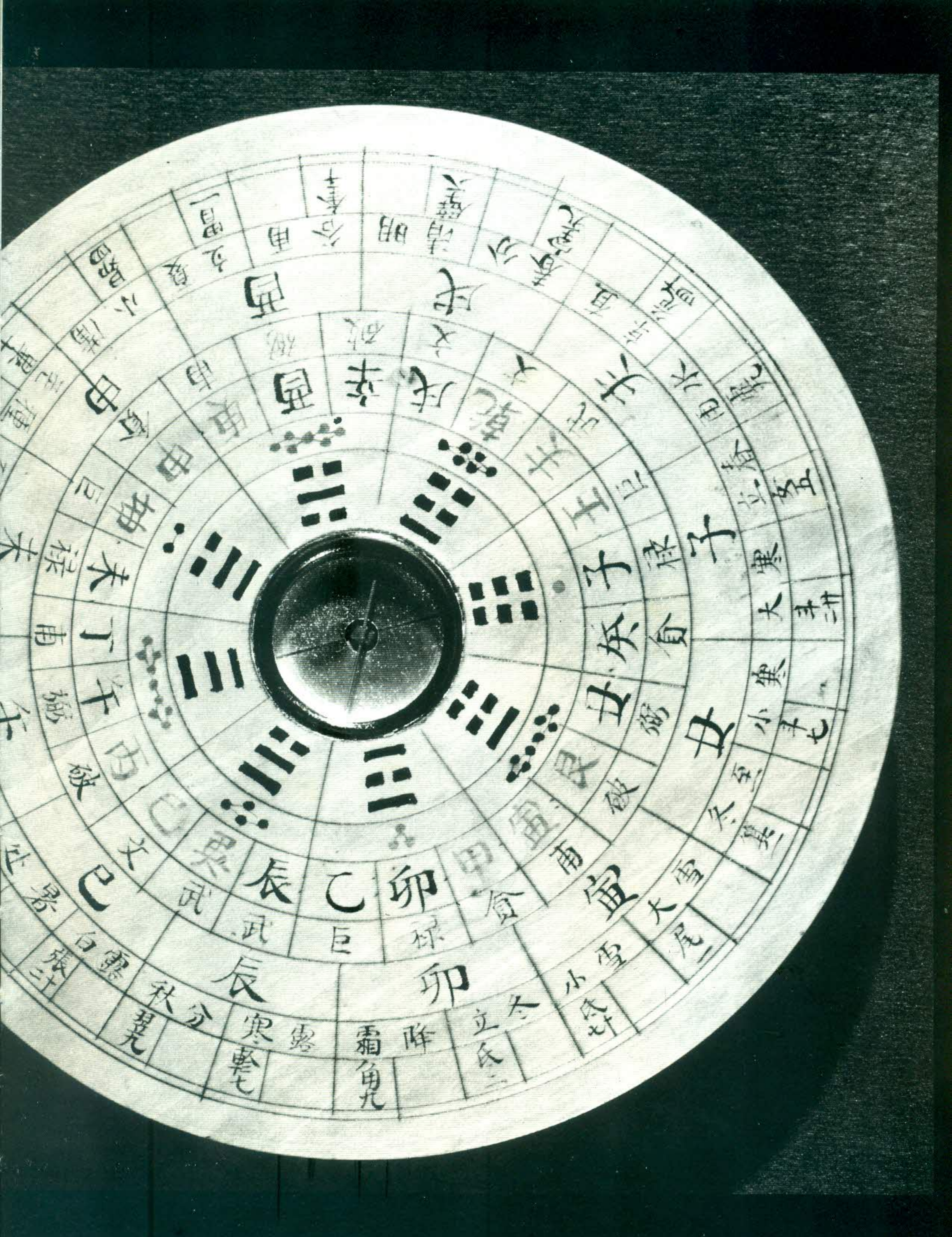
Las personas pueden superar sus limitaciones si viven en armonía con todas las fuerzas de la naturaleza, poniendo en relación estas fuerzas con el poder del Ser Supremo y armonizando los principios opuestos del *yin* y el *yang*. El equilibrio entre *yin* y *yang* se manifiesta en el *ch'i,* el «aliento cósmico» benéfico. El desequilibrio se manifiesta como *sha ch'i,* el «aliento de la desgracia», opuesto al *ch'i.* El propósito de la geomancia es favorecer el *ch'i* y evitar o neutralizar el *sha ch'i.* Para lograr una verdadera armonía, todos los edificios y elementos del paisaje, sean naturales o artificiales, han de ocupar una posición correcta, que debe ser determinada por el geomántico.

El arte de la localización

Para lograr ser correcto en sentido ritual, a la vez que eficiente en sentido práctico, es preciso situarse en el lugar adecuado, orientarse en la dirección correcta y realizar lo necesario en el momento oportuno. Esto equivale a estar en armonía con el

Los expertos geománticos utilizan un instrumento llamado brújula *Feng-Shui* para determinar el emplazamiento correcto de edificios, tumbas y otras construcciones. La esfera de la brújula contiene datos ordenados concéntricamente, referidos a la astrología, la orientación geográfica, los elementos del paisaje y los símbolos extraídos del antiguo *Libro de las mutaciones.*





子
丑
寅
卯
辰
乙
甲
巳
丙
丁
未
坤
申
庚
酉
辛
戌
乾
亥
壬
癸
艮
小寒
大寒
冬至
大雪
小雪
立冬
霜降
寒露
秋分
白露

universo. Para cumplir con estas condiciones, el *Feng-Shui* utiliza normas precisas de localización, ya se trate de un edificio, una tumba, una ciudad o del simple despacho de un directivo de empresa. Hacia el norte y detrás del lugar debe haber colinas o montañas que lo protejan de las malas influencias. El sur debe apuntar a una buena vista; a ser posible, el mar o una corriente de agua.

La elección del sitio adecuado es determinada por cinco factores: *Loong,* el Dragón, la forma de las colinas u ondulaciones del terreno en el lugar en cuestión; *Xue,* la Oquedad, los cimientos, el tipo de terreno y la estabilidad del suelo; *Sha,* la Arena, el paisaje que rodea el lugar; *Shui,* el Agua, la forma de las corrientes que pasan por el sitio o sus inmediaciones, y *Xiang,* la Orientación, la dirección hacia donde apunta la construcción.

Una larga experiencia, combinada con el pensamiento místico chino, ha dado lugar a un complicado conjunto de reglas que determinan cómo han de considerarse estos factores. El geomántico, que ha conseguido su puesto tras años de aprendizaje con un maestro, apela a una síntesis de conocimientos, experiencia e intuición en su decisión de adoptar o no el sitio convenido. Esta decisión tiene importancia primordial, pues una vez elegido un emplazamiento, la suerte de los ocupantes queda determinada por él.

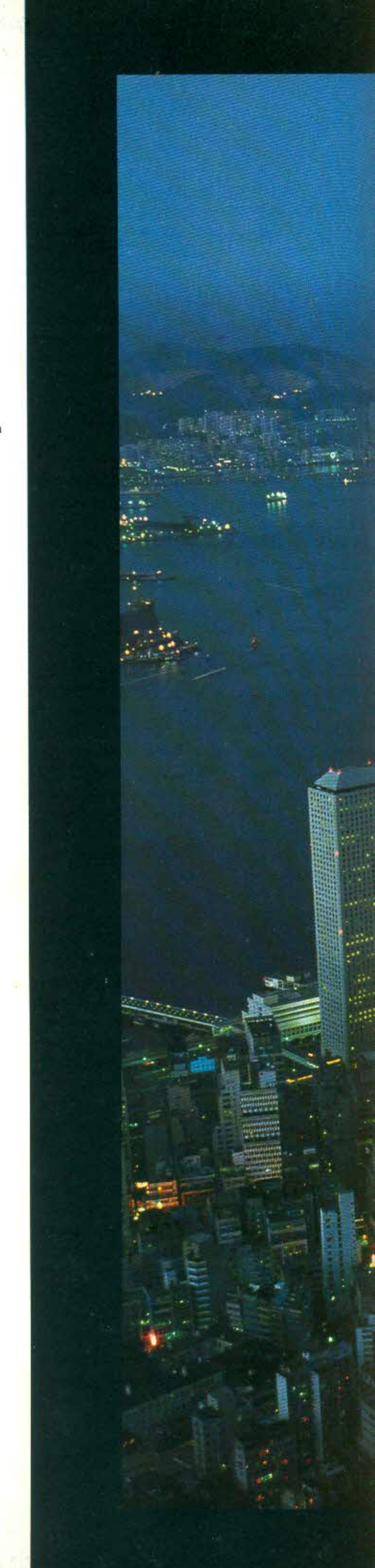
En la mitología china, el dragón simboliza las fuerzas benéficas de la naturaleza y el Ser Supremo. En la geomancia, el Dragón corresponde a la topología del lugar, sus elevaciones y sus depresiones. El terreno llano se considera malo, un «falso Dragón» que puede acarrear discordias, enfermedades e incluso destrucción. Las ondulaciones naturales son «un buen Dragón». Este último sería la causa del pintoresquismo de numerosos paisajes chinos, como los alrededores de las famosas tumbas de los emperadores Ming cerca de Pekín (Beijing), que constituyen un paraje geománticamente perfecto.

Encontrar buenos emplazamientos no es tarea fácil. En la antigua *Canción de la geomancia* se dice que pueden trascurrir tres años para encontrar el Dragón, y diez para hallar la Oquedad. En el adagio *Feng-Shui* «Encontrar el Dragón es fácil; dar con el *Xue,* difícil» se insiste en la importancia y dificultad de esta tarea. Hallar el *Xue* es la clave del geomántico, y los practicantes guardan celosamente el secreto. Los demás factores, la Arena, el Agua y la Orientación son secundarios si se los compara con el Dragón y la Oquedad, pero de igual manera pueden ser favorables o adversos. Existen 27 tipos de Arena y 9 de Agua, los cuales interactúan con los demás aspectos del lugar para que resulte propicio o desfavorable.

El último aspecto que se ha de considerar es la astrología. Según el *Feng-Shui,* toda casa, oficina comercial o tumba debe estar orientada según el horóscopo de quien la ocupe. Se regula la brújula geomántica según la fecha y la hora del nacimiento de la persona, para así decidir la orientación más favorable e incorporarla a la estructura. Buenos ejemplos de ello son los cementerios tradicionales chinos de la isla de la bahía de Miro, frente a Hong Kong, donde las tumbas están orientadas en distintas direcciones, según los horóscopos de sus ocupantes.

Significado de la decoración

El *Feng-Shui* determina todos los elementos de la construcción tradicional china. Lo que parece mero ornamento tiene en realidad significado concreto y función simbólica. Los dragones en los tejados, un elemento típico de la arquitectura china, simbolizan la fuerza y el poder de los dioses y representan el medio para desviar las malas influencias. Los dragones peces en un edificio son símbolos de éxito. Abundan los míticos guardianes del bien: el tigre blanco del oeste y el dragón azul



La isla de Hong Kong representaba para los chinos «la isla estéril», debido a su malévolo *Feng-Shui.* Carecía de la energía benéfica *ch'i* y sufría el acoso de los piratas. Con la ocupación británica, en 1842, empeoró aún más su *Feng-Shui.* Al construirse el primer centro comercial se trazaron carreteras desfavorables, se allanaron las colinas y se rellenaron los lagos. Sólo después del traslado a un lugar situado frente al mar y con las montañas detrás dio inicio la prosperidad en dicho centro comercial.



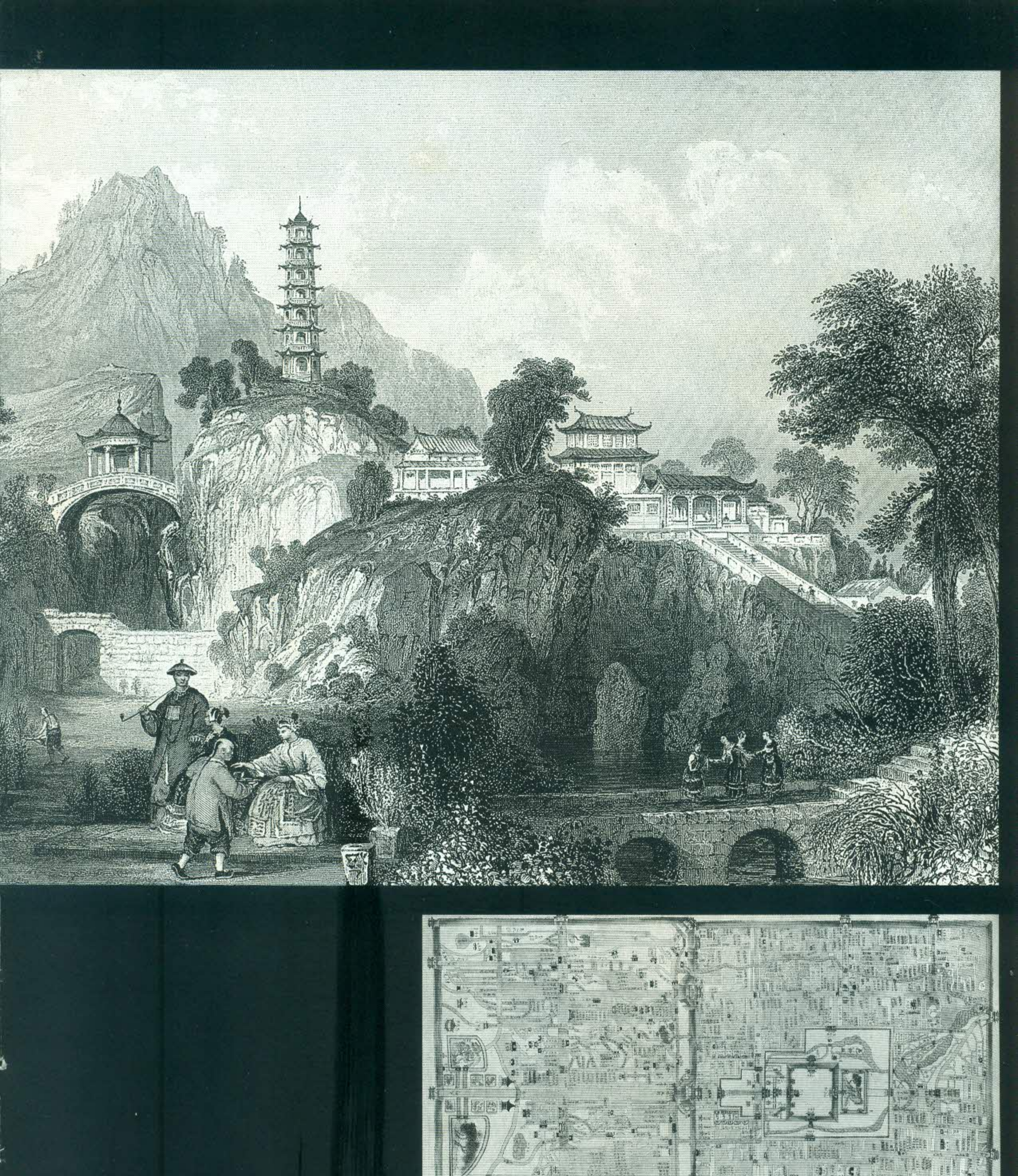
del este. El tigre blanco debe ser instalado a la derecha del edificio, y el dragón azul, a la izquierda. También es dable escribir en el lado izquierdo las palabras *loong yin*, «el dragón habla», y en el derecho, *hu xiao*, «el tigre ruge».
El color tiene también su importancia. Cada color posee un significado preciso en la tradición china, y esto se aplica a la decoración, escogiéndose con cuidado los colores para lograr un efecto que contrarreste las influencias nocivas y potencie las benéficas. El más idóneo es el rojo, que representa el *yang* o principio activo y es utilizado como símbolo de virtud y sinceridad para atraer bendiciones y felicidad a los ocupantes de una casa. El amarillo, que era el color imperial, simboliza la tierra y es un reflejo del *yin* o principio pasivo. Se lo utiliza en los entierros, y los encantamientos contra las malas influencias en los pasillos oscuros deben ser escritos en papel amarillo. El verde guarda relación con la madera y simboliza el crecimiento, la lozanía y la longevidad. El blanco es símbolo de pureza, pero también de penitencia y de luto; está considerado como un mal color, y no se lo emplea en superficies extensas, como las paredes de las casas.

¿Cómo se utiliza el *Feng-Shui* en la actualidad?
El *Feng-Shui*, formulado originariamente en China, se expandió a Japón, el sudeste asiático y, ya entrado el siglo XX, a otras áreas de la Tierra. Aunque el gobierno comunista de China ha prohibido el *Feng-Shui*, éste cuenta con muchos seguidores en Hong Kong, Malaysia y Singapur, donde se lo considera como un medio para garantizar la buena fortuna a los ocupantes de casas y oficinas. Los más lujosos hoteles y edificios de oficinas modernos de Hong Kong y Singapur fueron diseñados siguiendo los principios del *Feng-Shui*.
La misión del *Feng-Shui* no consiste tan sólo en encontrar terrenos vírgenes para construir edificios. En realidad, su principal función actual apunta a remediar situaciones adversas. Los sitios perfectos son muy escasos, y las personas han de conformarse con emplazamientos que distan mucho de ser ideales. La geomancia considera los lugares imperfectos como sitios donde las fuerzas del *yin* y el *yang* no encuentran su equilibrio, y por ello propone los medios para solucionar el problema. Por ejemplo, Milton Glaser, famoso artista gráfico de Nueva York, exasperado porque su oficina había sido desvalijada seis veces, envió un plano detallado del local a un experto en *Feng-Shui* de Hong Kong. Este le recomendó introducir un acuario con seis peces negros y colgar un reloj rojo del techo. Desde que siguió estas instrucciones no se han producido más robos en su despacho.
Las pagodas son las más conocidas de todas las estructuras y objetos que aportan tranquilidad del repertorio *Feng-Shui*. Son torres construidas en puntos de actividad geomántica, cuya finalidad consiste en eliminar las malas influencias, como unas montañas de aspecto desfavorable. Otro artificio es el espejo geomántico, que se instala en tejados, caminos y vallas para desviar el «aliento de la desgracia», que suele avanzar en línea recta. Por lo general, se trata de un espejo circular, rodeado por los ocho trigramas del *I Ching* o *Libro de las mutaciones*.
Otras técnicas correctivas del *Feng-Shui* consisten en derribar paredes, cubrir ventanas para abrir otras nuevas o variar la orientación de una puerta. Se dice que el hotel Hyatt de Singapur consiguió un espectacular aumento de los ingresos después de cambiar la puerta principal siguiendo las normas de la geomancia. El efecto de la geomancia en la estética de los paisajes y edificios es evidente a simple vista; y en las comunidades chinas repartidas por todo el mundo, sigue siendo una tradición viva que continúa enriqueciendo la vida cotidiana de sus habitantes.



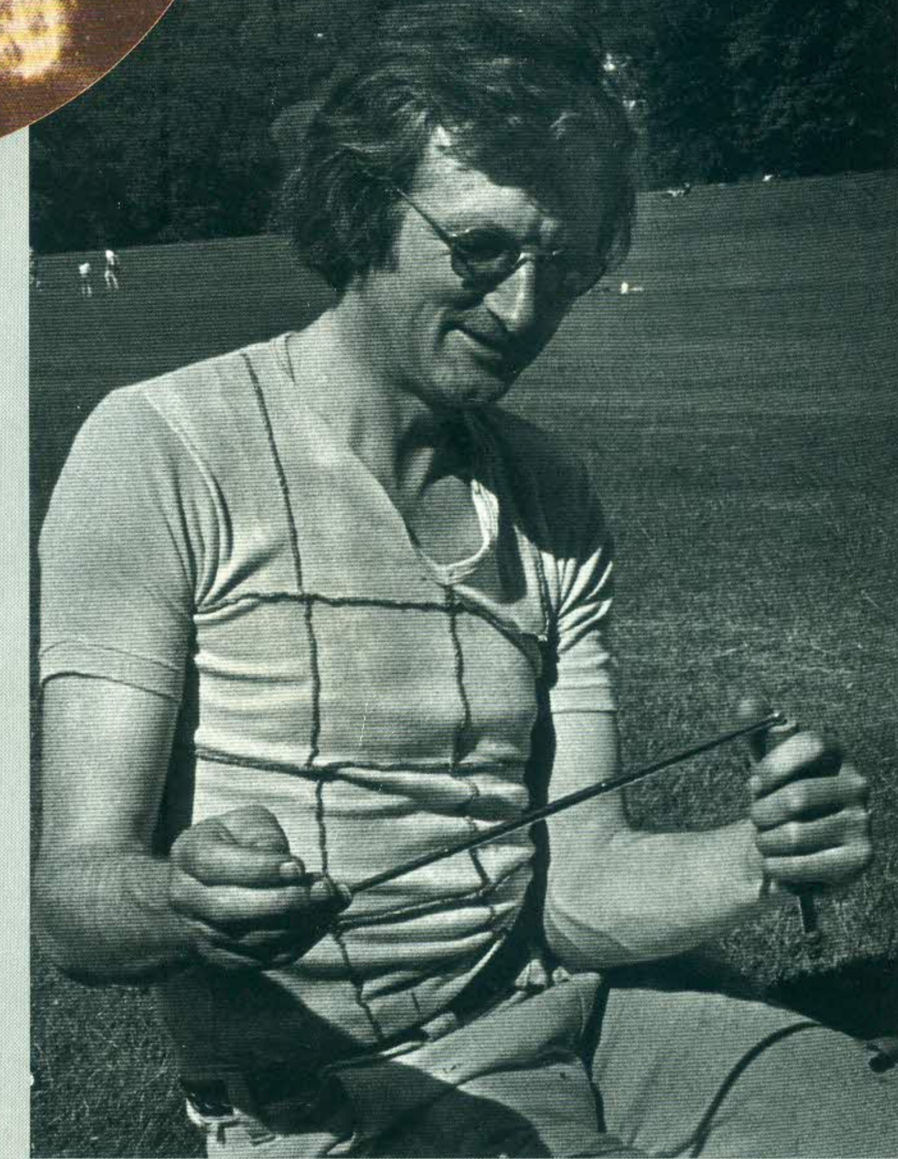
Los pintorescos paisajes chinos fueron moldeados por expertos en *Feng-Shui*. En este «Palacio Imperial de Viaje de Hoo-Kew-Shan» aparecen algunos de los elementos geométricos más importantes: montañas en la parte trasera, agua delante y una pagoda sobre una colina, todo concurrente a desviar las influencias perniciosas.

La Ciudad Prohibida, en el corazón de Pekín, se planificó siguiendo los principios *Feng-Shui*. En este plano del siglo XVIII, la ciudadela aparece como un cuadrado en blanco, rodeado de murallas y con sus límites perfectamente determinados. Los emperadores chinos se instalaban en el trono del dragón, cara al sur. De este modo quedaban protegidos contra los males procedentes del norte y obtenían la benéfica energía *ch'i* del mar y el Sol, provenientes del sur.



LINEAS EN EL PAISAJE INGLES

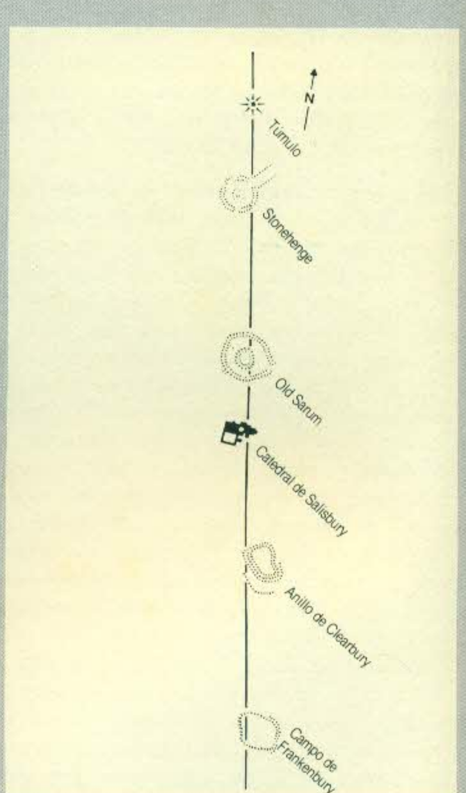
UN NOTABLE BUSCADOR DE LEYS
El escritor e investigador esotérico John Michell recogió el guante arrojado por Alfred Watkins y se propuso averiguar si los *leys* existían realmente. Apelando únicamente a lugares sagrados del neolítico y la edad del bronce en una pequeña zona de Cornualles, Michell identificó 22 alineaciones entre 53 puntos. Sus resultados, publicados en *The Old Stones of Land's End,* demostraron que este hecho no podía ser casual, convenciéndose de la existencia de los *leys.*



EL HOMBRE QUE DESCUBRIO LOS LEYS
A los 65 años de edad, y mientras recorría las colinas de Bredwardine, Herefordshire, Alfred Watkins descubrió con asombro la existencia de un sistema de líneas o *leys* en el paisaje inglés. Como si se tratase de una visión, este arqueólogo, inventor y fotógrafo aficionado, vio una red de líneas trazadas a través del paisaje, que vinculaban iglesias, piedras antiguas y otros puntos sagrados. Publicó sus descubrimientos en 1925, con el título de *The Old Straight Track,* recibiendo virulentos ataques de los arqueólogos ortodoxos. Pero desde entonces, muchos buscadores de *leys* han explorado la campiña inglesa equipados con mapas y reglas, descubriendo por sus propios medios la verdad de la visión de Watkins.

EL LEY DE SAINTBURY

Al norte de las colinas Cotswold, en el oeste de Inglaterra, hay un corto *ley* de 5,5 km que atraviesa el pueblo de Saintbury, en Gloucestershire. La fotografía muestra una vista aérea del *ley* desde el norte, que comienza en un cruce de caminos, sigue cierto trecho hasta la iglesia de Saintbury y se prolonga hasta un túmulo redondo de la edad del bronce. Más allá, el *ley* pasa por otro túmulo neolítico y un cementerio pagano, para terminar en la antigua granja de Seven Wells.



EL LEY DE OLD SARUM

Este *ley* se extiende a lo largo de 30 km a través del campo de Wiltshire y Hampshire, en dirección nornoroeste-sursureste: empieza en un túmulo y vincula Stonehenge con la fortaleza de la edad del hierro en Old Sarum, la catedral de Salisbury, un campamento de la edad del hierro en el anillo de Clearbury y una fortaleza de la edad del hierro en el campo de Frankenbury.

LAS ESTATUAS GIGANTES DE LA ISLA DE PASCUA

El domingo de Pascua de 1722, la tripulación de un buque holandés impulsado por los vientos alisios del sureste avistó tierra, inesperadamente, en medio del océano Pacífico. Al aproximarse a la costa rocosa, el almirante Jacob Roggeveen vio con asombro una hilera de estatuas gigantescas, emplazadas de espaldas al mar, y algunas de ellas tocadas con curiosos «sombreros» o cilindros rojos. Al desembarcar, el almirante descubrió que los nativos denotaban gran atraso: empleaban utensilios y armas de piedra y sólo poseían unas pocas canoas. El explorador británico Cook visitó la isla 50 años después. En su tripulación contaba con un marinero hawaiano que podía entender la lengua de los isleños, polinesia como la suya. Los nativos aseguraron ser descendientes de aquéllos que habían erigido las estatuas. Según sus leyendas, habían llegado a la isla conducidos por el jefe Hotu Matu'a y desde entonces habían pasado 22 generaciones.

Los primeros habitantes de la isla de Pascua

Unos mil años aC, una raza de hábiles alfareros y navegantes, que los arqueólogos llaman lapitas, llegaron a Fiji procedentes de Nueva Guinea, y desde allí emprendieron el largo y peligroso viaje hacia Tonga y Samoa. Cuatrocientos años después, sus descendientes navegaron aún más hacia el este, buscando nuevas islas «por encima del viento», según el dicho polinesio. Sabían que el mundo está lleno de islas, y que las islas situadas «encima del viento» siempre estaban deshabitadas.

En un texto sánscrito se describen las habilidades del piloto: «Conoce el curso de las estrellas y siempre sabe orientarse... Distingue las distintas regiones del océano por los peces, las aves y el color del agua...» Los lapitas añadían a esto el conocimiento de mareas y oleajes, las formaciones de nubes y los vientos dominantes. En sus poderosos catamaranes emprendieron largos viajes a islas lejanas, convirtiéndose en «el pueblo de las muchas islas», los polinesios.

Posiblemente hacia el 380 dC, el hijo de un caudillo de las islas Tuatomu se hizo a la mar con algunos de sus seguidores, después de una disputa, poniendo rumbo al este. Navegaron muchos días sin avistar tierra, fueron impulsados a la deriva por los vientos del oeste y acabaron por perder las esperanzas de arribar a buen puerto. Ya sin animales, a excepción de unas cuantas gallinas, el alimento comenzó a escasear. Cuando por fin aquel viento amainó, pusieron proa al norte, dieron de nuevo con los alisios del sureste y, llevados por ellos, arribaron a la última isla, *Te Pito o te Henua,* El Ombligo del Mundo. Pero también es posible que, tal como argumenta el arqueólogo noruego Thor Heyerdahl, los primeros habitantes llegaran del este, de la América del Sur preincaica, portando en sus balsas la batata, las totoras o juncos que crecen en profusión alrededor de los lagos de los cráteres de la isla, y su habilidad para tallar la piedra.

La construcción de las estatuas

Los habitantes de la isla de Pascua se convirtieron en los mejores escultores de todas las islas del Pacífico. Más o menos a partir del 400 dC comenzaron a construir plataformas funerarias de piedra *(ahu)* junto a la costa, algunas de ellas con gran-

Este grupo de gigantes ceremoniales que contemplan el horizonte es, probablemente, el más famoso de la isla de Pascua. Instalados sobre plataformas en el *ahu* de Akivi, fueron reerigidos en 1960 por el equipo del arqueólogo estadounidense William Mulloy. Cada estatua pesa 6 t. Levantar la primera supuso la tarea de cuatro semanas; en la última se tardó menos de una.



La isla de Pascua ocupa el vértice suroriental del triángulo de Polinesia; los otros dos vértices se sitúan en Hawai y Nueva Zelanda. Los polinesios recorrieron multitud de islas y gran parte del océano antes de llegar a la isla de Pascua.



La isla de Pascua ocupa una extensión de 116 km² y tiene tres volcanes principales. La piedra para las estatuas se extrajo del de Rano Raraku. La mayoría de las plataformas funerarias o *ahu* se hallan a orillas de la isla, con las estatuas mirando al traspaís.





des piedras ornamentadas, perfectamente talladas y encastradas. Los *ahu* eran tabú mientras hubiera en ellos un cadáver para que las aves y el viento limpiaran de carne el esqueleto. Luego el clan se congregaba para enterrar los huesos en el interior del *ahu,* tras lo cual se celebraba una gran fiesta en honor del difunto.

En honra a sus antepasados y por hacer gala del poder y riqueza del clan, los isleños esculpieron estatuas en la roca blanda de una pequeña colina volcánica, Rano Raraku. Al principio, la forma de las estatuas era variable, pero más tarde, hacia el año 1100, empezó a predominar una imagen: una figura de hombre, de cabeza estilizada y los lóbulos de las orejas muy largos, con a veces decoraciones en el cuerpo que representaban tatuajes. Las estatuas eran instaladas en el *ahu* para que velaran, con sus ojos incrustados, las tierras y los hogares del clan.

La isla de Pascua prosperó durante unos 600 años. Se cultivaban ñames, batatas y plátanos, construyéndose canoas de pesca y criándose gallinas. Se talaron árboles para construir grandes casas con cimientos de piedra y tejados de caña. Los jefes de clan competían entre sí en erigir las estatuas mejor talladas.

A partir del 1500 se fue desarrollando en la isla un nuevo culto, el del hombre pájaro, que quizá fuera el dios *Makemake.* Desde la aldea ceremonial de Orongo, entre los acantilados y el cráter de Rano Kau, partía cada año una carrera hasta la playa, que seguía de allí a nado hasta la isla de Motu Nui, con el fin de coger el primer huevo puesto por las gaviotras tiznadas después de su migración anual.

El jefe del clan cuyo representante obtuviera el primer huevo se convertía durante un año en una poderosa figura ritual, receptora de muchos regalos. Las casas, cuevas y rocas de los alrededores de Orongo están ornadas con tallas y relieves que narran la leyenda de *Makemake;* en las ceremonias se entonaban oraciones inscritas en tablillas de madera, los *rongorongo,* en una escritura exclusiva de la isla de Pascua.

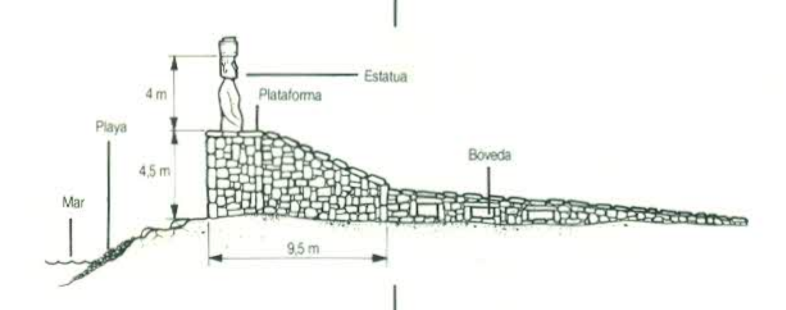
El declive de la población de la isla de Pascua

Es posible que el auge del culto a *Makemake* significara que después del 1400 llegó a la isla otro grupo de colonizadores, pero nada puede afirmarse con certeza. Sí es sabido que, en algún momento con posterioridad al 1600, estalló la guerra. La madera comenzó a escasear, y sin ella la vida se hizo muy difícil. Era imposible reemplazar las canoas perdidas, y no se podían construir buenas casas. Sin árboles, la tierra degeneró, y al no poderse contar con las cosechas, escasearon los alimentos. Mujeres y niños capturados en las acciones de guerra eran devorados. Y los *ahu* fueron invadidos por enemigos que derribaron las imágenes ancestrales.

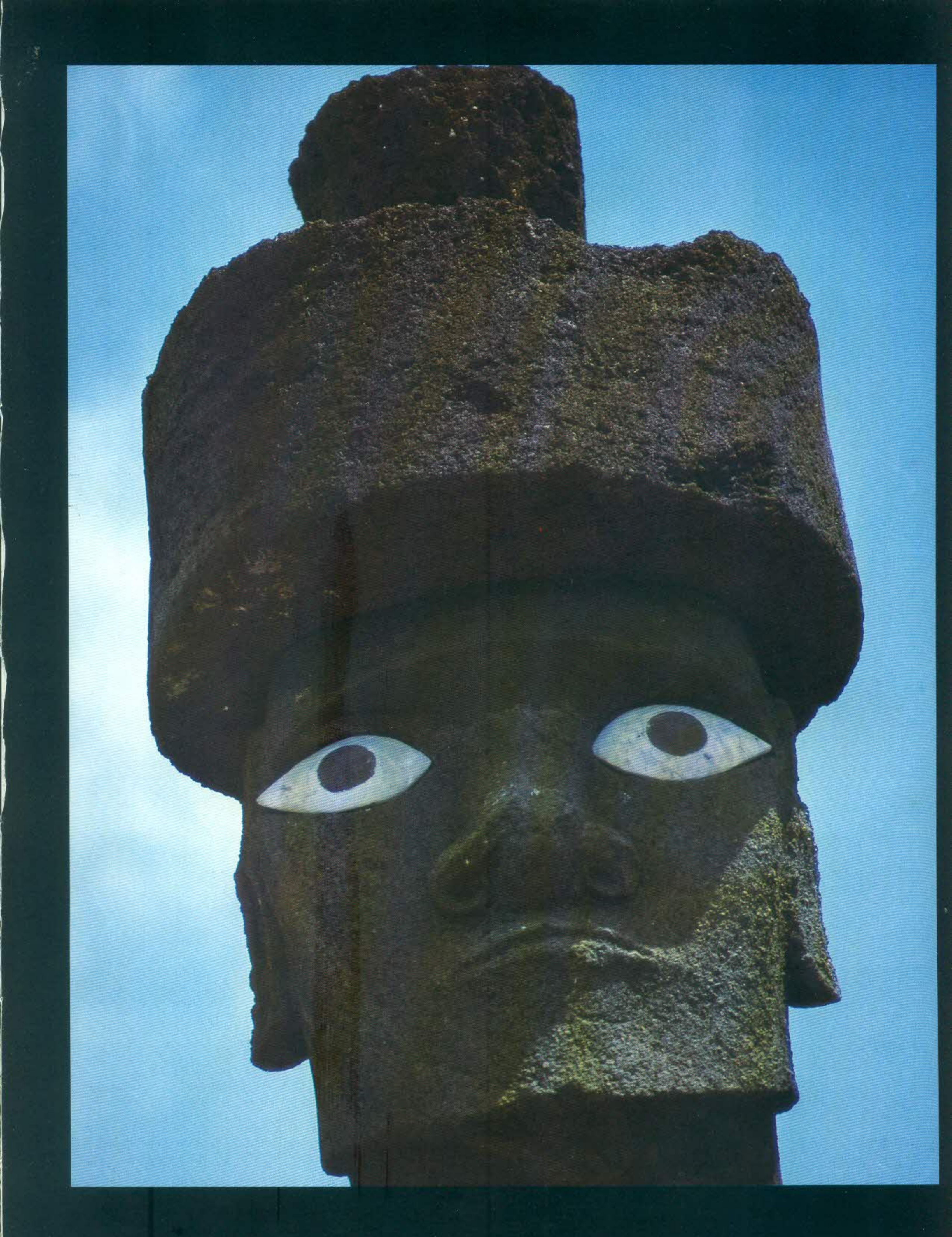
Las leyendas refieren una gran batalla que tuvo lugar tan sólo una generación antes de la llegada de los buques europeos, y que terminó con la captura y exterminio de los «orejas largas» por los «orejas cortas». Estos pueblos debían de ser descendientes de diferentes culturas, del este y del oeste, impelidos a la guerra por la escasez de árboles y el hambre.

Los informes de las escasas naves europeas que visitaron la isla hablan de guerra continuada, hambre y miseria. En 1838 quedaban en pie pocas de las grandes estatuas. En 1862, los negreros peruanos se llevaron a todos los hombres y las mujeres aptos a las minas de Perú, donde sucumbieron víctimas de las enfermedades. Los pocos que lograron regresar llevaron a la isla la viruela y la lepra. En 1877, la población de la isla estaba reducida a 110 habitantes. En 1888, el territorio quedó anexionado a Chile. Gracias a una mejor alimentación y cuidados médicos, la población sobrevivió lo suficiente como para ver su isla convertida en sede de uno de los grandes enigmas del mundo moderno.

Una de las estatuas reinstaladas, con sus gigantescos ojos de mirada enigmática. Se han encontrado más de 600 estatuas, algunas junto al *ahu* donde se alzaron en otro tiempo, y otras muchas en los alrededores de la cantera de Rano Raraku. Hay varias que miden más de 9 m de altura, y una de las que quedaron inacabadas en la cantera supera los 20, con un peso aproximado de 300 t.



Las plataformas funerarias llamadas *ahu* eran construidas con bloques de roca volcánica. Por la parte que daba a tierra, poseían largas rampas de piedras ordenadas en hileras. El *ahu* de mayores dimensiones es el de Vinapu, en la costa sur.



EL GIGANTE CALIZO DE CERNE ABBAS

La mayor y mejor conservada de las figuras gigantes de Inglaterra está tallada en el césped de una ladera junto a la población de Cerne Abbas, en el condado de Dorset. Es indudablemente pagana: un hombre de 55 m de altura, desnudo, con el pene erecto y el tronco y las tetillas remarcados. En la mano derecha muestra una maza de 37 m de longitud; el brazo izquierdo está extendido y quizá hubiese podido estar acompañado de algún objeto en la mano.

Existe la posibilidad de que entre los pies del gigante hubiera letras o números, los cuales no se han conservado: jamás cesó la polémica acerca del posible mensaje que pudo haber acompañado a la figura. Estas letras bien podían indicar el nombre del gigante, el año en que fue restaurada la figura (en cuyo caso los números corresponderían a 1748) o que formaran las palabras JHD (Jesús) o IAO (Jehová), *Jehovah/Jesús hoc destruxit,* es decir, «Jehová (o Jesús) acabó con esto».

A lo largo de los siglos se han tejido numerosas leyendas referidas a la figura. Se llegó a comentar que era la representación de un auténtico gigante que aterrorizó la zona, devorando el ganado y ocasionando todo tipo de estragos; y que un día se tumbó en la ladera a la hora de la digestión, quedándose dormido. Los habitantes aprovecharon la ocasión y le dieron muerte, grabando sus huellas en tierra.

¿Un antiguo dios o una extravagancia moderna?

La primera referencia clara al Gigante de Cerne Abbas aparece en 1751, en una carta escrita por el historiador John Hutchins, de Dorset, que en 1774 publicó su *Historia de Dorset.* En la misiva comentaba: «He oído decir al mayordomo que es una figura moderna, tallada en tiempos de lord Holles»; es decir, en los años comprendidos entre 1641 y 1666. Sin embargo, la posibilidad de que Holles no hiciera más que restaurar la talla, así como la ausencia de noticias anteriores, no es demostración de que el gigante fuese tallado en el siglo XVII.

La figura de Cerne Abbas recuerda mucho una imagen de Hércules, también desnudo y con una maza, que aparece en un fragmento de cerámica de la época romana encontrado en Norfolk. También muestra semejanzas con una talla de la edad del bronce hallada en Bohuslän, Suecia, que representa a un hombre desnudo, con el falo erecto y una lanza en la mano derecha. La figura sueca podría representar a Tiwaz, dios nórdico del cielo, la guerra y la fertilidad; pero el hecho de que Hércules fuese un héroe en la mitología griega y que los romanos del Imperio durante el reinado del emperador Cómodo (que duró del 180 al 193), le rindiesen culto, hace pensar que probablemente tuvo devotos en Gran Bretaña. Quizás el gigante fuera su imagen, o la del equivalente celta de Hércules. Tradicionalmente se le ha llamado Helith, Helis o Heil, nombres que podrían ser corrupciones de Hércules.

Las similitudes entre el Gigante de Cerne Abbas y ciertos dioses antiguos parecen indicar un origen anterior al siglo XVII. Algunas figuras de las laderas inglesas son verdaderamente antiguas. Por ejemplo, el Caballo Blanco de Uffington, Oxfordshire, puede remontarse a la edad del hierro, y el Hombre Alto de Wilmington, Sussex, podría ser neolítico. Pero ello no es segu-

Esta gigantesca efigie de un hombre desnudo puede haber supuesto un símbolo de fertilidad durante casi 2.000 años. El mero hecho de que la población de Cerne Abbas la haya mantenido durante tanto tiempo es una prueba de su poder. Por encima de la figura está el Trendle, unos terraplenes de la edad del hierro donde se celebraba la festividad del 1 de mayo, también relacionada con la fertilidad.



Las figuras de las colinas de Inglaterra están grabadas en suelo calizo. El Gigante de Cerne Abbas, en Dorset; el Caballo Blanco de Uffington, en Oxfordshire; el Caballo Blanco de Westbury, en Wiltshire; y el Hombre Alto de Wilmington, en East Sussex.



ro, pues no existe modo de datar estas figuras con exactitud. Se las trazó arrancando el césped hasta dejar al descubierto la piedra caliza blanca. Muchas de estas figuras han vuelto a quedar cubiertas de tierra, desapareciendo. Otras provienen de los siglos XVIII y XIX, pero probablemente se tratase de restauraciones de otras más antiguas, quizá deterioradas, como el Caballo Blanco de Westbury, Wiltshire.

La proximidad entre algunas de las figuras supervivientes y emplazamientos prehistóricos lleva a presuponer, igualmente, un origen remoto. El Caballo Blanco de Uffington se halla junto a una fortaleza de la edad del hierro; el Caballo Blanco de Westbury, bajo otra construcción de la edad del hierro; y el Hombre Alto de Wilmington, cerca de un túmulo neolítico y otros varios montículos funerarios. Sobre la cabeza del Gigante de Cerne Abbas, exactamente en la dirección que indica la maza, se encuentra el Trendle, un pequeño recinto rectangular de la edad del hierro, delimitado por zanjas y terraplenes.

¿Era el gigante un símbolo de fertilidad?

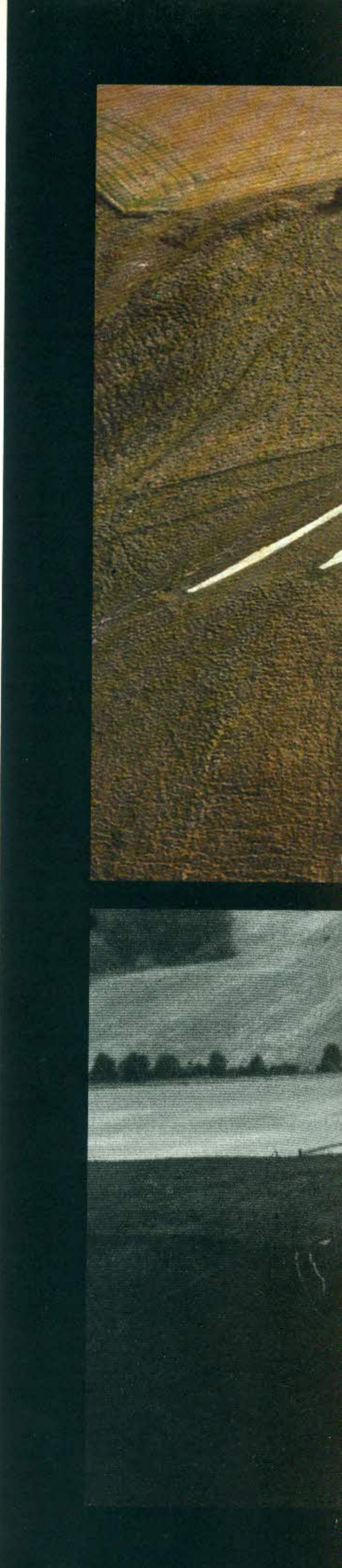
El folclore británico conserva numerosas referencias a rituales de fertilidad. Las mujeres sin hijos visitaban determinadas piedras, frotándose contra ellas o sentándose encima en procura de fecundidad; algunos pozos tenían fama de curar la esterilidad; y en algunas iglesias cristianas existen tallas explícitamente sexuales, de hombres y mujeres mostrando sus genitales, aunque se ignora su razón de ser.

El ciclo agrícola ha solido incorporar muchas costumbres relacionadas con la fertilidad. Una de ellas, popular, que ha llegado hasta nuestros días, aun cuando despojada de su carácter original, es la danza alrededor del poste de mayo. La noche de vísperas del 1 de mayo los jóvenes acuden al bosque a cortar el poste y a efectuar su contribución personal a los ritos de fertilidad. El propio poste era un claro símbolo fálico, alrededor del cual se danzaba. Es muy significativo que el Trendle de Cerne Abbas fuera, hasta hace poco, el escenario de estas celebraciones del 1 de mayo. Se llevaba allí un tronco de abeto y los aldeanos bailaban a su alrededor.

Por razones evidentes, se creía que el Gigante de Cerne Abbas poseía poderes de fertilidad, y las mujeres estériles se posaban sobre la figura (en especial sobre el pene de 9 m) con la esperanza de quedar embarazadas. Había quienes creían, incluso, que era preciso realizar el acto sexual para que se produjera la concepción. Y las muchachas solteras que deseaban casarse y tener muchos hijos pasaban la noche sobre el contorno blanco del gigante.

Otro misterio consiste en cómo ha logrado el gigante sobrevivir tanto tiempo, si se tiene en cuenta que en el siglo VI se fundó un centro religioso en la aldea. ¿Es posible que fueran los propios monjes quienes tallaron la figura? Esto resulta improbable, pero hay quien opina que en la época en que el cristianismo coexistía con los cultos paganos, los monjes modelaron el gigante como representación del dios pagano de la fertilidad. En aquellos tiempos, la figura desnuda del gigante no habría parecido obscena. Otra posibilidad es que se lo trazara en la época de la decadencia de los monasterios, bajo el reinado de Enrique VIII, a modo de comentario sobre los hábitos personales de los monjes y el abad.

Las letras ya ilegibles que había entre los pies del gigante pudieron haber sido un intento de los monjes por contrarrestar la influencia de los atributos paganos y viriles del mismo. Al carecer de autoridad para destruir la figura, a ésta se le añadieron las letras JHD («Jehová acabó con esto»), con la intención de anular su poder. Aun cuando nunca se llegue a conocer la verdadera historia del gigante, basta con que haya sobrevivido para que se nos hagan presentes las creencias de tiempos pasados.



La gigantesca incisión estilizada del Caballo Blanco de Uffington, en Oxfordshire, supone un auténtico misterio. La figura mide 111 m de la cabeza a la cola y se ve mejor desde lejos o desde el aire. Es probable que haya sido modelada por los celtas en la edad del hierro, hacia el 100 aC. Durante la invasión celta se lo veneró como una imagen de la diosa Epona.

También es posible que el Caballo Blanco no sea tal, sino un dragón, según sostiene una tradición local. Cerca de él se alza la colina donde se dice que san Jorge mató al dragón, y en cuya cima no crece la hierba por ser allí donde se derramó la sangre de la bestia. Y no parece imposible que la figura fuera una conmemoración gráfica del triunfo de san Jorge.



FIGURAS EN LAS COLINAS DE LA ANTIGUA INGLATERRA



EL HOMBRE ALTO DE WILMINGTON
Representa una figura tallada de 70 m de altura, con una vara o lanza en cada mano, que se encuentra en la ladera norte de la colina Windover, cerca de Wilmington, en el condado de Sussex. Se desconoce su antigüedad, aunque la representación actual se remonta a 1874, fecha en que fue restaurada. Se la ha identificado, respectivamente, con un gigante local, san Pablo, un soldado romano, un agricultor sajón o un agrimensor prehistórico, que utiliza sus dos varas para determinar líneas de visión. Quienquiera que fuese, lo más probable es que tenga 2.000 o 2.500 años de antigüedad.

EL CABALLO BLANCO DE WESTBURY

Esta figura tallada en una ladera al borde de la llanura de Salisbury se remonta tan sólo a 1778, fecha en que un noble local ordenó la restauración del caballo original, mucho más enigmático que el actual; en un dibujo de 1772 se ve la figura original con el cuerpo largo y delgado, un ojo muy grande y una cola fina y rematada en media luna. Se desconoce la edad de la figura original: según algunos, fue obra de los celtas; según otros, fue modelada en conmemoración de la victoria del rey Alfredo sobre los daneses en el año 878; y hay quien sostiene que no es sino una extravagancia del siglo XVIII.



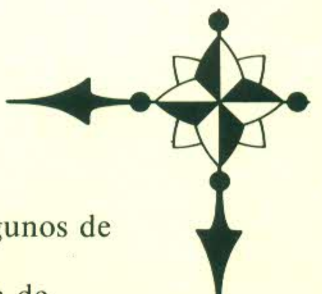
LA DANZA DEL POSTE DE MAYO

Un importante ritual de fertilidad que se celebra cada año. El Trendle, situado sobre el Gigante de Cerne Abbas, era un escenario tradicional del mismo. Los postes, pintados en franjas rojas y blancas, medían unos 25 m de altura, y algunos llegaban a ser mayores: en Barwick-in-Elmet existe uno de 27 m, y el último que se erigió en Londres, en 1661, alcanzaba los 41.

CIUDADES ANTIGUAS

«...Entre los muros de inmensas montañas, coronadas por ciclópeos pilares, cual soberbios torreones,
moradas de los que se fueron, que miran con desaprobación
sobre las brillantes olas que rodean sus oscuros cimientos.»

Percy Bysshe Shelley



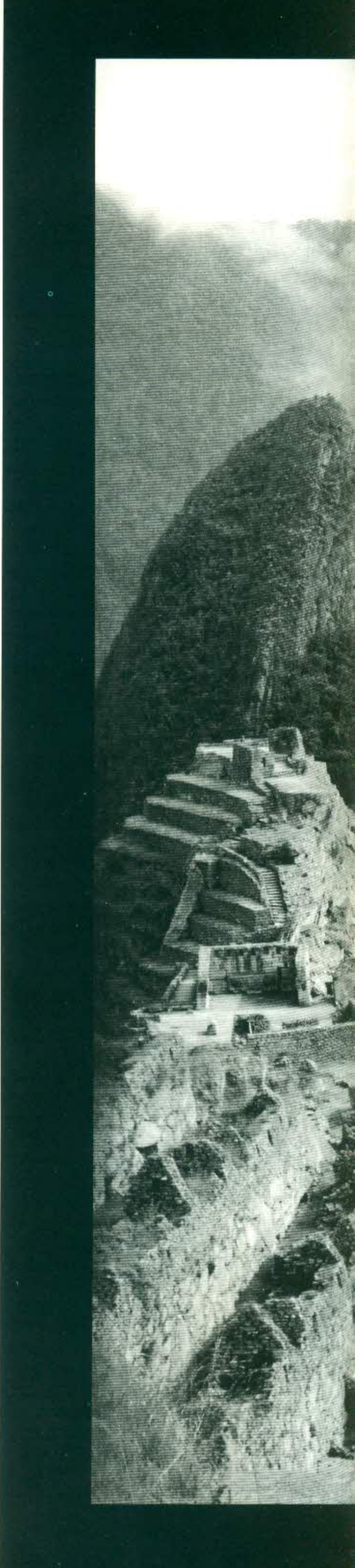
Las ciudades antiguas, de orígenes inciertos, constituyen algunos de los lugares más misteriosos del mundo. Desiertas, pero no destruidas en su totalidad, estas ciudades persisten en forma de ruinas que maravillan a los aficionados a los misterios. ¿Cómo erigieron con tanta perfección los incas las grandes murallas de Machu Picchu? ¿Qué secretos se aplicaron en la construcción de la Pirámide del Sol en Teotihuacán? ¿Cómo se construyeron los gigantescos templos de Angkor, en perfecta conjunción con el complejo sistema de canalización de sus aguas?
El propósito de estructuración de estas antiguas ciudades puede ser tan desconcertante como su misma construcción. Algunas, como el Gran Zimbabue, eran probablemente centros comerciales, mientras que otras desempeñaban una función más espiritual. Por ejemplo, los *kivas* de Chaco Canyon contienen «túneles de los espíritus», mientras que Petra fue una enorme necrópolis construida para alojar difuntos.
Con igual simultaneidad unas ciudades nacían y prosperaban y otras quedaban condenadas a la decadencia y la destrucción. En muchos casos, ignoramos cómo y por qué quedaron desiertas y en ruinas. A pesar de ello, sus edificios sobreviven como recordatorios de su enigmático pasado.

MACHU PICCHU: LA FABULOSA CIUDADELA INCA

Cuando Gonzalo Pizarro (hermano de Francisco) y su reducida tropa llegaron a Perú en la década de 1530, debieron quedarse sorprendidos ante la facilidad con que conquistaron el país. El Imperio inca estaba involucrado en una sangrienta guerra civil, y sus soldados «de infantería» no eran rivales para la caballería española. En 1536, el emperador inca derrotado, Manco Cápac, huyó de su capital, Cuzco, y fundó otra ciudad, llamada Vilcabamba; aquí, su dinastía sobrevivió otros 36 años. Hiram Bingham, de la Universidad de Yale, llegó a Perú en 1911 con la intención de encontrar Vilcabamba y descubrir el emplazamiento del último refugio inca. Estableció su base en Cuzco y exploró sistemáticamente los alrededores. Tras varios días de recorrer la ribera del río Urubamba, encontró a un campesino que se prestó a enseñarle unas ruinas en lo alto de una montaña próxima, a la que llamaba Machu Picchu o Viejo Pico. Tras una fatigosa ascensión a través de la espesura de la selva, y teniendo que cruzar frágiles puentes colgantes de cuerda, el equipo de Bingham llegó a lo que actualmente conocemos como la Tumba Real. A pesar de la densa vegetación que las cubría, Bingham advirtió que éstas no eran unas ruinas comunes. Las murallas de granito blanco lo dejaron asombrado: «Poco a poco, fui tomando conciencia de que tal muralla, con el templo semicircular sobre la cueva, era de tal perfección que podría ser comparada con la mejor obra de sillería del mundo... Casi me quedé sin aliento. ¿Qué podría haber aquí?»
La creencia de que se trataba de Vilcabamba le llevó a organizar una expedición el año siguiente para despejar de árboles la zona y limpiar el monumento. Así quedó revelada al mundo la fabulosa ciudadela de Machu Picchu. Pero no se trataba de Vilcabamba, pues los documentos españoles indican que esta ciudad estaba en dirección opuesta a partir de Cuzco. Hasta hoy, los estudiosos no han manifestado una opinión unánime acerca de su emplazamiento exacto.

La ciudad y sus habitantes

Sólo desde el observatorio instalado en la cima de la vecina colina de Intipunku se puede tener verdadera conciencia del aspecto colosal de Machu Picchu. La ciudadela es obra soberbia, proeza de planificación urbana, de ingeniería, arquitectura y técnicas de construcción. ¿Quién levantó esta sinfonía de piedra, este vasto complejo de edificios tan magistralmente construidos que en 5 siglos de devastación de la agreste selva peruana no han perdido más que los techos de paja y caña? Las formas arquitectónicas son inconfundiblemente incas, pero, por lo demás, sus orígenes están rodeados de un misterio tan denso como las nieblas matutinas que se arrastran alrededor de la ruinosa plaza fuerte. Da la impresión de que en cualquier momento puede materializarse, en el marco inclinado de una puerta, un guerrero inca con adornos de oro y tocado de plumas.
Los enigmáticos incas no conocían la rueda ni la escritura, pero forjaron un imperio que se extendía a lo largo de 3.680 km en las estribaciones de los Andes. ¿Qué significaba para ellos esta ciudad, ubicada en un macizo rocoso a 2.300 m en las laderas orientales de los Andes y a 112 km de Cuzco? El



La ciudadela de Machu Picchu, precariamente instalada en un repecho montañoso de la cordillera andina, permaneció oculta durante cuatro siglos, hasta que Hiram Bingham retiró en 1911 el verde velo de la jungla que la cubría. Empinadas escalinatas conducen a los santuarios de granito y a las residencias de piedra maravillosamente tallada con fuentes y flores. Aun cuando haya quien crea que Machu Picchu fue el último refugio de los incas, lo más probable es que se tratara de un centro ceremonial, donde los nobles incas y las Vírgenes del Sol adoraban a sus dioses y consultaban los cielos.



Las ruinas de Machu Picchu se encuentran a 450 m sobre el curso del río Urubamba, afluente del Amazonas, a unos 112 km al norte de Cuzco, «el ombligo del mundo», que tenía la forma de un puma gigante.



término «ciudad» no es el más idóneo, pues en estas terrazas y escalinatas de piedra nunca resonó el clamor de la multitud ocupándose de sus asuntos cotidianos.
Machu Picchu era un complejo de templos, palacios y observatorios, residencia de las clases dominantes incas. A occidente de la ciudad se encuentra la piedra sagrada o Intihuatana, cuyo nombre significa «poste para amarrar el Sol»: una pequeña pirámide allanada, coronada por un gran «reloj de sol» en piedra, tallado en la roca, de gran belleza formal. Desde aquí, los sacerdotes efectuaban observaciones y cálculos que les permitían seguir los movimientos celestes, un conocimiento que les garantizaba autoridad religiosa y poder terrenal. Las predicciones referentes al clima y a las cosechas se realizaban mediante el análisis de las entrañas de llamas sacrificadas.
La ciudadela se asienta en un escarpado repecho de la montaña, con grandes precipicios a los lados que constituyen magníficas defensas naturales y permiten disfrutar de una espléndida vista del valle del Urubamba, el cual se veía obligado a atravesar cualquier enemigo que procurase llegar a la capital, Cuzco. A pesar del carácter espiritual del lugar, no hay que menospreciar las consideraciones de tipo estratégico, imprescindibles en un pueblo que había instituido un imperio de dimensiones semejantes al de Julio César.
Aparte de los sacrificios humanos que se llevaban a cabo en momenos de catástrofe, los incas practicaban otras costumbres que resultan extrañas para nosotros. Las mujeres de clase alta, por ejemplo, tenían el cráneo deformado, probablemente por razones de estética. Al nacer se entablillaba la cabeza de las niñas con maderas y correas, que no se quitaban hasta que el cráneo quedaba totalmente formado, al terminar la adolescencia. Para entonces, la muchacha tenía la cabeza alargada hacia arriba y atrás en grado alarmante. Esta extraña costumbre pudo dar origen a otra, sabia, la de la trepanación, consistente en la extirpación de numerosos fragmentos de los huesos del cráneo en un rito de cuchillos llamados *tumis.*

La caída de Machu Picchu

Hiram Bingham encontró muchos objetos de piedra, bronce, cerámica y obsidiana, pero ninguno de oro o de plata. Y sin embargo, debieron existir en Machu Picchu tesoros fabulosos, comparables a los encontrados en el Templo del Sol en Cuzco, donde incluso en el jardín había reproducciones en oro de plantas de maíz y de otras especies. No parece probable que los españoles se llevaran el oro y la plata, pues jamás dieron con Machu Picchu. Los españoles nunca regatearon esfuerzos por llegar a todo lugar habitado de Perú y proceder a un inventario completo antes de adueñarse de aquello que consideraban valioso, pero no existe ni una sola referencia a Machu Picchu en las crónicas españolas. El investigador peruano Víctor Angles Vargas opina que la ciudad quedó deshabitada a finales del siglo XV, antes de la llegada de los españoles. La razón de este abandono es uno de los mayores enigmas de esta ciudad sagrada.
Las guerras entre tribus incas rivales eran frecuentes y sangrientas, y a menudo implicaban la aniquilación de comunidades enteras. Cuando el gobernante inca Huayna Cápac derrotó a la tribu de los caranque, ordenó que fueran ejecutados todos los supervivientes. Es factible que los habitantes de Machu Picchu corrieran esta suerte. Otra hipótesis apunta a que un sacerdote novicio violara a una de las sagradas *ajllas* o Vírgenes del Sol. El Inca Garcilaso de la Vega, hijo de un español y una princesa inca, escribió detallados comentarios acerca de las costumbres de aquel pueblo. Acorde con su testimonio, si alguien violaba a una *ajlla,* no sólo era condenado a muerte, sino que «se asesinaba a sus sirvientes, familiares y vecinos, a



La Torre del Sol, en el centro de la fotografía, es uno de los mejores ejemplos de construcción incaica. La torre, en forma de herradura, está erigida con piedras perfectamente encastradas, sin necesidad de argamasa. Cada hilera de piedras es algo más pequeña que la inferior. Una ventana trapezoidal permite observar el solsticio de invierno.

Este detalle de un muro de Ollantaytambo, fortaleza cercana a Machu Picchu, demuestra la extraordinaria habilidad de los incas en las obras de granito. Los bloques de piedra están tan magníficamente cortados y encastrados que los líquenes tienen que crecer fuera de las junturas.

La Intihuatana, piedra sagrada dedicada al poderoso Inti, dios del Sol, está tallada en un único bloque de roca. En la festividad de Inti Raymi, celebrada en el solsticio de invierno, se amarraba simbólicamente al dios a la piedra, con el propósito de asegurar su retorno al año siguiente. Pero también hacía las veces de instrumento científico, ya que podía indicar los solsticios, los equinoccios y los movimientos lunares.



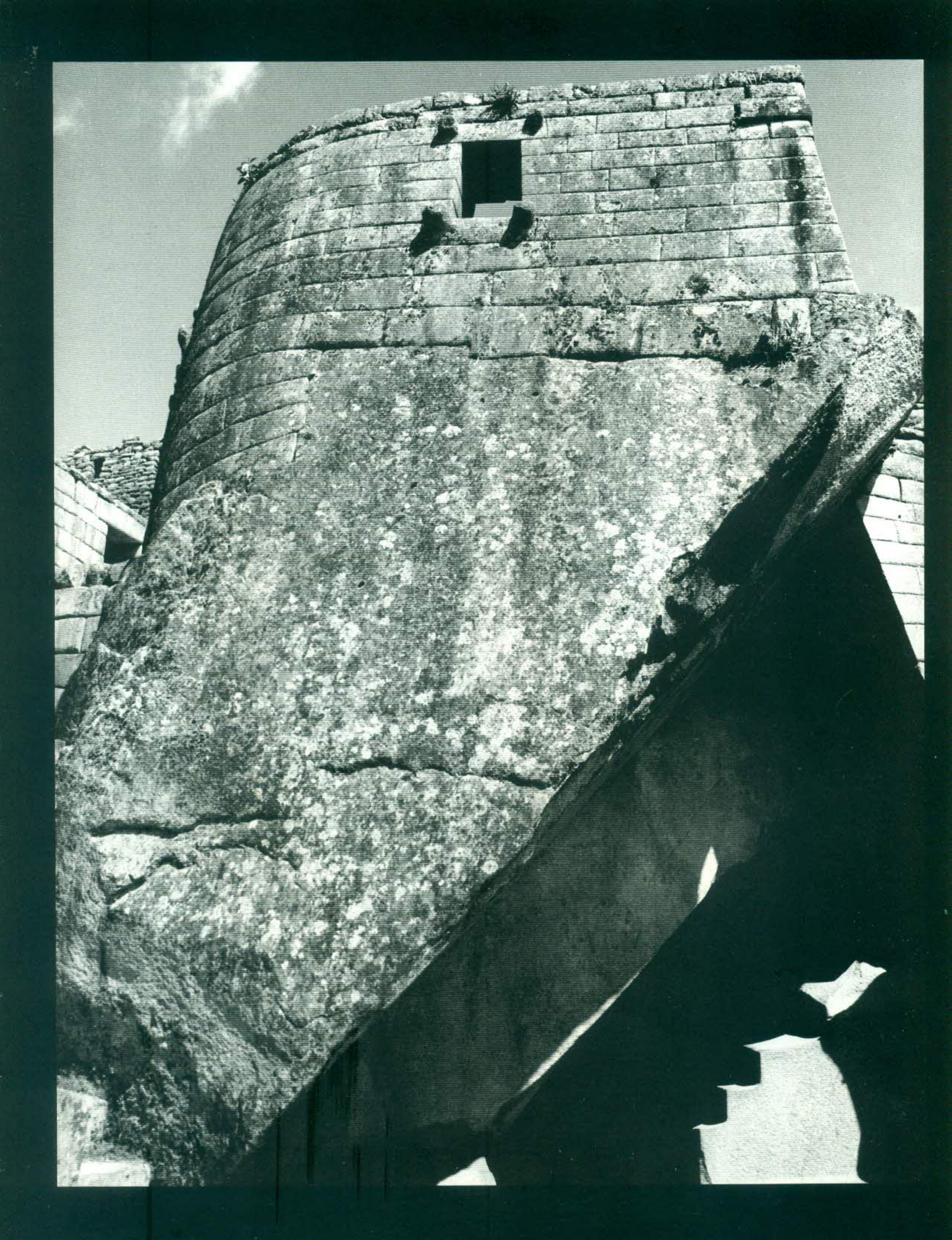
los habitantes de su ciudad y su ganado... No quedaba nadie: el lugar se declaraba maldito y se lo incomunicaba para que nadie encontrase señales de su existencia, ni siquiera los animales.» ¿Fue éste el fin de los nativos de Machu Picchu?
Las epidemias son comunes en la zona, incluso en nuestra época: en los años 40, el paludismo diezmó la población de una zona próxima a Machu Picchu. Hiram Bingham encontró el esqueleto de una mujer que había padecido sífilis que, al parecer, no fue la única afectada. Quizá la ciudad fuera víctima de una epidemia tan terrible que las autoridades la declararon en cuarentena perpetua. Los análisis científicos de los esqueletos encontrados en la ciudad, con la utilización de modernos métodos desconocidos en la época de Bingham, pueden arrojar alguna luz sobre el asunto; en caso de que estos resultados no sean los esperados, el motivo de la repentina despoblación de Machu Picchu permanecerá para siempre en el misterio.

Debajo de la Torre del Sol se halla la Tumba Real, tallada en granito macizo. Un trono de piedra, los muros revestidos de baldosas y su instalación privilegiada debajo de la torre sagrada indican que éste era el mausoleo de un personaje inca de trascendental importancia.

La construcción de la ciudad sagrada
El hecho más fascinante para los visitantes actuales es la grandiosidad de la construcción. Los incas no disponían de animales de tiro, y a pesar de ello erigieron enormes paredes con piedras que pesaban varias toneladas cada una, y tan bien encastradas que resulta imposible introducir la hoja de una navaja en cualquier juntura.
Es característico de la arquitectura incaica el modo en que están cortadas las piedras, con muchas facetas que encajan a la perfección sin necesidad de argamasa, formando un símil de rompecabezas tridimensional. Este tipo de diseño aumenta considerablemente la estabilidad del muro, algo necesario para poder resistir los frecuentes temblores de tierra que sacuden los Andes. En Cuzco hay una muralla inca con una famosa piedra que tiene doce ángulos en sus caras. En Torontoy, uno de los pequeños emplazamientos que rodean Machu Picchu, existe otra piedra con 40 ángulos.
¿Cómo lograron los incas tal perfección en la construcción? El problema de la mano de obra quedaba resuelto con el trabajo de los cautivos de otras tribus. Por ejemplo, los templos de Ollantaytambo fueron construidos por los indios colla, habitantes de las orillas del lago Titicaca. Pero, ¿cómo conseguían cortar el granito en sillares tan largos? Aun cuando era grande su habilidad para la fundición y aleación de metales blandos —oro, plata, cobre y bronce, con los que hicieron magníficos trabajos—, los incas nunca descubrieron la manera de fabricar utensilios de hierro.
A pesar de no contar con útiles capaces de trasformar piedras de tal dureza, y por tanto carecer de tecnología para llevar a cabo tal trabajo, los incas vencieron todo tipo de contratiempos. Este es otro de los grandes enigmas que nos ha dejado esta misteriosa etnia, motivo de múltiples explicaciones. El guía de Sacsahuamán, cerca de Cuzco, asegura que estos trabajos fueron realizados con fragmentos de hematites de origen meteórico. Si esto es así, los Andes debieron sufrir un tremendo bombardeo de meteoritos, pues los instrumentos hechos de hematites no son muy resistentes, pese a lo cual las piedras representan un trabajo de millones de horas/hombre.
Otra teoría que suele invocarse como explicación de estas construcciones es el empleo de tecnología láser por parte de visitantes extraterrestres. Esta teoría, que niega a los incas la capacidad de efectuar su tarea por sí mismos, se basa en la muy arraigada opinión de que el siglo XX representa la cima de los adelantos humanos. Esta concepción del mundo, con su sencillo encadenamiento de causas y efectos, ha ayudado a vencer enfermedades y conquistar el globo, pero no tiene en cuenta la posibilidad de que la humanidad haya perdido ciertos poderes detentados por las razas de la antigüedad.



El Templo de las Tres Ventanas recibe esta denominación debido a sus tres aberturas trapezoidales. No se ha encontrado ningún indicio de su posible función, aparte de una piedra rectangular situada a poca distancia de las ventanas, y que podría suponer un punto de referencia para realizar observaciones solares.



LA EXPLORACION DEL ANTIGUO PERU

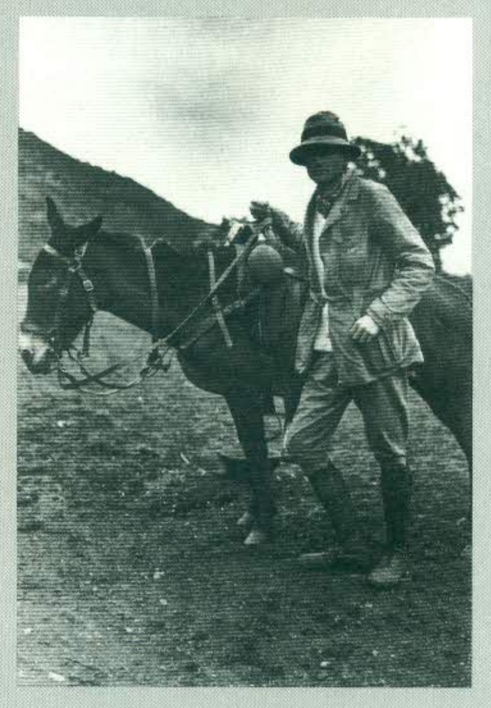
VASIJAS MOCHICAS
La cultura mochica, que floreció en la costa norte de Perú desde el 200 aC hasta el 900 dC, nos dejó vigorosas imágenes de la vida cotidiana en sus numerosas vasijas con efigies de guerreros, animales, plantas, montañas, peces, e incluso un puma atacando a un hombre.

LOS SUDARIOS DE PARACAS
Muchos de los cuerpos momificados que se encontraron en los cementerios de Paracas estaban envueltos en telas magníficamente bordadas. Estos sudarios —junto con otros tejidos de colores, como gorros, camisas y bolsos— denotan la importancia que concedían a la otra vida los pueblos que habitaban el sur de Perú hace unos 2.000 años.

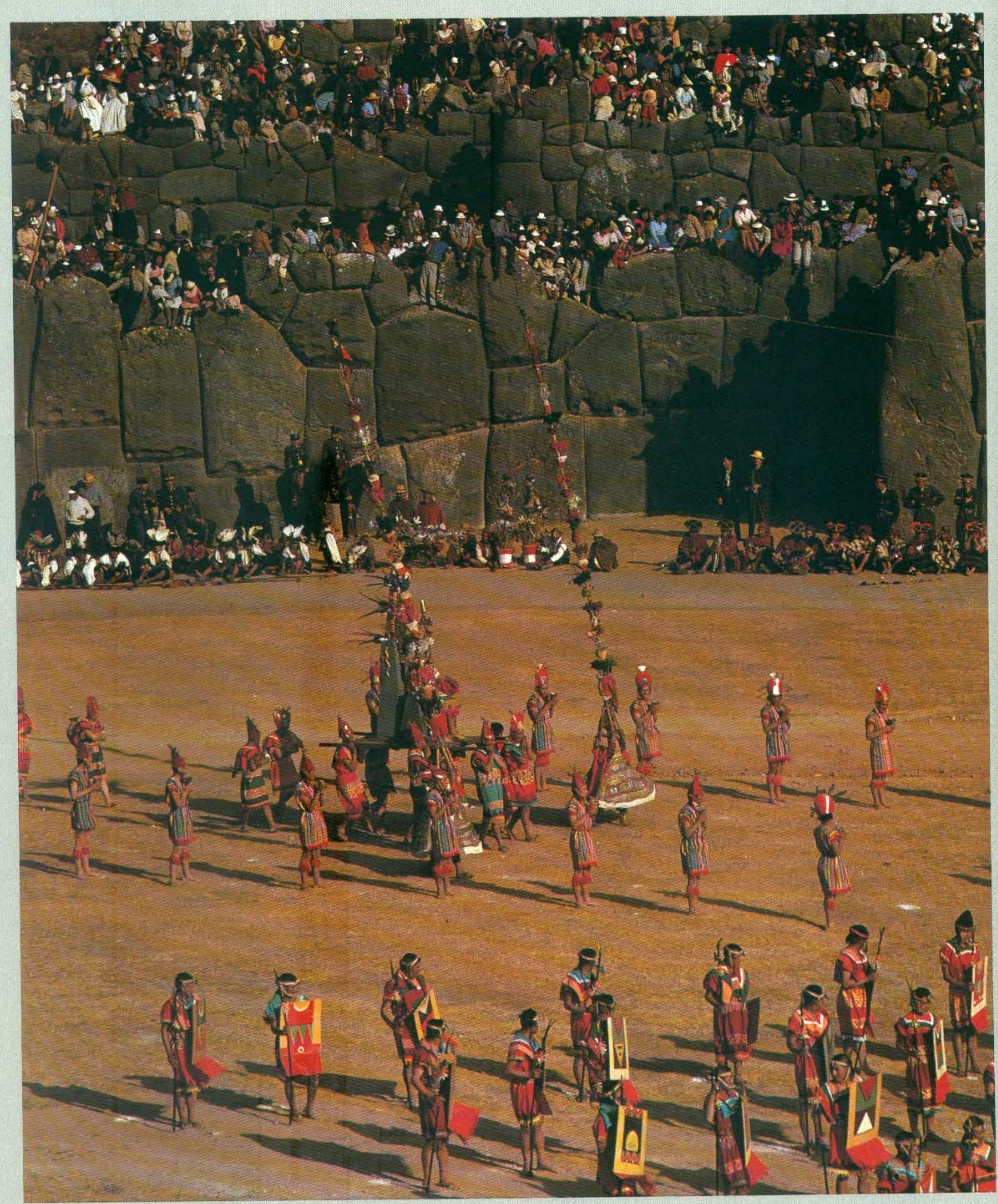


CELEBRACIONES SOLARES
La festividad inca de Inti Raymi, o del Sol, escenificada en Sacsahuamán, cerca de Cuzco. Se celebraba en junio y diciembre, coincidiendo con los solsticios de invierno y verano. Duraba ocho días e incluía oraciones, acciones de gracia, sacrificios de animales, ofrendas de hojas de coca y el ritual de amarrar al Sol a la piedra ceremonial, Intihuatana.





EL ERUDITO AVENTURERO
Hiram Bingham murió convencido de que la ciudadela que descubrió en 1911 era Vilcabamba, el legendario último refugio de los incas. Pero poco después de su muerte, en 1956, se pudo comprobar el error de este profesor de Yale, que combinaba los conocimientos del historiador con el coraje del explorador. Vilcabamba se halla en algún otro sitio todavía por descubrir. Y la ciudadela que Bingham reveló al mundo se llama Machu Picchu por alusión a una montaña vecina, pues se sigue ignorando cuál fue su verdadero nombre.



CHACO CANYON: LAS COMUNIDADES DE LOS PUEBLO

En los *westerns* suele presentarse a los indios de América del Norte como salvajes aulladores y sedientos de sangre, que llevaban una vida miserable en sus tiendas. Pero basta una visita al País de las Cuatro Esquinas, en el suroeste de los Estados Unidos, para acabar con esta equivocada imagen. En una época en la que la mayoría de los europeos vivían en toscas cabañas de madera y cañizo, los habitantes de Chaco Canyon residían en elegantes complejos urbanos, magníficamente construidos en piedra.

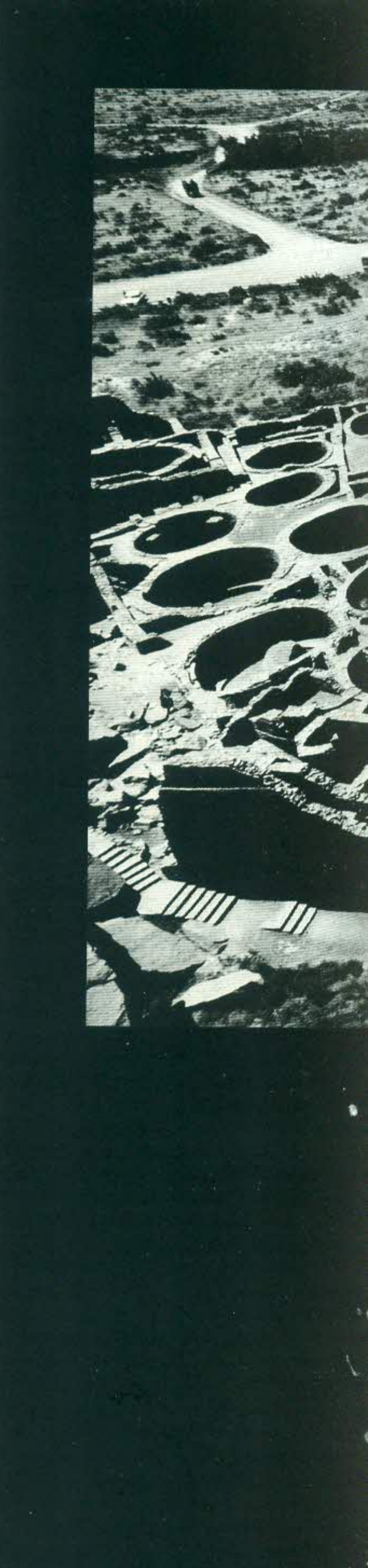
El cañón de Chaco se extiende por una árida zona de chaparral, barrida, sin previo aviso, por violentas tormentas de polvo. Sin embargo, hace más de mil años sus habitantes tejían cestos de trama tan apretada que aún hoy sirven para acarrear agua. Los extraordinarios diseños geométricos que usaban para decorar su alfarería demuestran un sentido artístico muy desarrollado. En la actualidad se los conoce como anasazi, nombre que, posteriormente, les otorgaron los navajos.

La Casa Grande de Pueblo Bonito

Las primeras viviendas del cañón eran casas hundidas en la tierra. Hacia el 750 se las comenzó a construir a ras del suelo, seguidas por aldeas de piedra y arcilla, con doce o más salas contiguas. Pero los turistas no acuden a ver esto, sino las asombrosas urbanizaciones llamadas Casas Grandes, en la cara norte.

Se ha podido determinar con exactitud la época en que se construyeron estas Casas Grandes gracias a la dendrocronología, el estudio de los anillos de crecimiento de los árboles, que tuvo su inicio en esta región en la década de 1920. En una Casa Grande, en la que el clima árido ha conservado intacto un tejado de madera, se ha podido determinar la fecha en que se taló cada tronco. El tejado se construyó en la primavera del 1040.

La más impresionante de las 19 Casas Grandes es la de Pueblo Bonito, que se empezó a construir hacia el 1000, como un conjunto de 20 habitaciones, pero hacia 1150 se había convertido en un gran complejo de 800 habitaciones comunicadas entre sí, con cuatro pisos perfectamente estratificados. La alternancia entre piedras gruesas y delgadas produce un elegante efecto listado, que alivia la pesadez del muro semicircular que servía de respaldo defensivo al complejo de viviendas, en forma de herradura. La simetría y la exactitud geométricas de las diversas fases de edificación indican un alto grado de planificación central. Y el que todas las viviendas sean aproximadamente del mismo tamaño —no hay suites palaciegas ni grandes salones para la élite—, parece indicar que no existían jerarquías sociales. La ausencia de mobiliario sugiere que todas las actividades, desde la artesanía hasta la cocina, se llevaban a cabo en el suelo. Los alimentos tenían gran importancia. La dieta básica era el maíz, fácil de almacenar y de moler para hacer harina. Hacia el 1000, los anasazi habían desarrollado una variedad de maíz de ocho hileras, con mazorcas tan grandes que asombrarían a cualquier productor actual. También cultivaban judías y calabazas, y complementaban la dieta recolectando semillas silvestres. En los años de escasez, debía ser imprescindible cazar ciervos, aves, conejos y otros animales.

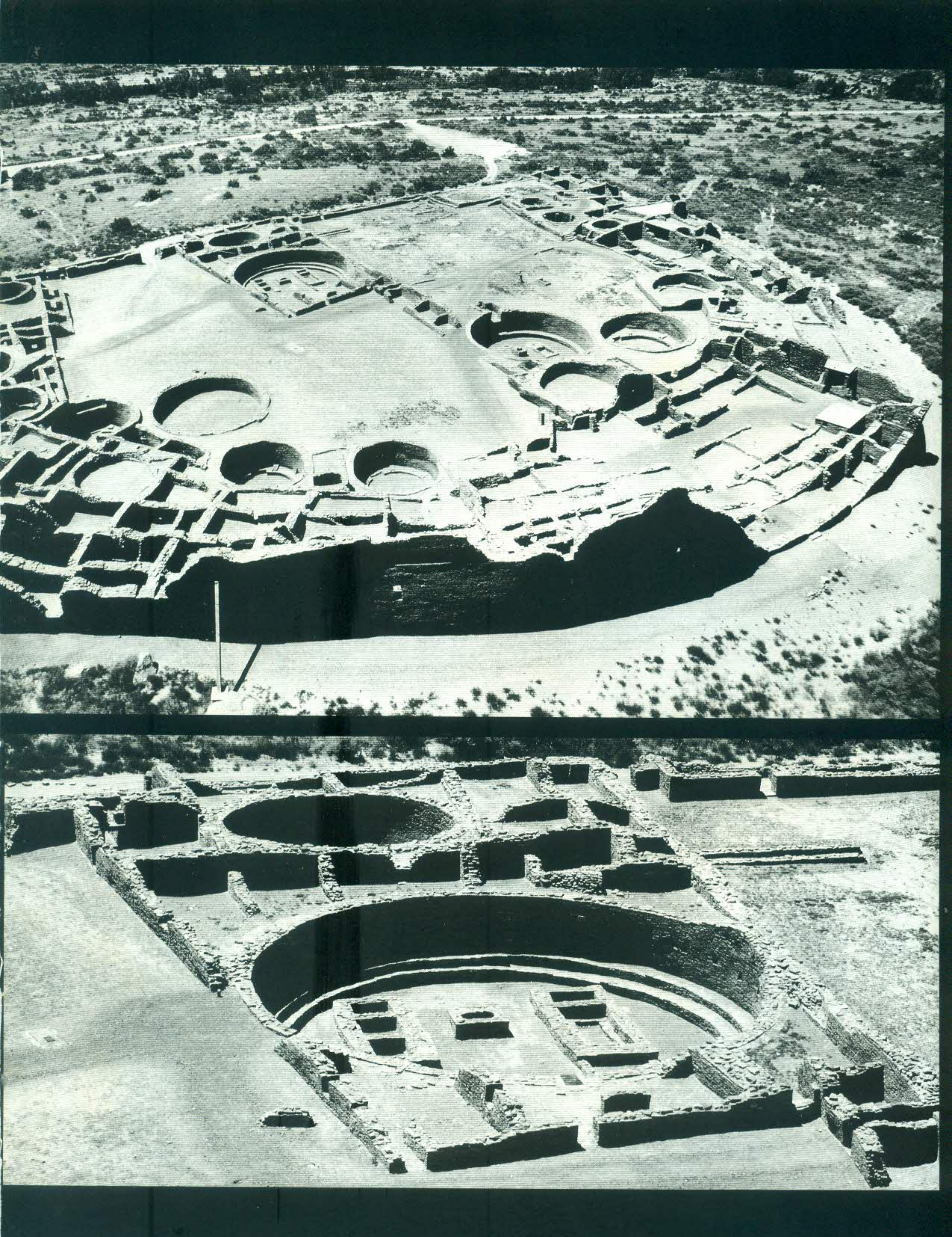


Pueblo Bonito, una Casa Grande de muchos pisos, con grandes muros curvos y 37 *kivas* ceremoniales, donde se calcula que vivían unos 1.200 indios anasazi en los siglos XI y XII. En las proximidades hay un montículo templo; sus ruinas muestran mosaicos de turquesa, trompetas de caracola y campanas de cobre.



Chaco Canyon está en el País de las Cuatro Esquinas, en la confluencia de Nuevo México, Colorado, Arizona y Utah. Se encuentra a 160 km al noroeste de Albuquerque, y a una distancia similar al sudeste de Mesa Verde. El cañón mide 19 km de largo y 1,6 de ancho; ahora se halla seco, pero en otros tiempos estaba bien irrigado.

La gran *kiva* de Pueblo Bonito es la mayor de las 37 cámaras ceremoniales subterráneas del lugar. Mide unos 16 m de diámetro, en forma de círculo perfecto, y representa el seno de la madre tierra, de donde nació toda la comunidad.



CHACO CANYON: LAS COMUNIDADES DE LOS PUEBLO

La importancia de los túneles de los espíritus

Toda comunidad de Chaco contaba con una *kiva;* en Pueblo Bonito había 37. Se trataba de cámaras circulares subterráneas, con un hogar central y techo de troncos. En el centro del techo había un orificio circular que servía tanto de chimenea como de entrada. Se han encontrado restos de instrumental de alfarero y de telares, que indican que estas actividades eran desempeñadas en la *kiva.* También es posible que estas cámaras fueran algo así como clubes para hombres, donde éstos podían encontrar refugio momentáneo en una sociedad que parece haber sido bastante matriarcal.

Pero quienes frecuentaban la *kiva* no sólo lo hacían para la práctica de comentarios intrascendentes, pues era aquél el sitio donde se controlaba la vida espiritual de la comunidad anasazi, pese a que nunca sabremos qué rituales se celebraban en él. En la mayoría de las *kivas* hay un *sipapu,* o pequeño hoyo en el suelo, detrás del hogar central. Era creencia que los espíritus de los antepasados de la tribu surgían de aquel hoyo, que representaba el punto de comunicación con el mundo de los espíritus. Enfrentado al *sipapu* había un canal de ventilación, necesario para poder realizar las actividades en la *kiva.* Pero su nombre indio, que puede traducirse como «túnel de los espíritus», indica que cumplía otra función, además de mantener el fuego encendido y renovar el aire.

El carácter subterráneo de la *kiva* podría indicar que la religión anasazi incluyese la extracción de energía de la Tierra, que llegaba a través del *sipapu* en forma de «espíritus», que resultarían benéficos si se había llevado a cabo correctamente el ritual. La energía se expandiría luego al mundo exterior por el «túnel de los espíritus». Es significativo que para ello tuviera que atravesar el fuego. Una vez afuera, influiría positivamente en las personas y en los cultivos.

La repentina desaparición de los anasazi

En el País de las Cuatro Esquinas debió ser muy importante aplacar a los espíritus de la naturaleza para que fueran propicios. El clima presenta notables oscilaciones térmicas; la única constante meteorológica es la ausencia de lluvia, que a veces no supera los 15 cm al año. Un invierno frío y seco, con la consiguiente mala cosecha, debía resultar catastrófico para los anasazi, tal como lo demuestran las tumbas de víctimas del hambre y las enfermedades derivadas de la malnutrición.

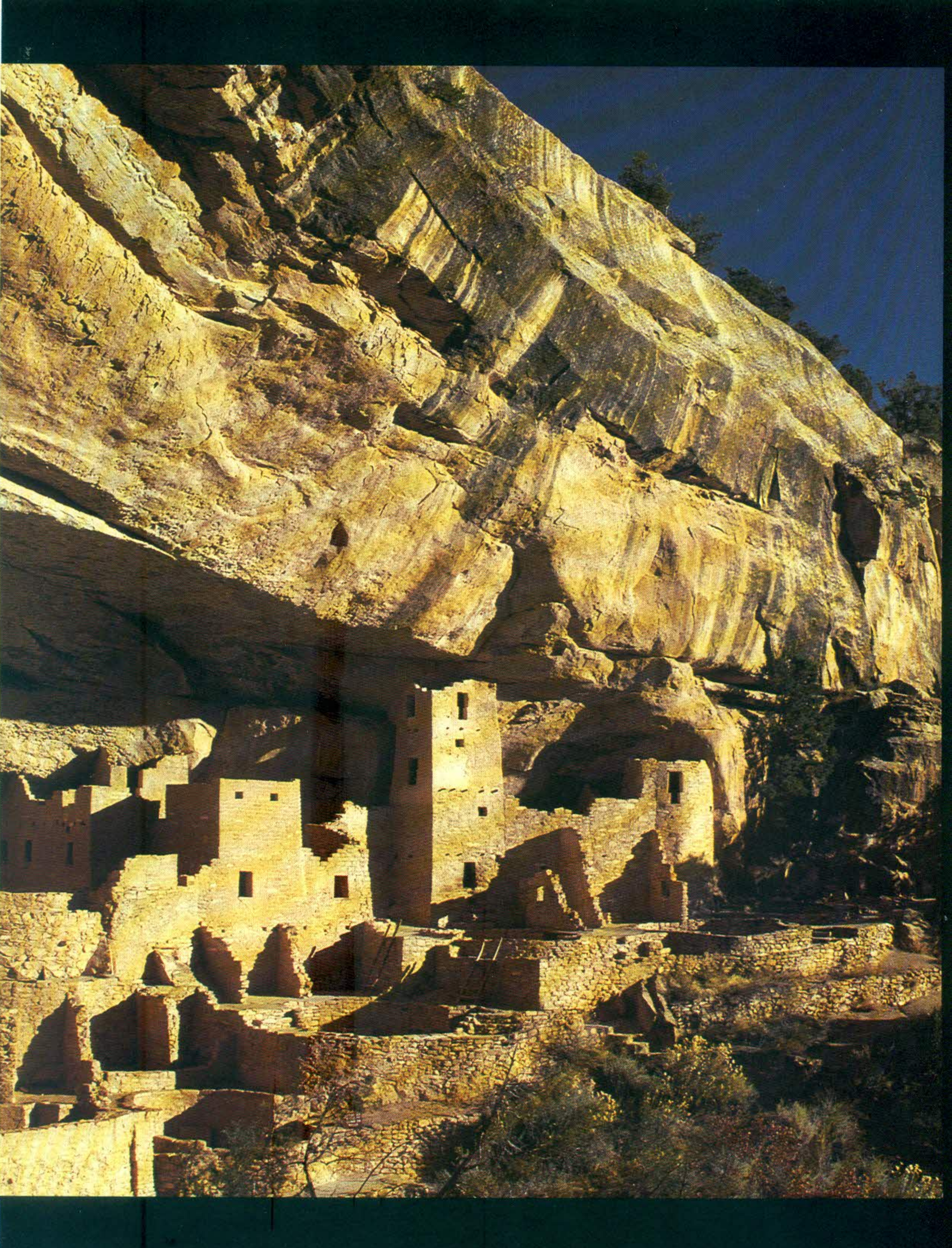
La variabilidad climática puede ser la razón que ofrezca una explicación del mayor enigma relacionado con los anasazi: su rápida y misteriosa desaparición. A comienzos del siglo XII, la comunidad de Chaco Canyon representaba la cumbre del apogeo cultural de los anasazi. Hacia el 1150, éstos habían desaparecido casi por completo.

Las investigaciones más recientes parecen indicar que las precipitaciones en la zona siguen un ciclo de 550 años, con un punto óptimo poco después del 1100. Con buenas cosechas y abundante caza, la población debió aumentar hasta 5.000 personas, cifra sin precedentes para una sociedad premetalúrgica. Pero cuando el ciclo climático fue desfavorable, el espíritu de la lluvia se retiró, provocando la escasez de cosechas y el hambre. En un desesperado intento de aplacar al espíritu de la lluvia, se construyeron grandes *kivas* en las afueras de los pueblos, como la de Casa Rinconada, frente a Pueblo Bonito, y la de Kin Nahasbas. Pero ni siquiera construyéndose *kivas* junto a los cauces cada vez más secos fue posible evitar la catástrofe. Enfrentados a una sequía cada vez más acuciante, los habitantes de Chaco debieron decidir abandonar el cañón y emigrar hacia el sudeste, hasta llegar a Río Grande, donde se mezclaron con los antepasados de las tribu hopi y zuñi. Y así se extinguió una de las grandes civilizaciones de la América precolombina.

En un gran entrante en las paredes del cañón se sitúan las ruinas del Palacio del Precipicio, una de las diferentes viviendas comunales de los anasazi en Mesa Verde, Colorado. El Palacio, descubierto en 1888 por el traficante Richard Wetherill y su primo Charlie Mason, incluía más de 200 viviendas y 23 *kivas* y, en ciertas partes, tenía una altura de cuatro plantas.

Es probable que el Palacio del Precipicio fuera un centro regional de los indios anasazi, que acudían allí con fines ceremoniales, políticos y comerciales. Para llegar tenían que atravesar una serie de peligrosos desfiladeros en la pared rocosa, muy fáciles de defender. Nadie sabe qué sucedió en Mesa Verde, pero es evidente que el complejo residencial del precipicio quedó abandonado a finales del siglo XIII.



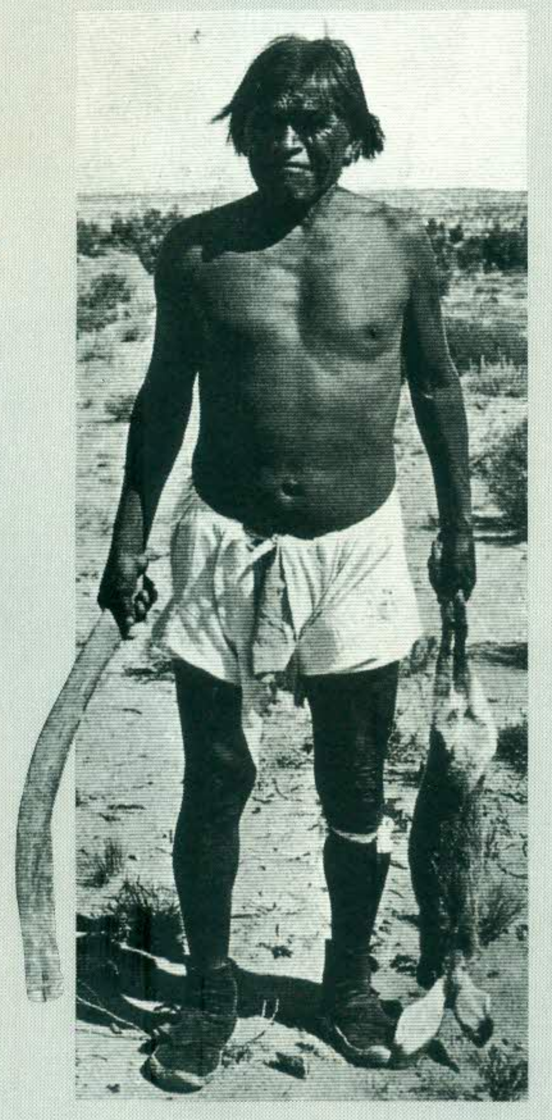


EL PAIS DE LAS CUATRO ESQUINAS

RELIQUIAS DE LAS VIVIENDAS DEL PRECIPICIO
Los hallazgos arqueológicos de las antiguas comunidades de los indios pueblo, en Nuevo México, incluyen gran número de utensilios domésticos, como útiles de cocina, cuentas, cerámica con diseños típicos del País de las Cuatro Esquinas, muestras de cestería y diversas agujas.



LOS INDIOS HOPI
El emplazamiento permanente más antiguo de Estados Unidos es la aldea hopi de Oraibi, situada en una mesa del norte de Arizona. Los hopi son un pueblo profundamente religioso y esotérico, herederos de las formas de vida de las comunidades de Chaco Canyon. En su inhóspito ambiente —la reserva hopi abarca una extensión de unos 10.350 km² de tierra árida—, los hopi cultivan maíz y judías, y cazan conejos con palos curvos, semejantes a los bumerangs de los aborígenes australianos.





LAS MUÑECAS KACHINA
Las danzas y los rituales tienen importancia vital en las comunidades hopi; abundan las ceremonias para aplacar a los espíritus invisibles, o *kachina.* Para instruir a los niños en los rituales, los hombres hopi fabrican muñecas de madera enmascaradas, que representan a los diversos *kachina.*





LOS INDIOS NAVAJO
La cultura de los navajos, el grupo más numeroso de indios americanos, deriva en gran parte de los pueblo, que vivieron en el País de las Cuatro Esquinas hacia el año 1000. De ellos heredaron la agricultura, la pintura de arena, distintos rituales, la estructura matrilineal de los clanes y el arte de tejer. La turquesa es otro elemento característico de la cultura navajo, como lo fue en Chaco Canyon hace casi mil años. Tan sólo en Pueblo Bonito se encontraron medio millón de fragmentos de turquesa.

TEOTIHUACAN: LA MISTERIOSA CIUDAD DE LOS DIOSES

Las impresionantes ruinas de la gran ciudad de Teotihuacán se hallan casi a igual altitud que la otra gran ciudad del nuevo mundo, Machu Picchu, en Perú. Pero aquí terminan las semejanzas, pues mientras que la última está inscrita entre escarpados precipicios, Teotihuacán se alza en medio de una amplia llanura en el valle de México.

Esta *carte blanche* topográfica permitió que los diseñadores de la ciudad dieran rienda suelta a sus ideas acerca de las relaciones masa/superficie y luz/sombra. Teotihuacán da la impresión de un enorme experimento de organización y control de una gran población, basado en el temor y la autoridad.

Las pirámides del Sol y de la Luna

Teotihuacán abarca una superficie de 23,5 km^2; está dominada por la gigantesca pirámide del Sol, construida en el siglo I dC sobre las ruinas de una estructura anterior. Cada lado de la base mide 225 m de longitud, dimensiones similares a las de su equivalente en el viejo mundo, la Gran Pirámide de Keops, aun cuando su altura —70 m— sea menor que la mitad. Esto no empequeñece la organización necesaria para montar los casi dos millones y medio de toneladas de ladrillos cocidos al sol que configuran su estructura.

Los arqueólogos descubrieron por azar, en 1971, que a unos 6 m debajo de la pirámide existe una caverna natural de casi 100 m, usada como centro sagrado antes y después de la construcción de la pirámide. Con anterioridad a la conquista española, los mexicanos consideraban este tipo de cavernas como senos maternos, en los que habían sido engendrados el Sol y la Luna y los antepasados de la especie humana, en un pasado remoto.

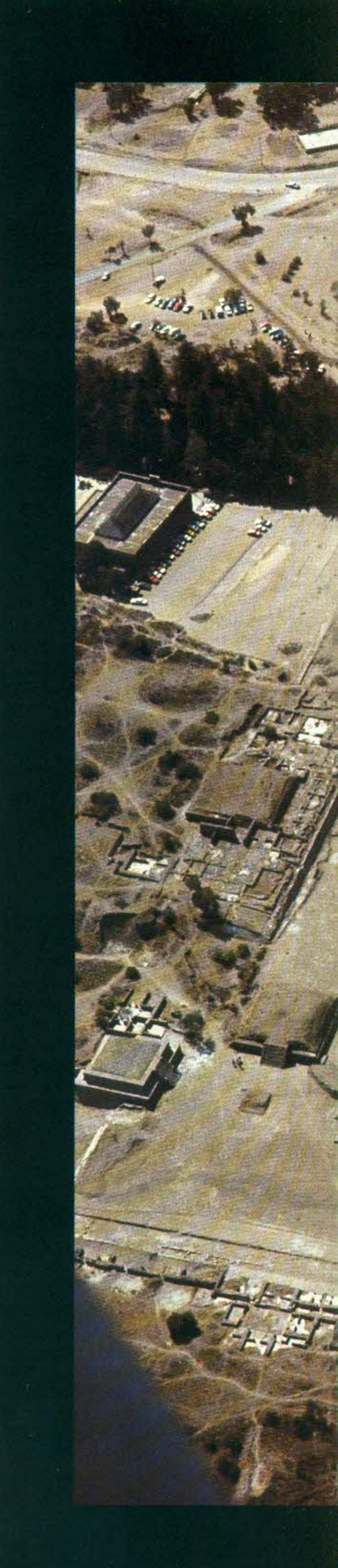
La pirámide de la Luna, restaurada recientemente, es un edificio similar, construido en la segunda mitad del siglo II, pero de menor tamaño, con una base de 145 m de lado. La diferencia de tamaños entre los monumentos solar o masculino, y lunar o femenino, no es exclusiva del nuevo mundo. Muestra de ello es la catedral de Chartres, donde la aguja rematada por un sol es bastante más alta que la rematada por una luna.

A partir de la pirámide de la Luna en dirección sur se extiende la avenida de los Muertos, de más de 3 km de longitud. En realidad, se trata de un conjunto de patios abiertos, de 145 m de anchura cada uno y con pequeñas plataformas que los aztecas identificaban como tumbas. Tal afirmación es errónea, pues los habitantes de Teotihuacán cremaban a sus difuntos y envolvían los restos en una mortaja, enterrándolos después bajo el suelo de sus casas.

La avenida atraviesa la Ciudadela, un gran recinto cuadrado de 640 m de lado. En el lado oriental se alza el Templo de Quetzalcóatl, una pirámide escalonada de seis plantas, construida en la forma típica de «talud tablero», con filas de paneles rectangulares superpuestos en las paredes inclinadas. En ella hay tallas extraordinariamente vistosas de la Serpiente de Fuego, que conduce al sol en su trayecto diario, y la Serpiente Emplumada o Quetzalcóatl, que representa la unión de Aire y Tierra, o de Cielo y Tierra.

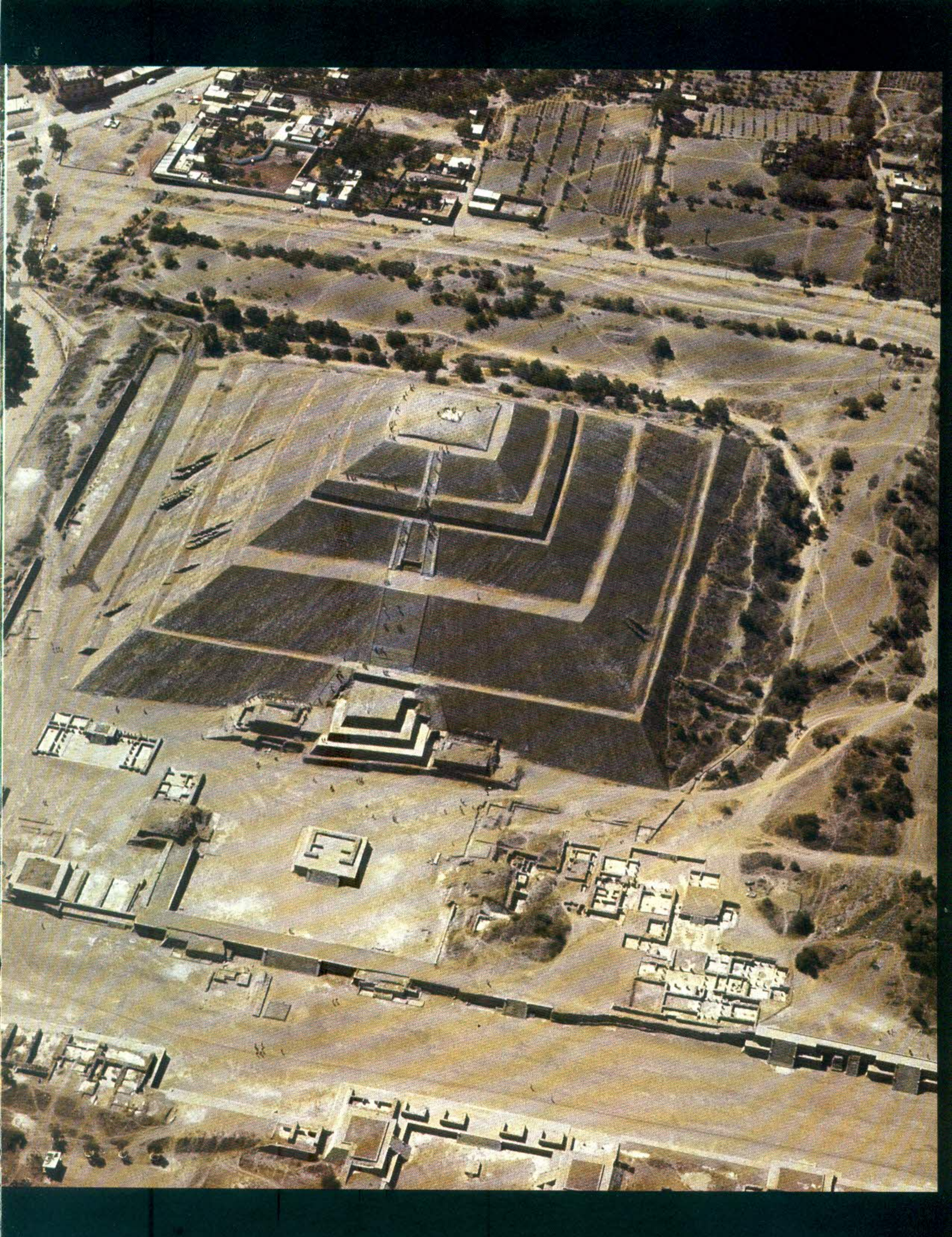
Las excavaciones más recientes han comprobado que la avenida de los Muertos continúa durante otros 3,2 km más allá de

Se calcula que para construir la colosal pirámide del Sol se necesitó el trabajo de 3.000 hombres durante treinta años. El eje está alineado en dirección este-oeste, siguiendo la trayectoria del sol a través del cielo. Es probable que la pirámide fuera construida para señalar el centro del universo, que las cuatro esquinas simbolizaran las cuatro direcciones de éste, y la cúspide, el corazón de la vida.





La ciudad de Teotihuacán se construyó en una meseta a 2.286 m sobre el nivel del mar, estratégicamente situada en un punto de convergencia de varias rutas importantes, que vinculaban el valle de México con el golfo de igual nombre, cerca de la moderna Veracruz.



la Ciudadela, donde se cruzaba con otra de igual longitud en dirección este-oeste. Así pues, la ciudad estaba dividida en cuatro sectores, como la capital azteca de Tenochtitlan, que se construyó mucho después en lo que hoy es el corazón de Ciudad México.

Los constructores de Teotihuacán

Se desconoce quiénes fueron los autores de la construcción de la mayor ciudad de la América precolombina. En otro tiempo creyóse en la autoría de los aztecas, pero ocurre que cuando éstos descubrieron la ciudad, la misma llevaba ya siete siglos en ruinas. De hecho, estas ruinas impresionaron de tal modo a los aztecas que les impusieron de nombre Teotihuacán, que en su idioma náhuatl significaba «El lugar de los que siguen el camino de los dioses».

Quienesquiera que fueren los constructores de tan magnífica ciudad, es indudable su maestría en las artes de la arquitectura y la administración. Las muestras más imponentes de su escultura están representadas por austeras máscaras de piedra, realizadas en basalto negro o verde y en jade, con ojos de concha de mejillón o de obsidiana. Sus cerámicas características eran vasijas cilíndricas o en forma de jarrón, con tres pies y motivos decorados que recuerdan los de los bronces chinos.

La obsidiana, que se obtenía de los volcanes que rodean la llanura, era muy apreciada en la antigüedad debido a la posibilidad de que de ella se obtuviesen bordes muy afilados. En Teotihuacán había por los menos 350 sitios en los que se elaboraba la obsidiana, quizá base de la riqueza mercantil de la ciudad. Teotihuacán comerciaba con las tierras altas del centro de México, y probablemente con gran parte de América Central, siendo posible incluso que ejerciera dominio sobre estas tierras. Se han encontrado elegantes jarrones, fabricados en esta misteriosa ciudad, en las tumbas de personajes importantes de todo México del periodo que va del 150 al 600 dC, cuando Teotihuacán se hallaba en el cenit de su poder. En aquella época, la población debería sumar 200.000 personas, lo que la convertía en la sexta ciudad más populosa del mundo.

Las agujas y punzones de hueso hallados demuestran la fabricación de ropas y cestería. Aunque no se ha descubierto ninguno, también debieron existir libros, pues los habitàntes de Teotihuacán conocían la escritura. Esta no ha sido descifrada, pero es sabido que este pueblo se valía de rayas y puntos para los números, al igual que sus predecesores, los olmecas. Y su dieta alimenticia resulta exquisita incluso para nuestros tiempos: corzos, conejos, pavos, patos, gansos, pescado, maíz, judías, calabazas, tomates y aguacates.

¿Qué ocurrió con esta magnífica metrópoli?

El final de Teotihuacán está tan rodeado de misterio como sus orígenes. Es probable que su ruina comenzara a gestarse a medida que el clima fue haciéndose más árido, con la consecuente disminución de las cosechas. Pero el estallido definitivo ocurrió hacia el 700, al ser incendiado el centro de la ciudad por invasores bárbaros del norte, que posteriormente optaron por vivir en la ciudad durante 200 años más.

Así terminó una de las más brillantes civilizaciones del nuevo mundo. Sus ruinas siguen siendo espectaculares, pero el sitio debió ser mucho más impresionante cuando el basalto negro estaba estucado y pintado con todos los colores del arco iris. En una época en la que la grandeza de Roma no era sino polvo, y Europa sufría el asalto de las hordas bárbaras, México contó con una civilización que combinaba en grado elevadísimo la cohesión social y la sensibilidad artística. Pero faltan todavía años de laboriosa investigación antes de que las arenas del valle de México revelen los misterios de Teotihuacán.



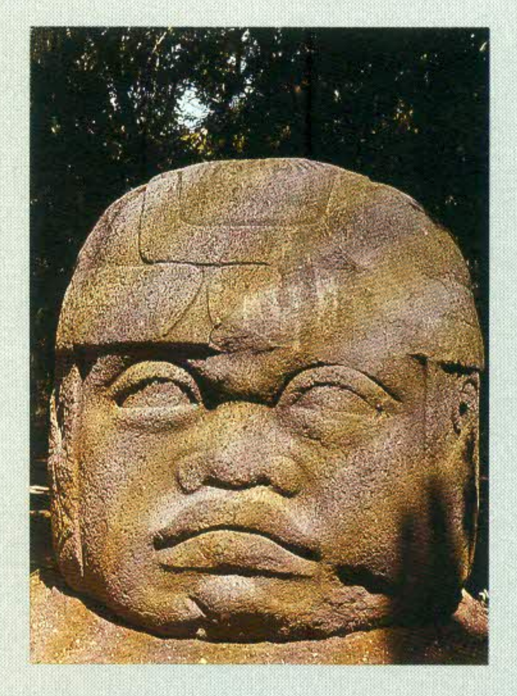
La avenida de los Muertos parte de la pirámide de la Luna y pasa por la pirámide del Sol, la Ciudadela y el Templo de Quetzalcóatl. En realidad, no guardaba relación con los muertos, y se la considera como la conexión entre Cielo y Tierra, porque pone en comunicación la «zona celestial», donde se alzan las pirámides, con la sección «terrenal» de la ciudad, allí donde se halla la Ciudadela.

La pirámide de la Luna está en el extremo norte de la avenida de los Muertos, y es similar a la del Sol, aunque más pequeña. Mide 42 m de altura y, según los aztecas, la remataba una gigantesca estatua que pesaba más de 20 t.



AZTECAS, TOLTECAS Y OLMECAS

CABEZA OLMECA
Estas colosales cabezas de piedra, talladas en un solo bloque de roca basáltica, constituyen el legado del pueblo olmeca, que prosperó en México entre los años 800 y 500 aC. Las cabezas miden casi 3 m de altura, pesan alrededor de 18 t, y se cree que son representaciones de caudillos olmecas. Se han encontrado en San Lorenzo, Tres Zapotes y La Venta, en la costa del golfo de Campeche.



DEFENSA DE LA ROCA DEL CACTUS
A principios del siglo XVI, los guerreros aztecas tuvieron que defender su espléndida capital, Tenochtitlan (La Roca del Cactus), de los conquistadores capitaneados por Hernán Cortés, pero tras grandes derramamientos de sangre fueron derrotados en 1521, traicionados por su gran rey Moctezuma y por Cortés, a quien confundieron con su dios Quetzalcóatl.



ESTATUAS TOLTECAS
En lo alto de una gran pirámide de Tula, a 80 km de la ciudad de México, se yerguen cuatro gigantescos guerreros de piedra, que en otro tiempo servían de soporte a un templo. Las estatuas miden más de 4,5 m de altura y fueron construidas por los toltecas hacia el 900. Tula era la capital del Imperio tolteca, que debió incluir a Teotihuacán, situada a menos de 100 km.



SIMBOLO DEL DIOS DEL AGUA
El sumo sacerdote azteca de Tlaloc, dios de la lluvia, llevaba en el pecho una placa con incrustación de turquesa que representaba una serpiente de dos cabezas con dientes de concha. Este símbolo del dios de la lluvia y de las tormentas, que obsesionó a Cortés durante la conquista de México, fue uno de los regalos ofrecidos por el rey Moctezuma al conquistador.

EL GRAN ZIMBABUE: CENTRO COMERCIAL DE AFRICA

Entre los ríos Zambezi y Orange se extienden los campos en ruinas del sur de Africa. Hasta hoy se han descubierto más de 8.000 ruinas, y de éstas, las más notables son las del Gran Zimbabue. Este impresionante complejo, el mayor monumento en piedra del continente africano a excepción de Egipto, formó parte de una cultura que floreció antes de la invasión árabe y de la de los colonos europeos.

La Fortaleza de la Montaña y el Gran Recinto

Después de la estación de las lluvias, las ruinas quedan rodeadas por verdes laderas y picos rocosos que se destacan sobre valles cubiertos de acacias. En la zona se diferencian dos grupos de edificaciones. Uno de ellos, situado en lo alto de una colina, en medio de extrañas rocas, es la llamada Acrópolis o Fortaleza de la Montaña; desde esta estructura, aparentemente inexpugnable, se domina una gran construcción elíptica, el Gran Recinto, a cierta distancia ladera abajo.

El Gran Recinto, circuido por una pared de piedra de 253 m de circunferencia y una altura que varía entre 4,9 y 10,7 m, debió precisar unas 18.000 horas/hombre para su construcción. Las paredes fueron edificadas con bloques de granito cortados en forma de ladrillos, sin aplicación de argamasa en las junturas. El muro externo mide 1,2 m de grosor en su parte más delgada, y es mucho más ancho en otros puntos. El interior del recinto está subdividido por otros muros que forman pasadizos estrechos, tres plataformas y numerosas «salas» sin identificar.

El elemento más enigmático del recinto es la torre cónica que se levanta junto al muro externo, construida con igual técnica. La torre desata la imaginación, entre otras cosas porque no parece cumplir función alguna: sin puertas ni ventanas, sin escaleras ni ningún otro elemento discernible, ha dado lugar a algunas ingeniosas teorías. ¿Era un símbolo fálico funcional de determinados ritos religiosos?, ¿o bien un granero simbólico representativo de la fertilidad del campo? Tal vez fuera algo semejante a un faro, construcción de lanzamiento de señales a lugares lejanos, o un observatorio para estudiar la Luna, los planetas y las estrellas.

La historia oculta de las ruinas

Durante siglos, exploradores árabes y europeos buscaron las fabulosas minas de Ofir, lugar en el que el rey Salomón extraía sus tesoros. Los exploradores portugueses del siglo XVI conocían la leyenda del Preste Juan, un rey cristiano cuyos dominios incluían la región de las minas, e intuían que Ofir debía de hallarse en el sur de Africa. En 1502, un árabe le comentó a un traficante portugués que Ofir era Sofala, un puerto del actual Mozambique.

En 1552, el historiador portugués João de Barros, en su libro *Da Asia* describía una fortaleza de piedra en Sofala, «en el centro de la región minera». Esta mostraba en su puerta una inscripción indescifrable. Los habitantes de la zona llamaban *Symbaoe* a los edificios de piedra sin argamasa, nombre muy

La Fortaleza de la Montaña es una impresionante combinación de murallas de piedra y grandes peñascos. En otro tiempo fue fortín militar y santuario. Estrechas escaleras que sólo permiten subir a una persona conducen al laberíntico interior, compuesto por una serie de pequeños recintos. La Fortaleza es una atalaya perfecta desde donde observar el valle y vigilar la única vía de acceso, en el sudeste. En el lado sur, bajo una enorme roca, hay una cueva con extrañas propiedades acústicas. Lo que se diga en ella se ha de oír con claridad en el valle, y sobre todo en el Gran Recinto.



El Gran Zimbabue es la más impresionante de las 8.000 ruinas encontradas entre los ríos Zambezi y Orange. Se asienta en un territorio de matorral, a 400 km del océano Indico y 480 al sur del Zambezi. En tanto que centro comercial de una gran nación, su única vinculación con el resto del mundo era la ruta oriental hacia Sofala.





similar al moderno de Zimbabue. De Barros manifestaba que las construcciones eran muy antiguas, ya que ni árabes ni africanos sabían leer la inscripción.

Con toda seguridad puede apuntarse que el Gran Zimbabue fue el centro de una nación minera de lenguaje bantú, que prosperó hasta el siglo XV. El folklore de los baLemba, una rama de la tribu baVenda, descendiente de los fundadores de Zimbabue, remite a una antigua tierra natal situada al norte y regida por el rey Mwali.

Mwali vivía en una ciudad construida en lo alto de una colina, con murallas de piedra. Era un rey dios, al que nadie podía ver, pues fijar la mirada en él significaba la muerte. Sus súbditos sólo podían oír lo que el rey comunicaba al sumo sacerdote, con una voz atronadora que reverberaba de manera terrorífica. A su muerte, los enfrentamientos entre facciones provocaron el abandono de la ciudad y la emigración hacia el sur, donde quienes partieron construyeron una nueva capital con murallas de piedra, Dzata, todavía hoy a orillas del río Nzhelele.

El redescubrimiento del Gran Zimbabue

En 1867, Adam Renders, viejo cazador residente en el sur de Africa, y Karl Mauch, explorador alemán, descubrieron las ruinas y las dieron a conocer como el Palacio de la Reina de Saba. En 1891, el primer investigador de las ruinas, J. Theodore Bent, llegó a la conclusión de que la torre cónica era la representación de un culto fálico, y que el Gran Recinto había sido un observatorio astronómico.

A comienzos del siglo XX, Richard Hall, abogado y periodista inglés, examinó las ruinas y mostró su apoyo a la teoría referida a la Reina de Saba, basándose en la similitud entre el Gran Recinto, al que él llamó Templo Elíptico, y el templo de Haram de Bilkis, en el sur de Arabia.

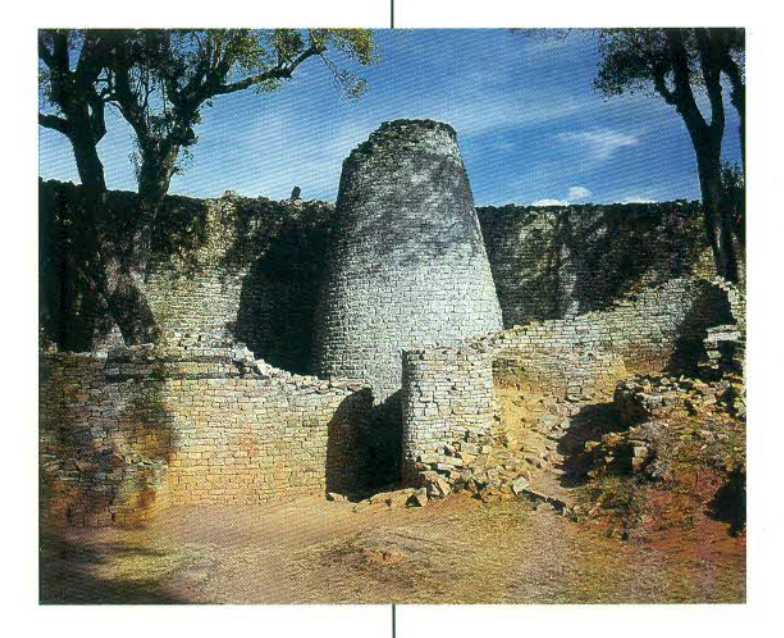
El arqueólogo inglés David Randall-MacIver excavó parte del recinto y lo atribuyó al periodo comprendido entre los años 1000 y 1500, descartando la teoría que hablaba de la Reina de Saba, afirmando, asimismo, que las ruinas eran de origen exclusivamente africano. En 1929, la arqueóloga inglesa Gertrude Thompson confirmó los descubrimientos de Hall, aun cuando creyera que el Gran Zimbabue se fundó en el siglo IX como centro comercial con importantes vinculaciones con Arabia, India y China, dado que en las ruinas se encontraron fragmentos de cerámica y cuentas de estos países.

En la actualidad, se cree que el Gran Zimbabue es puramente africano en cuanto a diseño y construcción; las ruinas presentan muchas afinidades con los trazados de las aldeas de diversas tribus del sur de Africa. Pero esto no explica por qué los constructores de Zimbabue rechazaron los materiales tradicionales africanos, tierra y madera, optando por una construcción en piedra. En las proximidades de las ruinas existían minas de las que se extraían metales preciosos, que probablemente fueran usados para el comercio con otros países. Los estudios del arqueólogo inglés Roger Summers acerca de las antiguas minas de oro de Zimbabue demuestran la influencia india, ya que se empleaban los mismos métodos mineros que en los distritos indios de Mysore y Kolar.

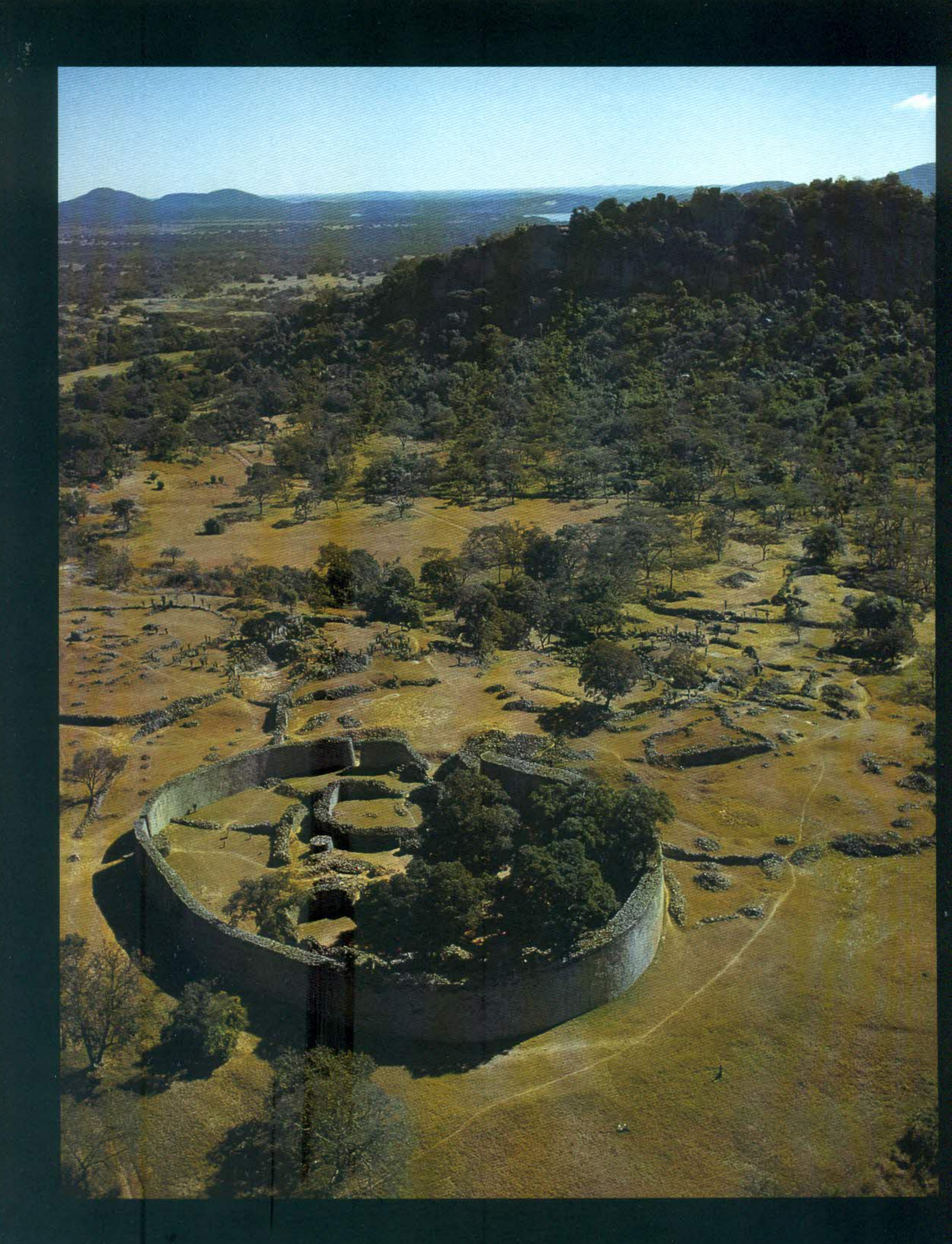
Las investigaciones más recientes del misterio del Gran Zimbabue han sido las de Wilfrid Mallows, urbanista y periodista sudafricano, que sostiene la tesis de que Zimbabue fue un importante centro comercial, pero también empleado en el siglo IX como centro esclavista por Arabia.

El carácter único del Gran Zimbabue, sus tenues y fascinantes vinculaciones con Arabia, India y el Lejano Oriente, las discrepantes teorías acerca de su historia, impiden establecer conclusiones; pero es innegable que Zimbabue constituye uno de los grandiosos monumentos antiguos del mundo.

El Gran Recinto es uno de los mayores enigmas del Gran Zimbabue; sus muros encierran numerosos misterios. El recinto, de forma elíptica, tiene tres estrechas entradas que dan al interior, cuyos restos son difíciles de interpretar.
La gran muralla de granito es un testimonio de la destreza arquitectónica de sus creadores. Construida con ladrillos de piedra cuidadosamente cortados, sin argamasa en las junturas y ligeramente curvados hacia arriba de manera de formar un doble cheurón, no parece que la muralla desempeñara la función de defensa militar, pues no se han encontrado medios que permitan la llegada hasta su culmen.



El elemento más misterioso del Gran Recinto es la torre cónica, de 9 m de altura y una circunferencia en la base de 17,4. Es completamente maciza y no parece existir indicio alguno que justifique su función.



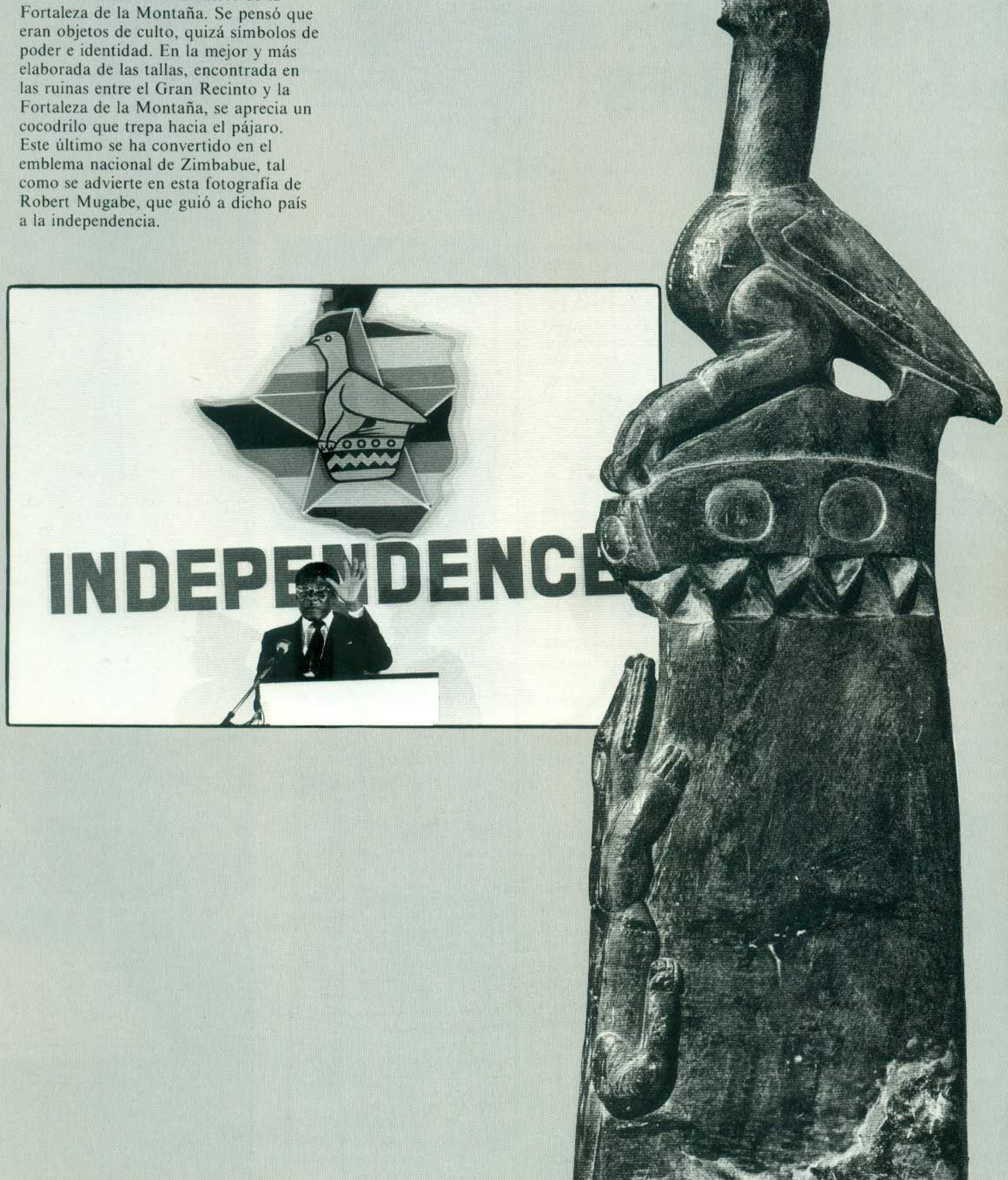
LAS RIQUEZAS DEL GRAN ZIMBABUE

LA REINA DE SABA
La Reina de Saba no era del Gran Zimbabue, sino probablemente de Marib, Yemen, en la costa del mar Rojo opuesta a Etiopía. Esta antigua pintura etíope en piel de cordero representa el encuentro entre la Reina de Saba y el rey Salomón, con intercambio de oro, marfil y un león. Rey y reina se enamoraron y tuvieron un hijo.



EL ORO DEL GRAN ZIMBABUE
Las leyendas de las minas del rey Salomón, la Reina de Saba y el reino del Preste Juan incentivaron a muchos aventureros en la búsqueda de los tesoros del Gran Zimbabue. Aunque no encontraron montañas de oro, descubrieron numerosos utensilios e indicios de excavaciones mineras. La mayor parte del oro se perdió a finales del siglo XIX, a manos de un grupo de colonos blancos que se autodenominaron Compañía de las Antiguas Ruinas.

EL EMBLEMA NACIONAL DE ZIMBABUE
En el Gran Zimbabue se hallaron ocho pájaros de esteatita tallada, siete de ellos en uno de los santuarios de la Fortaleza de la Montaña. Se pensó que eran objetos de culto, quizá símbolos de poder e identidad. En la mejor y más elaborada de las tallas, encontrada en las ruinas entre el Gran Recinto y la Fortaleza de la Montaña, se aprecia un cocodrilo que trepa hacia el pájaro. Este último se ha convertido en el emblema nacional de Zimbabue, tal como se advierte en esta fotografía de Robert Mugabe, que guió a dicho país a la independencia.



ANGKOR: LA CIUDAD TEMPLO DE LOS HINDUES

Hasta que el naturalista francés Henri Mouhot se aventuró en la espesura de la selva camboyana en 1860, la población del país carecía de recuerdos de su historia anteriores al siglo XV. Mouhot buscaba una confirmación de los rumores acerca de una ciudad en ruinas, oculta en el verdor de la jungla.

Probablemente, quien diera pábulo a la especie fuera un compatriota de Mouhot, el padre Charles-Émile Bouillevaux, quien había recorrido la misma jungla en 1850, escribiendo: «Descubrí unas inmensas ruinas que, según me dijeron, eran de un palacio real. En las paredes, con tallas del techo al suelo, vi combates entre elefantes, hombres luchando con mazas y lanzas, y otros que disparaban tres flechas a la vez con sus arcos.» Sin embargo, fue la descripción que hizo Mouhot de las ruinas de Angkor la que reveló el pasado camboyano, planteando al mismo tiempo muchas incógnitas acerca de sus fundadores y de sus habitantes.

La ciudad de Angkor ocupaba casi 100 km², y estaba salpicada de templos, santuarios, casas, calzadas, depósitos, canales de riego y terrazas. Hay quien piensa que hacia el 1000 debió ser la mayor ciudad del mundo, pues en su trazado en cuadrícula y de líneas rectas pudo haber habitado medio millón de personas. Son numerosos los emplazamientos de estatuas, relieves y tallas que representan escenas de la mitología hindú, bailarinas con los pechos desnudos, un rey montado en un elefante con paipai y sombrilla, un emperador guiando sus tropas a la batalla...

Los habitantes de Angkor fueron los jemeres, de religión, evidentemente, variante del hinduismo. Se cree que los jemeres resultan de la mezcla con sangre india, pues en los primeros siglos de la era cristiana llegaron por mar comerciantes, viajeros y misioneros indios dispuestos a colonizar el sudeste asiático; citemos como ejemplo el extremo sur de Vietnam, donde hubo una civilización con formas indias, conocida por los chinos como reino de Fu Nan.

El inicio de la supremacía de Angkor

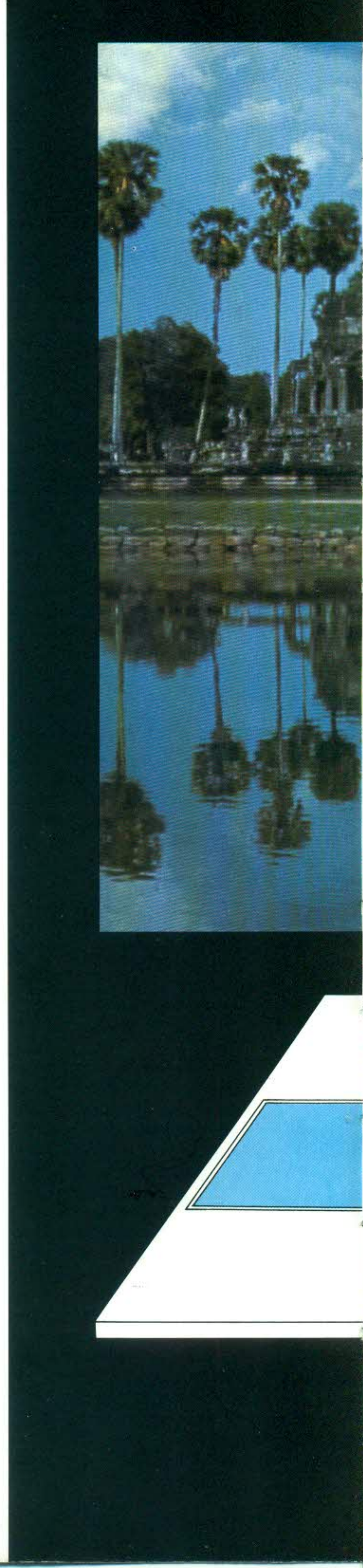
Pese a que el sudeste asiático estaba ya muy poblado, y tecnológicamente avanzado, mil años aC, no se fundaron allí pueblos y ciudades hasta el siglo VII dC. En esa época, por razones que los arqueólogos no han logrado develar, floreció la civilización en esta zona del globo, encontrándose en muchos lugares muestras de arte y arquitectura monumental, siendo el principal, precisamente, Angkor.

Los documentos jemeres, escritos en pieles de animales y hojas de palma, no han resistido el paso del tiempo. La información acerca de Angkor procede de más de mil inscripciones en sánscrito y jemer, así como de relatos chinos, musulmanes e indios. Estos datos nos dan cuenta de que el fundador del periodo angkoriano de la historia camboyana fue Jayavarman II, que liberó a su pueblo de la dominación javanesa a comienzos del siglo IX. Era adorador del dios hindú Śiva, e impuso el culto del rey dios, afirmando estar dotado de la energía creadora de Śiva. Cada uno de los reyes que le sucedieron se hizo construir un templo especial para alojar su lingam, el símbolo fálico de su autoridad. Los templos eran, además, representaciones sim-

Las torres del templo de Angkor Vat, en forma de capullos de loto, se alzan en medio de la espesura de la jungla camboyana, espléndidas todavía después de más de ocho siglos. Angkor Vat, que ocupa una extensión mayor que el Vaticano, se erigió en honor del dios Visnú y sirvió, además, como observatorio astronómico.



Angkor, la ciudad de los templos, está a unos 242 km al noroeste de Phnom Penh, capital de la actual Kampuchea (antes Camboya). El gran lago de Tonle Sap forma parte del cauce del río Mekong, y sus desbordamientos pudieron ser una de las causas del declive de Angkor en el siglo XV.



Angkor se construyó a lo largo de muchos siglos, con el trabajo de esclavos, y en su esplendor abarcaba una superficie de más de 100 km². Pudo ser la ciudad más grande del mundo antiguo, con unos 500.000 habitantes. El plano muestra el cuidadoso trazado de las calzadas (1), canales de riego y grandes depósitos (ambos en azul). Un gran foso lleno de cocodrilos (2) rodeaba el santuario de Angkor Vat (3). Detrás se alza la gran plaza de Angkor Thom (4), construida por Jayavarman VII a finales del siglo XII, con el templo de Bayon en el centro.



4
2
3
1

bólicas del monte Meru, residencia de los dioses hindúes y centro del universo.
El edificio más espléndido de la metrópoli jemer es Angkor Vat, templo funerario de Sūryavarnam II, quien ordenó su construcción a principios del siglo XII. No está dedicado a Śiva, sino a Visnú, y a diferencia de los demás templos de la zona, su entrada principal mira al oeste, hacia la tierra de los muertos. Angkor Vat es, probablemente, el edificio religioso de mayores dimensiones que jamás se haya construido; su laberinto de corredores adornados con tallas y esculturas muy elaboradas, que ocupa una superficie de casi 2,6 km², tiene además numerosas torres —la central y más alta supera los 61 m— construidas en forma de capullos de loto.
El plano de este santuario cósmico representa el trazado de cinco recintos rectangulares y concéntricos. Para llegar al centro del templo, situado bajo la torre más alta, los fieles necesitaban recorrer una calzada de 305 m, cuyos relieves simbolizan la historia sagrada de los hindúes. Pero, además, Angkor Vat fue diseñado y construido para servir de observatorio astronómico. Por ejemplo, su alineación con el templo de Prasat Kuk Bangro, a 5,6 km de distancia, define prefectamente el solsticio de invierno.

Una ciudad construida sobre canales
La situación de Angkor presenta varias ventajas naturales que contribuyeron a la prosperidad de la ciudad. En primer lugar, la tierra del entorno era fértil, y si se la mantenía bien irrigada podía dar tres y hasta cuatro cosechas de arroz al año. En segundo lugar, se halla cerca de Tonle Sap, un gran lago poco profundo y cubierto de flores, que era considerado una de las mayores reservas de peces del mundo. En tercer lugar, la selva proporcionaba todos los materiales de construcción, en especial la teca para los suelos de templos y galerías. Y en último término, la geología de la zona ofrecía abundante arenisca, hierro, oro, plata, cobre y estaño.
Los habitantes de Angkor construyeron largos canales de riego y dos grandes depósitos, al este y al oeste, cada uno de los cuales podía contener más de 7.000 millones de litros de agua, para regar los campos de cultivo durante los seis meses de sequía. Durante la misma, el lago de Tonle Sap ocupaba una extensión similar a la del Gran Lago Salado de EE.UU., pero con la llegada de los monzones crecía hasta alcanzar las dimensiones del Ontario.
Uno de los misterios más desconcertantes de Angkor es la razón de su abandono. Algunos expertos opinan que la doctrina de la renunciación, predicada por el nuevo budismo hīnayāna a finales del siglo XIII, debilitó las ambiciones militares de los jemeres, que optaron por convertirse en pacifistas, antimaterialistas y altruistas. Así, cuando los ejércitos tailandeses cayeron sobre Angkor en 1431, saquearon la ciudad tras un asedio de siete meses, no encontrando más resistencia que la de la clase dominante. Cuando los tailandeses se retiraron, los jemeres fueron incapaces de restaurar la glora anterior de Angkor.
Un gobierno débil, una rebelión de esclavos y el paludismo contribuyeron a esta pérdida de identidad nacional. También es posible que una sequía o un monzón excesivo quebrantaran la economía agrícola. Una leyenda budista cuenta que un rey condenó a ahogarse en el Tonle Sap al hijo de un sacerdote por haber ofendido a la familia real. Irritado, el dios serpiente hizo que el lago se desbordara, destruyendo Angkor. En nuestros tiempos, el Tonle Sap sigue desbordándose a consecuencia de las crecidas del río Mekong. Se cree que en siglo XV el lago estaba mucho más cerca de la ciudad de los canales, y no resulta muy extraño que la leyenda, en última instancia, se basara en hechos reales.

Una ligera sonrisa alegra el rostro pétreo de Buda, esculpido con las facciones del rey dios Jayavarman VII. A diferencia de sus predecesores, Jayavarman era budista; y al ser coronado en 1181 se le proclamó el «Buda viviente». En las torres del templo de Bayon, en Angkor Thom, hay unas 200 caras semejantes, de 2,5 m de altura cada una. A pesar de estar cubiertas de líquenes y deformadas por las lianas que crecen en sus grietas, su serena y lejana mirada aún es capaz de estremecer al visitante desprevenido.



Miles de muchachas se preparaban para ser *apsaras* o bailarinas sagradas y actuar en las festividades religiosas de los jemeres. Los relieves de piedra de los templos de Angkor incluyen numerosas representaciones de estas bailarinas que actuaban semidesnudas. Cuando los ejércitos tailandeses conquistaron la ciudad en 1431, se llevaron a las bailarinas a Tailandia, donde las vistieron con ropajes muy sofisticados, como los que sigue utilizando el Ballet Real Camboyano en recuerdo del recato impuesto hace más de 500 años por una cultura extranjera.



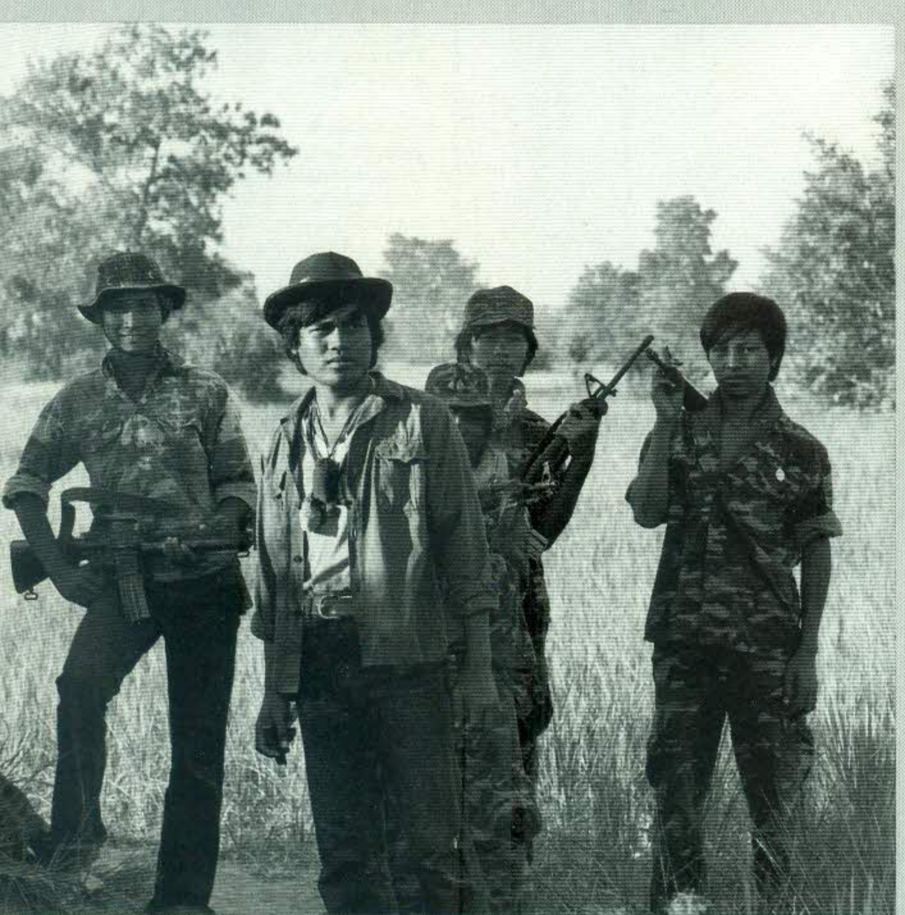
EL LEGADO DEL PUEBLO JEMER

LOS HEREDEROS DE ANGKOR
Estos jóvenes soldados, descendientes de los habitantes de Angkor, pertenecen a los Jemeres Libres, que luchan por liberar a Kampuchea de la dominación vietnamita. Se diferencian muy poco de sus antepasados del siglo XIII, tal como los describió el enviado chino Chow Ta Kuen. Tienen una talla media de 1,60 m, la tez parda y clara, la cabeza redondeada y los rasgos fuertes y bien definidos.



EL ESPECIALISTA EN MARIPOSAS
Cuando el naturalista francés Henri Mouhot preguntó acerca de las ruinas de Angkor, se le respondió que eran «obra de gigantes» o que «se habían construido por sí mismas». Mouhot, especialista en mariposas tropicales enviado por una sociedad zoológica para explorar las junglas de Indochina, hizo múltiples estudios, tomó notas y trazó diseños de Angkor, pero murió de una fiebre tropical en 1860, antes de poder iniciar la excavación y restauración de la misma.

BAILARINAS TAILANDESAS
La exquisita expresión gestual de las antiguas danzarinas jemeres ha sido heredada por las bailarinas tailandesas. Las *apsaras,* que bailaban semidesnudas en los templos de Angkor, cayeron prisioneras al ser derrotada la ciudad en 1431, y se vieron obligadas a cubrir sus cuerpos con lujosas vestimentas para distraer a los dignatarios de la corte tailandesa.



CNOSOS: LA CIUDAD DEL LABERINTO

En una vasija de loza que se conserva en el museo de Heraklion, Creta, el héroe Teseo mira a los ojos a la bella Ariadna. En otra, del museo Vaticano, Teseo sujeta al Minotauro por los cuernos y le hunde la espada en el corazón. ¿Es la historia de Teseo y el Minotauro sólo un mito, o se trata de un hecho real? Es éste uno de los muchos misterios a medias resuelto si hay que atenerse a las ruinas del palacio de Minos en Cnosos.

El visitante que se acerque al palacio por la senda proveniente del mar, situado a sólo 4 km de distancia, puede apreciarlo tal como lo debió ver Teseo al recorrer dicha senda, amurallada, hasta la entrada norte. Para una nación de navegantes y mercaderes, como los minoicos de dos mil años aC, esta entrada al palacio, flanqueada por «salas de aduanas», debió ser la más importante. Al ingresar en él, lo primero que llama la atención es un gran fresco en relieve, que representa un enorme toro luchando ferozmente con sus raptores en un campo de olivos. Detrás del toro se extiende un verdadero laberinto de 1.500 estancias, repartidas en un intrincado trazado de estrechos pasillos, que desconcertaba a cualquiera que no fuera conocedor del palacio.

En Cnosos hubo asentamientos desde el quinto o sexto milenio aC. A finales del tercer milenio y comienzos del segundo se edificaron varios magníficos palacios, destruidos por sucesivos terremotos, construyéndose cada uno sobre las ruinas del anterior. Pero entre los años 1400 y 1250 aC, una devastadora erupción volcánica originada en la isla de Santorín aniquiló definitivamente la ciudad, el palacio y a la población.

El palacio de Minos no recuperó su esplendor hasta 1878, gracias a los trabajos del arqueólogo griego Minos Kalokairinos y a las excavaciones del inglés sir Arthur Evans. La Cnosos que descubrieron sugiere un modo de vida envidiable, en el que se había alcanzado una considerable armonía entre pragmatismo y estética.

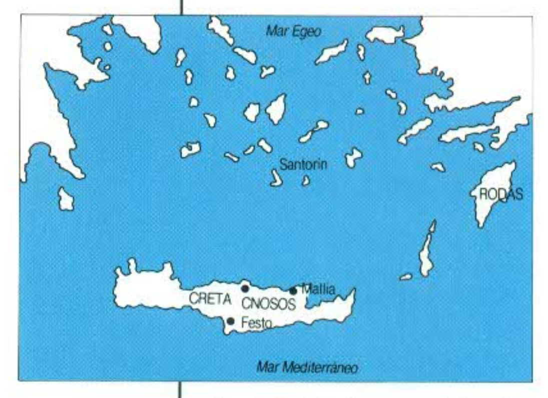
De los desagües del palacio a la avenida de las Procesiones

Puede juzgarse el desarrollo de una civilización por sus desagües. El sistema minoico, sobre todo entre el 1700 aC y el desastre final, ha sido superado en muy pocas ocasiones. Entre las muchas maravillas de Cnosos, pocas resultan tan impresionantes como las tres tuberías de arcilla, ensambladas a la perfección, que siguen tan maravillosamente ajustadas a sus pozos de inspección como cuando fueron instaladas, hace 4.000 años. Las tuberías se van estrechando gradualmente para frenar el flujo de agua —como los canales parabólicos de desagüe y sus tanques para sedimentos instalados bajo las calles pavimentadas—, constituyendo uno de los muchos ejemplos del conocimiento de hidrodinámica de los minoicos.

El ingreso al palacio por el lado oeste, o «entrada comercial», concluye en un conjunto de tres pozos amurallados, aparentemente insignificantes. Aquí eran devueltos a la tierra, de la que habían nacido, los huesos y la sangre de los animales sacrificados en las ceremonias religiosas, junto con la miel, el vino, el aceite y la leche de las libaciones. Este sentido literal de lo conveniente y lo apropiado impregna todo Cnosos.

Poco queda de la sala de guardia que había a un lado, y que

La sala de la reina, según Arthur Evans, debió ser el culmen del lujo minoico, con bañera, agua corriente, sistema de desagüe y retrete con asiento de madera y cisterna. Las paredes están decoradas con espirales y delfines, símbolos de la alegría de vivir. La suite de la reina es aún más laberíntica que el resto del palacio: sólo el cuarto de baño tiene cinco entradas y salidas.

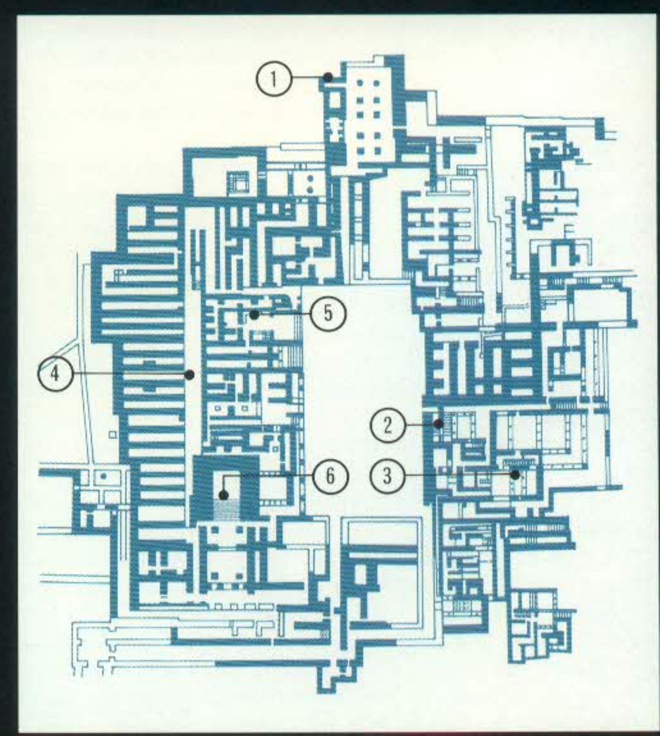


La ciudad de Cnosos está situada a 4 km de la costa norte de Creta, una isla equidistante de Grecia y Turquía. En su apogeo, el Imperio minoico, con bases en Cnosos y Festo, dominaba todo el mar Egeo.

Sir Arthur Evans, junto a las grandes vasijas de loza halladas en los sótanos del palacio, que contenían sustancias especiales empleadas en ceremonias. Las tapas poseían sellos que identificaban al propietario. Se han encontrado más de 4.000 sellos, todos exquisitos y diferentes, que parecen indicar la existencia de un sistema heráldico muy organizado.

Plano del palacio de Cnosos, con las edificaciones dispuestas en torno al patio central. Se ingresaba por la sala de guardia (1). La escalera (2) llevaba a las habitaciones superiores, como la suite de la reina (3). Un pasillo (4) del ala oeste terminaba en los almacenes. La sala del trono (5) daba al patio; y una gran escalinata (6) conducía a los aposentos reales.





1
5
4
2
6
3

debió tener un carácter más administrativo que militar. En realidad, uno de los aspectos más curiosos de todos los palacios minoicos es que se han encontrado muy pocas armas entre los miles de objetos descubiertos, y las mismas suelen ser de tipo ceremonial. Los palacios carecen de fortificaciones y, al parecer, durante la mayor parte de su historia los minoicos vivieron en paz con sus vecinos.

La sala de guardia da acceso a la avenida de las Procesiones, la cual termina en una ancha escalinata que sube hasta el gran patio. Allí se encuentra uno de los asombrosos frescos que nos da a conocer el pasado minoico: una procesión de sacerdotes y sacerdotisas en tamaño natural, que portan frascas y vierten líquidos en ofrenda a sus dioses, en actitud de desplazarse con una dignidad que parece real.

El salto acrobático del toro

Más allá de los sótanos de piedra existe una sala con nuevos y espectaculares frescos. El más famoso de ellos muestra, en una especie de reconstrucción fotográfica primitiva, la gracia y el arrojo de los saltadores del toro, que participan de un acto que es a la vez deporte, ritual y hazaña. Al embestir el toro, cada saltador —los hay de ambos sexos— se sujeta a los cuernos y da una voltereta sobre el lomo del animal, cayendo desde ahí al suelo. El más ínfimo error puede conducir a la muerte al saltador.

Los saltadores se acercaban al toro uno tras otro, en rápida sucesión. Debía ser difícil distinguir a la persona del animal, y este hecho puede constituir el origen del Minotauro, mitad hombre, mitad toro. Se desconoce el lugar donde se practicaba el juego del toro; tal vez se tratase del gran patio porque esta zona debió constituir el eje central de la vida palaciega, un respiro al aire libre en medio de la laberíntica rutina cotidiana. El claro simbolismo de las estancias de consagración, que dominan el patio con la sencillez de una escultura moderna, parece indicar que el patio era más que un mero nexo de la vida en palacio.

El corazón del palacio

El ala oriental del palacio está excavada en la ladera, sobre el nivel del patio. A un extremo eran reconocibles los aposentos reales, y al otro, los talleres de carpinteros, alfareros, albañiles y joyeros, que proporcionaban los lujos y comodidades que es dable apreciar en aquéllos.

A los aposentos reales se llega a través de una gran escalinata, no demasiado voluminosa en cuanto a dimensiones, pero sí grandiosa debido a su suntuosidad y su sentido artístico. Las columnas, pintadas de rojo y negro y reducidas en la base, rodean un vano de luz que no sólo ilumina los aposentos de abajo, sino que hace las veces de respiradero para el sistema de «aire acondicionado natural» del palacio. Los once entrepaños con puertas que dividían el salón real se podían abrir y cerrar para regular la entrada de aire fresco, perfumado con tomillo y limón, procedente de la columnata, mientras el aire caliente ascendía por la escalinata. En invierno se podían cerrar las puertas e introducir hogares portátiles para la calefacción.

El centro del poder era la gran sala del trono, donde se reunía la corte del rey Minos. En el exterior de la misma hay una gran pila de pórfido, instalada allí por Arthur Evans, quien creía que debía ser empleada en los ritos de purificación antes de entrar a la sala. Es un adecuado símbolo de lo que queda de Cnosos: una extraordinaria reconstrucción del palacio del rey Minos, tal como era 1600 años aC y según la interpretación de un arqueólogo inglés cuyo único propósito fue recrear la imagen de la edad de oro del Imperio minoico.



Un gran toro en relieve recibe a quienes entran al palacio de Cnosos por el norte. El fresco se encontró hecho pedazos en 1900 y se reinstaló en la entrada norte en 1930. La fiera en el olivar es una muestra del culto minoico al toro y, al mismo tiempo, un anuncio del espectacular juego del salto.

Dos fabulosos grifos, símbolos del poder real y divino, flanquean una reconstrucción del trono más antiguo de Europa. Este fue empleado como modelo del sillón del Presidente del Tribunal Internacional de La Haya, Holanda. La sala del trono del rey Minos, en la planta baja del ala oeste del palacio, tenía cabida para unas 16 personas asistentes a las audiencias del soberano.



SUSA: LA CIUDAD GLORIOSA DE LOS PERSAS

Recortadas contra el horizonte de la llanura calcinada de Juzistán, en el suroeste de Irán, se alzan las grandes ruinas de Susa. Aquí, bajo una serie de montículos, subyacen los restos de una gran ciudad que controló importantes itinerarios que partían de la antigua Mesopotamia hacia el este, atravesando la cordillera de Zagros.

Según la tradición persa, Susa fue la primera ciudad del mundo, fundada por el legendario rey Hushang, quien descubrió el modo de hacer fuego con hierro y pedernal. Es indudable que debió ser una de las primeras: allí ya florecía la vida urbana al comienzo del cuarto milenio aC, y sus artesanos fabricaban algunas de las piezas de cerámica más elegantes del mundo: vasos estilizados, en los que se reproducían para decorarlos aves y perros de caza.

La guerra de los mil años

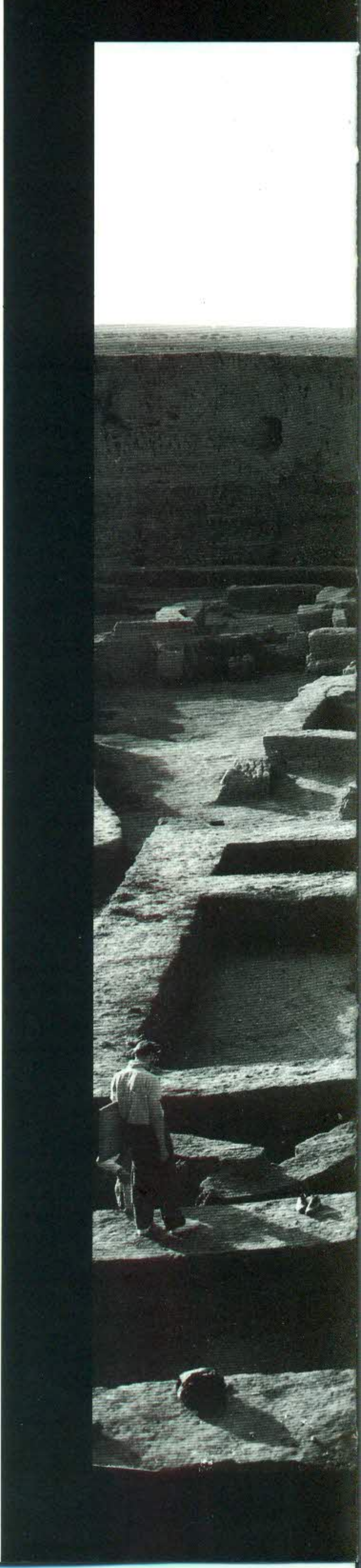
Hacia el 2500 aC, Susa se había convertido en capital del reino de los elamitas, un pueblo vigoroso pero enigmático, culturalmente afín a los sumerios de Mesopotamia. Durante mil años, Elam mantuvo una guerra con las ciudades estado de Mesopotamia. Pero hacia el 2350 aC, Susa pasó a formar parte del primer gran imperio del mundo, tras su caída en manos de Sargón el Grande, rey de Acad.

Cuando se desmembró el imperio de Sargón (hacia el 2100 aC) resurgió la prosperidad de los elamitas, quienes embellecieron su capital con un recinto sagrado que contenía el templo zigurat de Inshushinak, Señor de Susa, dios de la tormenta y protector de la ciudad, cuyo emblema era el cebú.

Pero los vaivenes del poder seguían afectando a las ciudades estado de Mesopotamia. Hacia el 1000 aC, los babilonios sitiaron Susa y redujeron su área de influencia. En el 645 aC, los asirios irrumpieron en Elam, guiados por el victorioso Asurbanipal, quien quemó Susa hasta los cimientos y secuestró con cadenas a los reyes de Elam, a quienes les obligó a arrastrar su carro por las calles de Nínive.

Los montículos de Susa fueron redescubiertos en 1850, y el arqueólogo británico William Loftus los identificó como pertenecientes a la Susa de los tiempos clásicos. Son cuatro en total: la Acrópolis, la Apadana, la Ciudad Real y la Ciudad de los Artesanos. El más antiguo de los trece diferentes asentamientos es la Acrópolis, donde se han encontrado los restos de un templo del cuarto milenio aC. También se erigieron aquí las principales construcciones elamitas, entre ellas el templo y zigurat de Inshushinak, rematado por unos «cuernos» de bronce de los que se apoderó Asurbanipal.

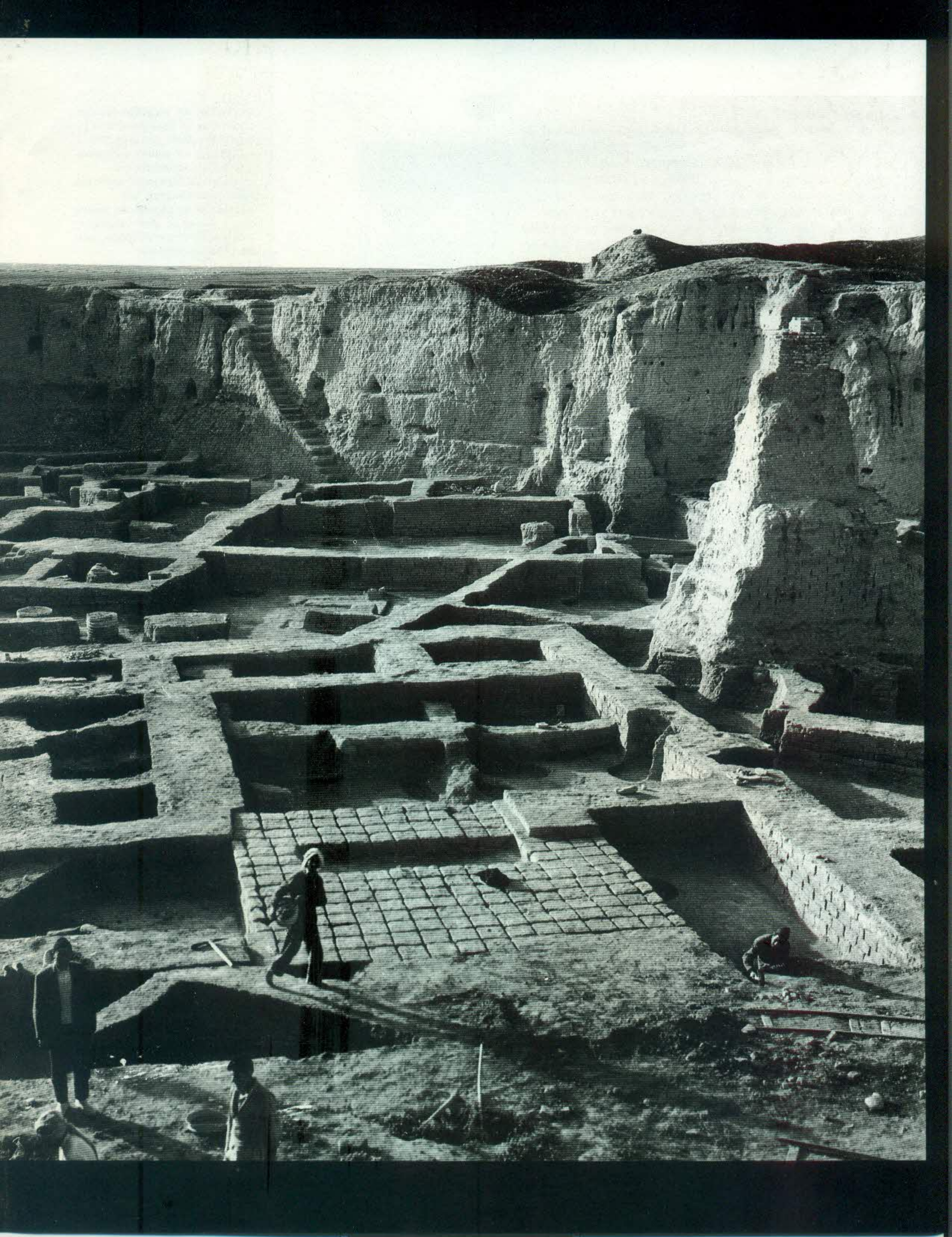
La Susa de los elamitas ha desaparecido en su totalidad. Es posible darse cierta idea de lo que era la ciudad en su apogeo si se recorren 32 km hacia el sudeste, donde el rey Untash-Gal construyó, hacia el 1250 aC, la ciudad real que bautizó con su propio nombre, Dur-Untashi, y que ahora se conoce como Choga Zanbil. Su plan de construcción parece ser uno de los más ambiciosos de toda la civilización antigua: grandes terraplenes y murallas de piedra rodeaban los templos de los numerosos dioses elamitas, entre los que destacaba un gran zigurat dedicado a Inshushinak.



Los «huesos pelados» de la antigua ciudad de Susa apenas permiten adivinar su esplendor y gloria pasados. Sin embargo, los arqueólogos han desentrañado la larga historia del lugar, enterrada bajo siglos de polvo: las idas y venidas de acadios, babilonios y griegos, los resurgimientos intermitentes de los elamitas y la dominación «mundial» de los reyes aqueménidas.



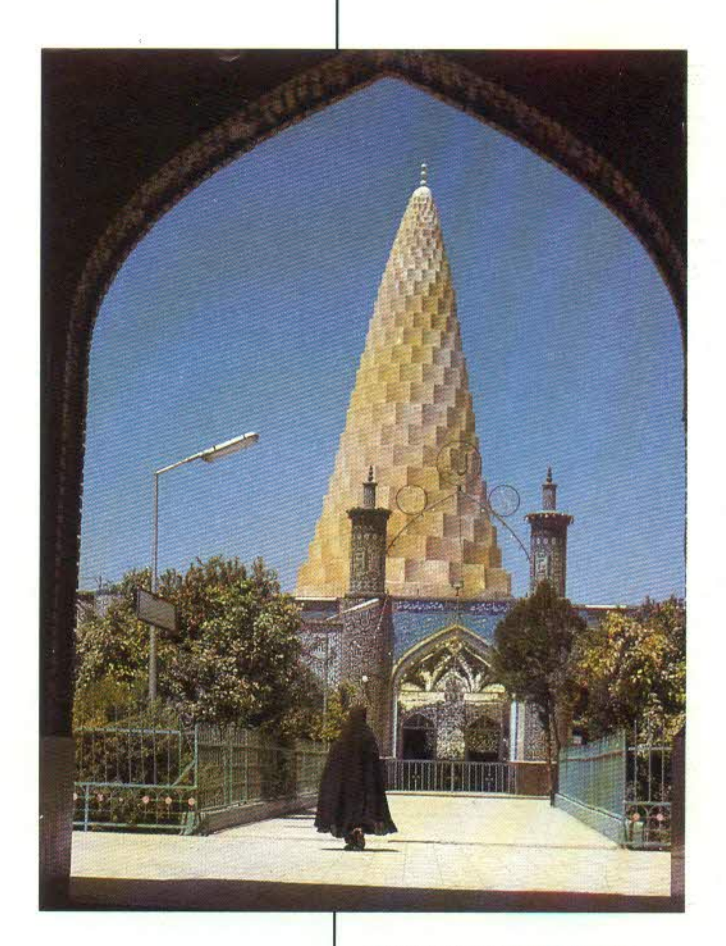
Las ruinas de Susa están situadas en la ribera oriental del río Kerja, en el suroeste de Irán. Fue una importante encrucijada que controló importantes rutas comerciales entre la cordillera de Zagros y las ciudades estado de Mesopotamia.



Las aguas del Coaspes
A pesar de haber sido arrasada por Asurbanipal, la ciudad de Susa supo renacer. Ciro el Grande (*c* 530 aC), que dominó desde el mar Egeo hasta el río Oxus, la nombró capital de su imperio persa. La elección de Susa se debió a su estratégica situación, en pleno centro de su imperio, pero quizá también influyera la proximidad del río Kerja, célebre por su pureza.
El historiador griego Herodoto cuenta que siempre que Ciro salía de expedición llevaba consigo «agua del Coaspes (el Kerja)... que es la única que bebe. Este agua del Coaspes está hervida y se trasporta en recipientes de plata, en numerosos carros de cuatro ruedas tirados por mulas, que siguen al rey dondequiera que éste vaya.» «Dondequiera» podía significar grandes distancias. La energía de Ciro —y de la dinastía aqueménida fundada por él— era prodigiosa. Dejaba trascurrir el invierno en Susa, la primavera a 800 km de allí, en la ciudad ceremonial de Persépolis, y el verano a 1.280 km de esta última, en las frescas montañas de Ecbatana. De Ecbatana a Susa había otros 480 km. Se viajaba con el calor del verano y durante los fríos invernales; cruzándose algunos de los paisajes más áridos del mundo y trasportando no sólo las aguas puras del Coaspes, sino toda la complicada parafernalia de la corte.
No es de extrañar que los aqueménidas fueran grandes constructores de vías. Su carretera real, desde Susa hasta Sardis, en Asia Menor, se extendía en unos 2.563 km, con 111 postas para cambiar de caballos. Era vigilada por patrullas militares, y un cuerpo de comunicaciones se encargaba del servicio postal del monarca; en caso de necesidad, se podía realizar toda la travesía con relevos de una semana.

El gran palacio del rey Darío
En el 517 aC, el penúltimo sucesor de Ciro el Grande, Darío I, inició la construcción de un espléndido palacio en el montículo de la Apadana, registrando los detalles de la edificación en una tablilla de arcilla: «Yo construí este palacio... El pueblo de Babilonia excavó la tierra y moldeó los ladrillos. Se trajo la madera de cedro de una montaña llamada Líbano. Los asirios la llevaron a Babilonia, y los pobladores de Jarka (en Anatolia) y de Jonia (Grecia) la trasportaron de Babilonia a la tierra de Susa.» Llegaron hombres y materiales de todos los rincones del imperio y de lugares más lejanos, así como caravanas de oro —con medos y egipcios para trabajarlo—, marfil, plata, ébano, lapislázuli y turquesa.
No es extraño que en la Biblia se le llame a Susa, simplemente, El Palacio. Aquí tuvo lugar la romántica historia de Ester, y el libro de Ester describe sus lujos con minuciosidad detallada. Al extenderse el Imperio persa hasta abarcar algunas zonas de Grecia, la gloria de Susa alcanzó igual fama tanto entre griegos como entre hebreos. Después de derrotar al rey persa Darío III en el 331 aC, Alejandro Magno ocupó Susa, donde encontró fabulosas riquezas. Tras siete años de conquistas, que le condujeron a la otra margen del río Indo, en la India, Alejandro regresó a Susa y allí anunció sus planes para la unificación de Grecia y Persia, formándose un gran imperio. El primer paso por que optó fue su casamiento con Estatira, hija de Darío, para lo cual organizó uno colectivo de 10.000 griegos con mujeres persas.
Tras la muerte de Alejandro, en el 323 aC, Susa quedó reducida a capital de provincias. Más tarde fue obispado cristiano, y el rey sasánida Sapor II, ferviente adorador de Zaratustra, logró arrasarla empleando para ello cientos de elefantes. El hundimiento total se produjo ya con los mongoles, en el siglo XIII, y Susa quedó muerta y abandonada a la acción del viento, que acabó por convertirla en uno más de los montículos de Oriente Medio.

El exterior del magnífico palacio construido en Susa por Darío I estaba decorado con mosaicos esmaltados, de colores delicados, diseñados y montados por artesanos de Babilonia. Entre las numerosas imágenes que adornaban las paredes del palacio figura un par de genios alados o esfinges, de 70 cm de altura, que hacían de guardianes.



El santuario cónico conocido como Tumba de Daniel, en la orilla oriental del río Shaur, no lejos de Susa. Durante mucho tiempo, los musulmanes han atribuido a los restos del profeta hebreo poderes para prevenir la sequía. En el siglo XII, cuando se cree que fue construida la tumba, un sultán ordenó envolver en cristal el ataúd del profeta y colgarlo de un puente sobre el río Shaur.



LA LEGENDARIA CIUDAD DE TROYA

Ciertas leyendas de la antigüedad brillaron con luz tan potente que han permanecido inalteradas durante miles de años. Una de ellas es la del saqueo de Troya, en la costa noroeste de Turquía. A pesar de la falta de auténticas pruebas —y de no existir un sitio reconocible hasta hace poco—, la historia de la guerra de Troya jamás perdió crédito.

Cuando el aventurero alemán Heinrich Schliemann descubrió Troya, le proporcionó al mundo un vínculo con el pasado, haciendo realidad un relato de la edad del bronce, con temas y pasiones tan sutiles y conmovedores como los de un drama de Shakespeare, pero tomando como referente a un pueblo que hasta entonces estaba considerado poco más que salvaje. En el caso de la guerra de Troya, la leyenda debe su prestigio, aun cuando no su persistencia, a uno de los poemas épicos más célebres que jamás se hayan escrito: *La Ilíada.*

La epopeya de la guerra de Troya fascinó durante siglos a los eruditos, incluido el poeta inglés Alexander Pope, que en 1714 dibujó un mapa detallado para ilustrar su traducción de *La Ilíada.* En el mismo figuran los dos ríos de la llanura de la costa, el Escamandro y el Simois, alzándose la ciudad de Troya en una colina entre ambos.

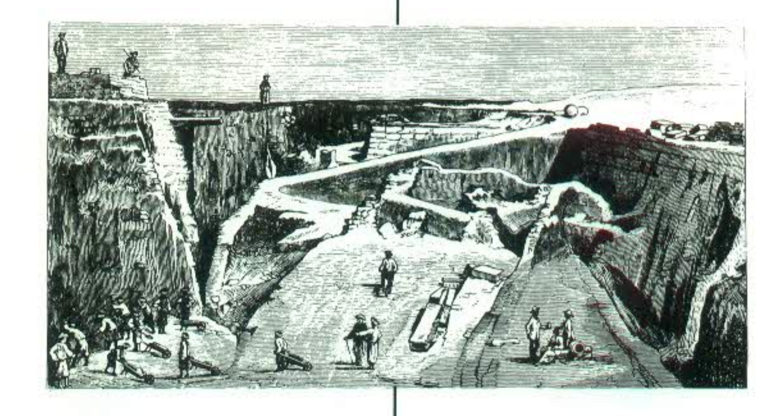


Las ruinas de Troya están en Hisarlik, cerca de la costa noroeste de Turquía, al norte de Izmir, nombre moderno de la antigua Esmirna, posible lugar de nacimiento de Homero, hace casi 3.000 años.

La historia de la antigua Troya

Actualmente se tiende a considerar que este relato de la larga guerra entre griegos y troyanos es una recopilación de tradiciones orales versificadas, inspiradas por la historia. El poeta Homero, si es que existió, debió nacer en una de las islas jónicas, como Quíos, o en Esmirna en el siglo VIII aC. Es indudable que gozó de una reputación que le hizo pasar a la posteridad, pues aunque la narración siguió trasmitiéndose por tradición oral, el bardo que la recitaba terminaba siempre con las palabras «tal como lo cantó Homero».

La historia de la caída de Troya comienza cuando Paris, hijo de Príamo, el rey de Troya, recibe el dudoso y peligroso honor para que actúe como juez en un concurso de belleza entre las diosas Hera, Atenea y Afrodita. Las diosas carecían de escrúpulos en cuanto al soborno y, en consecuencia, Paris se vio forzado a elegir basándose no sólo en sus inclinaciones naturales y en el temor a la venganza de las perdedoras, sino también influido por las respectivas recompensas: las riquezas y el dominio de toda Asia; la sabiduría y la invencibilidad; o el amor de Helena de Esparta, esposa del rey Menelao, considerada la mujer más hermosa del mundo. Al optar por Helena puso en marcha una tragedia que habría de durar diez largos años y que acabaría destrozando su ciudad natal, costando la vida a innumerables hombres, mujeres y niños.

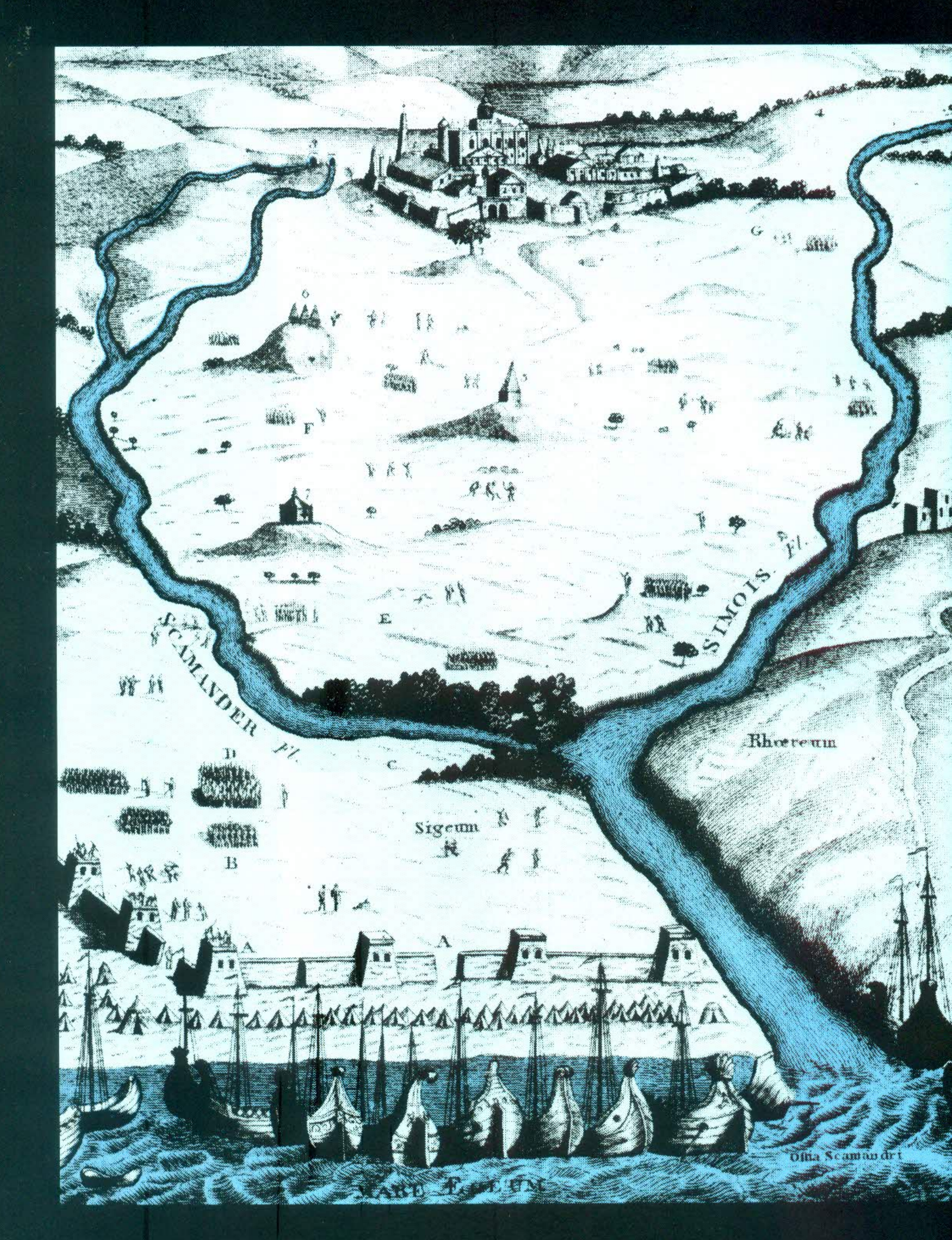


Cien obreros turcos al mando de Schliemann cavaron una zanja a través del montículo de Hisarlik, descubriendo restos arqueológicos de Troya. El grabado pertenece al libro de Schliemann *Troya y sus ruinas* y muestra la excavación del templo de Atenea.

Las dificultades de la localización de Troya

Desde los tiempos clásicos, la localización exacta de la ciudad del rey Príamo resultó muy dudosa y fue motivo de controversias. Los habitantes griegos de Ilión, al noroeste de Turquía, se jactaban de que su ciudad era la auténtica sucesora de Troya, pero los estudiosos de Homero se burlaban de semejante pretensión, pues, ¿acaso no estaba acertado el geógrafo romano Estrabón (60 aC-21 dC), al asegurar que Troya se alzó 6,5 km más cerca de las montañas, en la Aldea de los Troyanos.

La Ilíada sitúa Troya junto a dos manantiales que desembocan en el río Escamandro, uno caliente y humeante, y el otro siempre frío y gélido. En 1791, el viajero francés Lechevalier sostuvo, basándose en estos datos, que Troya estaba en la aldea de Bunarbashi, que significa «cabeza de manantial». Por encima


SCAMANDER Fl.
SIMOIS Fl.
Rhœteum
Sigeum
Ostia Scamandri
MARE ÆGEUM

de esta aldea hay una colina rocosa, a modo de ciudadela, donde brotan una serie de manantiales.

Más de dos generaciones de eruditos ignoraron el hecho de que todos los manantiales tenían igual temperatura, y por eso fue aquí donde primero acudió Heinrich Schliemann al encuentro de Troya. No habiendo hallado ni rastro de la ansiada ciudad, trasladó sus esperanzas y su azada al montículo de Hisarlik, pequeña colina a 4,8 km de la costa, entre los dos ríos principales de la llanura de Troya, identificados en *La Ilíada* como el Simois y el Escamandro. Los ciudadanos de Ilión no habían pecado de presunción, pues Schliemann descubrió Troya cerca de las ruinas de su ciudad.

Las nueve ciudades de Troya

Heinrich Schliemann, bucanero de la arqueología, fue un hombre excepcionalmente decidido. Era sueño de su juventud descubrir la perdida ciudad de Troya. Inició sus excavaciones en Hisarlik en 1870 y a ello dedicó 20 años.

De manera más bien impetuosa, Schliemann excavó una gran zanja a través del montículo de Hisarlik, y tuvo la desgracia de destruir parte del estrato que más anhelaba encontrar: la Troya homérica. Se quedó comprensiblemente desconcertado ante las múltiples capas de la colina que excavaba, pero logró identificar cuatro ciudades distintas y sucesivas por debajo de la ciudad romana de Ilium, llegando a la conclusión de que la segunda en orden era la Troya que anhelaba. Los arqueólogos no se mostraron muy de acuerdo con su conclusión, lo cual irritó a Schliemann y acrecentó su satisfacción cuando, en 1873, descubrió lo que llamó «el tesoro de Príamo».

Según comentario de Schliemann, fue extrayendo el tesoro y entregándoselo a su joven y bella esposa griega, Sophia, quien lo envolvió en su chal para preservarlo tanto de los funcionarios griegos como de los obreros. Existe una fotografía de Sophia engalanada con las resplandecientes «joyas de Helena». Además de este tesoro, se encontraron copas, puntas de lanza y pendientes, que probablemente procedían de Troya II o Troya III (*c* 2200 aC), fecha que no coincide con la Troya de Homero, seguramente Troya VI, destruida hacia el 1260 aC. Por desgracia, todos estos objetos, a excepción de un par de pendientes y algunos otros, pequeños, desaparecieron en Berlín en 1945. Podrían haber sido utilísimos para futuras investigaciones acerca de estas ciudades desaparecidas.

¿Qué queda de las ciudades de Troya?

Muchos visitantes han rechazado esta Troya por pequeña y humilde. En efecto, parece increíblemente pequeña cuando se la compara con la imagen clásica de la poderosa ciudadela fortificada de Príamo. Sólo mide 137 por 183 m, apenas el espacio suficiente para unas cuantas docenas de viviendas, más, quizá, otras mil personas residiendo en los alrededores. Pero la extensión es precisamente uno de los rasgos más conmovedores de Troya, al hacerla parecer tan vulnerable.

La playa donde los griegos atracaron sus barcos está ahora 15 km más alejada que cuando el furioso Aquiles arrastró el cuerpo destrozado de Héctor en torno a las murallas de Troya. Persisten aún dos de los fenómenos que Homero describió: el viento que sopla incesantemente entre las hierbas altas (no ocurre así en ningún otro lugar de la zona) y las pequeñas encinas achaparradas, que parecen ser originarias del lugar. En su libro *The Towers of Trebizond,* la autora inglesa Rose Macaulay ha expresado quizá la última palabra sobre la magia de Troya: «Pensé que había ya bastantes ciudades en el mundo, y que más valía olvidarse de las que habían desaparecido, dejándolas yacer bajo la hierba, los asfódelos y las zarzas, con el viento suspirando sobre ellas y a lo lejos el mar, donde las naves griegas habían aguardado diez años...»

El edificio mejor conservado de las nueve ciudades de Troya es un anfiteatro, en la parte sur de la ciudad. Surge como consecuencia del programa de reconstrucción iniciado por Julio César en el siglo I aC, y forma parte de la última y más extensa ciudad de Troya, Troya IX, que quedó definitivamente abandonada hacia el 350 dC.



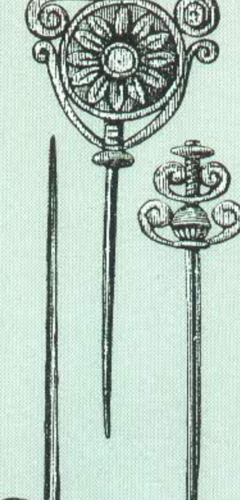


El momento decisivo en la guerra de Troya se produjo cuando los griegos construyeron un gigantesco caballo de madera, en cuyo interior se ocultó un pequeño grupo de guerreros mientras el resto del ejército fingía abandonar el campo de batalla. El caballo había sido construido atendiendo al consejo de Atenea, diosa de la sabiduría, que aparece en este jarrón acariciando la cabeza del animal. Los troyanos introdujeron el caballo en su ciudad, festejaron su victoria y se durmieron; los griegos, entonces, salieron del caballo, abrieron las puertas de la ciudad al ejército y éste masacró a los troyanos.


ΗΒΟΥΛΗΚΑΙΟΔΗ
ΛΟΥΚΙΩΟΥΙΝΟΥΛΕΙΩ
ΤΑΙΚΙΩ ΕΠΑΡΧΩΣΠΕΙ
ΡΗΣΧΕΙΛΙΑΡΧΩΛΕΓΙΩΝ
ΕΚΤΗΣΕΠΑΡΧΩΕΙΛΗΣ
ΤΡΟΠΩΑΥΤΟΚΡΑΤΟΡΟΣ
ΚΑΙΣΑΡΟΣΟΥΕΣΠΑΣΙΑΝ
ΣΕΒΑΣΤΟΥΕΠΑΡΧΕΙΟΝ
ΛΙΒΥΗΣ ΑΣΙΑΣΘΡΑΚ

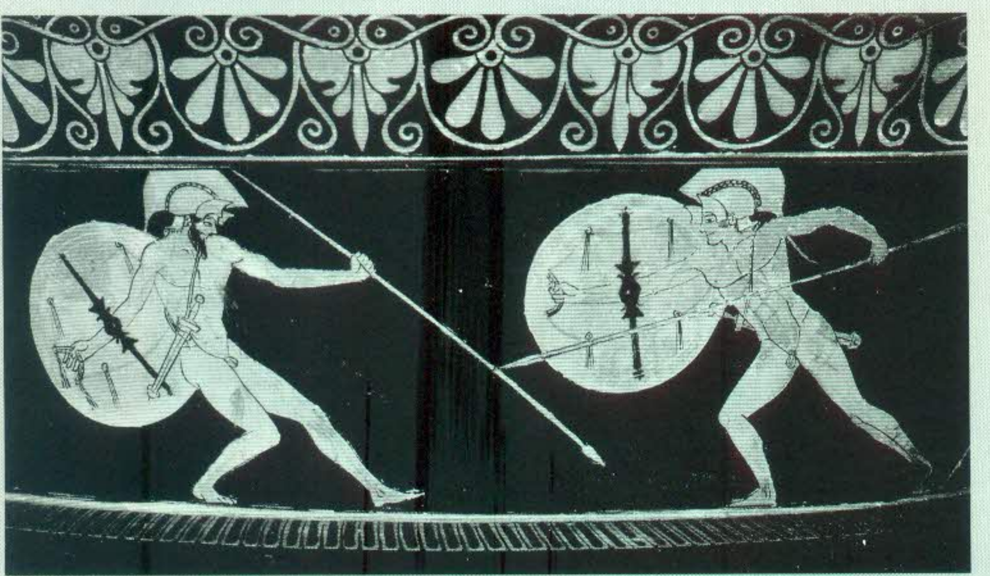
LOS PROTAGONISTAS DE TROYA

EL BUCANERO DE LA ARQUEOLOGIA
Heinrich Schliemann (1822-1890), hijo de un humilde párroco alemán, comenzó a trabajar en una tienda de comestibles a los 14 años de edad. Posteriormente se embarcó como paje de escoba, naufragó y acabó en Holanda, donde, con su irrefrenable energía, emprendió una serie de negocios que incluían el contrabando de té a Rusia. A los 36 años, Schliemann se retiró, ya millonario. Tras haber estudiado la incipiente ciencia de la arqueología en París durante dos años, se estableció en Grecia e inició la labor detectivesca que culminaría en el descubrimiento de la Troya perdida de Homero.



LAS JOYAS DE HELENA
Sophia Engastromenos, hija de un tapicero ateniense, casó con Heinrich Schliemann en 1869, a los 17 años de edad, convirtiéndose en su segunda esposa. Sophia colaboró con su marido para sacar clandestinamente de Turquía «el tesoro de Príamo», y más tarde se hizo fotografiar con el mejor lote del botín: las joyas de Helena, que consistían en collares, pulseras, pendientes y varias diademas, todo ello de oro.

PARIS Y HELENA
El desdichado juez de un concurso de belleza entre diosas comparte un momento de tranquilidad con su premio, la mujer cuya belleza movilizó mil naves. Es una de las parejas más famosas de la historia y ha servido de inspiración a muchos artistas. Este *Paris y Helena* fue pintado por Jacques-Louis David en 1788 para el conde d'Artois.



AQUILES Y HECTOR
La historia de la guerra de Troya inspiró a numerosos artistas clásicos, sobre todo en Grecia. En un jarrón ático del siglo V aC, el héroe griego Aquiles se dispone a dar muerte a Hécto comandante del ejército troyano. La imagen no hace justicia a la furia de Aquiles, que acaba de enterarse de que Héctor ha dado muerte a su vez a su amigo Patroclo. Aquiles arrastró con su carro el cadáver de Héctor, antes de devolverlo a Troya para los ritos funerarios.

PETRA: LA CIUDAD DE LAS TUMBAS

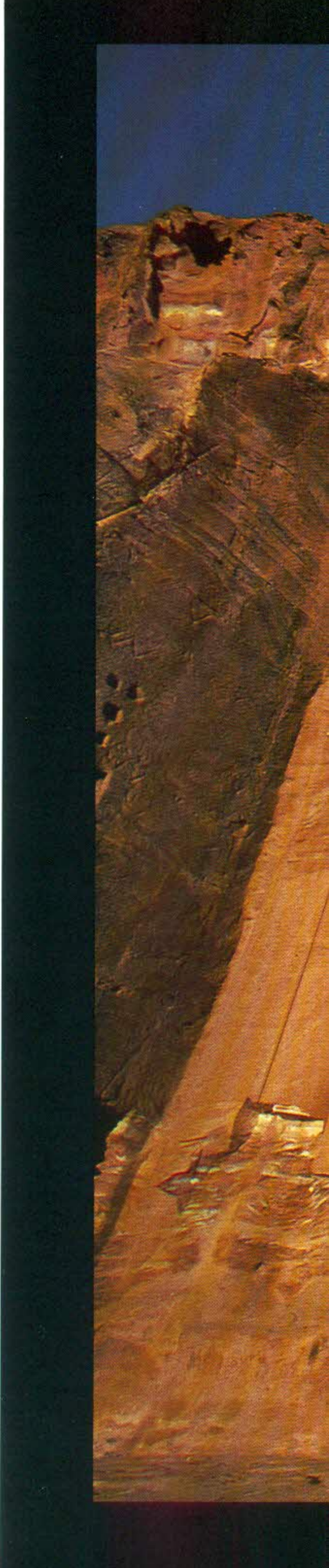
Los relatos de los viajeros inspiraron al estudioso victoriano John Burgon, más tarde diácono en Chichester, Inglaterra, a inmortalizar la antigua ciudad de Petra: «¿Hay maravilla comparable en el clima del Oriente / a esta ciudad rosa y roja, tan antigua como el tiempo?» Igualmente erróneo —pues Petra no es rosa y roja—, pero quizá más evocador de las tonalidades del lugar, es el comentario del cocinero italiano de Edward Lear, Giorgio: «¡Oh, señor! Hemos llegado a un mundo donde todo está hecho de chocolate, jamón, salsa de curry y salmón.» Petra está excavada en la roca de un anillo casi impenetrable de montañas en el desierto jordano, y sólo se puede acceder a ella a pie o a caballo. Desde el *uad* Musa o Valle de Moisés, junto a la aldea de Elji, el camino hacia Petra se hace más angosto hasta convertirse en el *siq,* un oscuro desfiladero que en muchos puntos no tiene más de un metro de anchura. El *siq* serpentea por las montañas durante casi 1,5 km, entre profundos precipicios. A ambos lados existen bloques tallados de piedra dorada, con canales para que escurra el agua. Sin previo aviso, el *siq* se abre de las sombras a la plena luz solar y el visitante contempla la primera y más espectacular visión de Petra: el Jazna, un templo nabateo de resplandeciente color rojizo oscuro, excavado en la misma roca.

Las antiguas ruinas de Petra

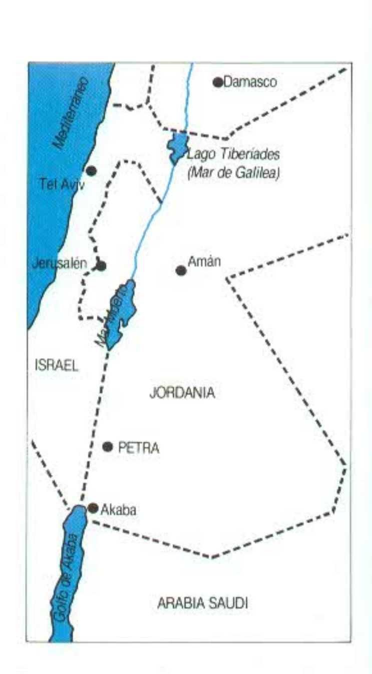
El Jazna o Tesoro se encuentra bastante bien conservado y muestra una clara influencia griega en su estatuaria, nichos y columnas. ¿Era un templo, una tumba o un edificio del tesoro? Cualquiera de las tres posibilidades es válida, aun cuando la denominación deriva de una leyenda que asegura que en la urna que corona el edificio se escondía el tesoro de un faraón. Durante muchos años, hasta que esto quedó prohibido oficialmente, los beduinos de la zona disparaban sus fusiles contra la urna, con la esperanza de ver caer el tesoro. Es probable que el edificio se empleara para fines funerarios, ya que en Petra abundan las tumbas, desde la Urna Real, tallada en la pared del precipicio, hasta las públicas con cámaras funerarias excavadas en las paredes, pasando por los patéticos pozos donde se enterraba vivos a los criminales.

A la entrada de la ciudad, el visitante topa con ruinas romanas, entre las que destaca el inmenso teatro excavado en una ladera, con 33 filas de asientos para más de 3.000 espectadores. Los romanos fueron también los autores de la columnata que atraviesa la zona central de la Petra del siglo II, flanqueada por mercados y con una fuente pública, la Nymphaeum, dedicada a las ninfas acuáticas y que proporcionaba sombra y agua fresca en el calor del estío.

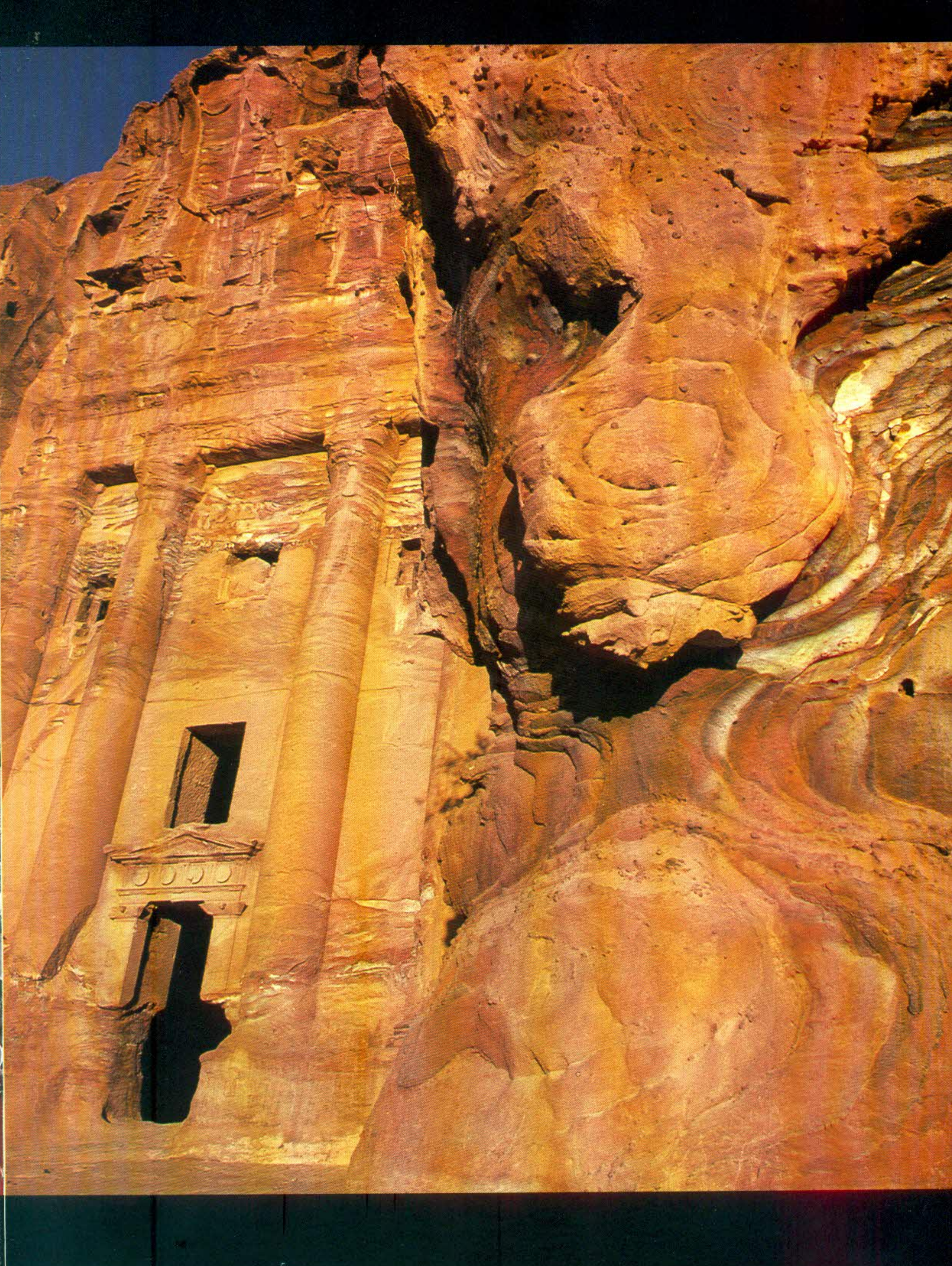
La columnata conduce hasta la zona sagrada de Temenos, en otro tiempo protegida mediante puertas. En su centro se alza el templo nabateo de Kasr El Blint, actualmente en ruinas y que debió ser edificado en el siglo I aC. Era un santuario del dios Dusares, pero su nombre significa Castillo de la Hija del Faraón, por alguna razón mistérica. A su derecha se halla el moderno museo, instalado en una tumba o templo. Mucho menos accesible es el Deir o Monasterio, uno de los sitios más sorprendentes de Petra, construido en un repecho de la monta-



La obra del hombre se confunde con la de la naturaleza en el vasto conjunto de tumbas y de templos excavados en la arenisca roja de las montañas de Petra. Los nabateos, una tribu de antiguos pastores nómadas de origen árabe, fundaron aquí una próspera ciudad en el siglo I, que debió tener más de 20.000 habitantes, aun cuando la mayoría de los edificios adyacentes terminaran desplomándose poco después. Hoy sólo habitan en Petra los dioses y los muertos.
Las primitivas tumbas, así como los templos, excavados en la roca hacia el 300 aC, eran de estilos egipcio y asirio. Posteriormente, los nabateos asimilaron las influencias griega y romana y crearon su propio estilo.



Petra está en Jordania, al este del gran valle que vincula el mar Muerto con el golfo de Akaba. Una ramificación de este valle lleva hacia las montañas de Petra, a 190 km al suroeste de Amán y 96 al nordeste de Akaba.



ña y rematado asimismo por una urna. En el largo ascenso por el *uad* al Deir hay abundantes cuevas colmadas de cruces talladas, testimonio del breve periodo cristiano de Petra, pero cuya función sigue siendo ignorada.

¿Quiénes fueron los habitantes de Petra?

Los nabateos, una tribu de pastores nómadas extraordinariamente hábiles, convirtieron Petra en el centro de su imperio hace más de dos mil años. Procedían del noroeste de Arabia y a partir del siglo V aC, durante un periodo de 600 años, extendieron sus dominios hacia el norte, hasta llegar a Damasco. Antes de la invasión de los nabateos existió un emplazamiento edomita —Edom, que significa rojo, era el nombre bíblico de esta región—, pero fueron aquéllos quienes excavaron la ciudad en la roca. Además, desarrollaron un estilo arquitectónico propio, una cerámica delicada y característica y un magnífico sistema de irrigación, fundamental para la historia y la prosperidad de la ciudad.

Estratégicamente situada en un cruce de antiguas rutas comerciales, Petra acogía a numerosos mercaderes que trasportaban mercancías del Mediterráneo, Egipto, Damasco y Arabia. Los nabateos controlaban las rutas de caravanas y se hicieron ricos y prósperos contando con Petra como base casi inexpugnable. La roca tenía una importancia vital, y por ello no resulta sorprendente que su principal dios, Dusares, estuviera simbolizado en bloques de piedra y obeliscos, que pueden encontrarse en el *siq* y en toda la ciudad, que posteriormente adquiriría la denominación de Petra, «piedra».

En los siglos inmediatamente anteriores y posteriores al nacimiento de Cristo, los nabateos vivieron el periodo de máximo esplendor, contabilizando Petra una población de unas 20.000 personas. De vez en cuando, debían defenderse de ataques de sus vecinos, en especial los romanos del norte, que ya en el 63 aC habían intentado conquistar Petra. Estos lo consiguieron definitivamente en el 106 dC, fecha en que Petra, aparentemente sin litigio, pasó a formar parte de la provincia romana de Arabia.

La dinastía nabatea se había extinguido, y la población coexistió con los romanos durante más de un siglo. Durante este tiempo, Petra siguió prosperando, y los romanos construyeron el teatro y la columnata. Cuando Petra pasó a formar parte del Imperio cristiano bizantino en el siglo IV, la Tumba de la Urna fue convertida en iglesia, y la ciudad, en sede de un obispado. Pero con el establecimiento de la era musulmana en el siglo VII, comenzó a ignorarse el destino de Petra, con la excepción de una breve estancia de los cruzados, que construyeron un sencillo castillo en lo alto de una colina al oeste de la ciudad.

El redescubrimiento de la ciudad

En 1812, un joven explorador anglosuizo que se dirigía de Damasco a El Cairo, Johann Ludwig Burckhardt, tuvo noticias de una antigua ciudad construida en una fortaleza montañosa, y se propuso encontrarla. Valiéndose de sus conocimientos del idioma árabe, se disfrazó de comerciante musulmán, bajo el nombre de Ibrahim ibn Abdallah, y explicó que había jurado a Dios sacrificar una cabra en la tumba del profeta Aarón, situada en lo alto de Gebel Haroun, una montaña que, según la leyenda, dominaba la ciudad oculta.

Esta complicada superchería era necesaria debido a la desconfianza mostrada por las tribus de beduinos hacia los extranjeros. En Elji, Burckhardt convenció a dos beduinos de que le guiaran por el *uad* Musa y el *siq* hasta el Jazna, donde, bajo sus ropas, trazó un dibujo del edificio. Tras un breve recorrido por la ciudad, sacrificó la cabra al pie del santuario de Aarón y regresó a Elji al anochecer, habiendo cumplido su propósito.

Para llegar a la ciudad de Petra es necesario recorrer el *siq*, un estrecho desfiladero que serpentea entre paredes montañosas. A la salida del pasadizo, lo primero que ve el visitante es la fachada, básicamente griega, del Jazna, una «aparición» tan incongruente en medio de las montañas del desierto que parece el decorado abandonado por un equipo cinematográfico.
Tras su descubrimiento en 1812, diversos exploradores revelaron al mundo los esplendores de Petra. En 1826, dos franceses —el conde Léon de Laborde y el ingeniero Maurice Linaut— trazaron dibujos de la ciudad, siguiendo una línea romántica pero de gran realismo.



Durante muchos siglos, Petra permaneció ignorada por los occidentales y sólo acudían a visitarla los beduinos. Pero en 1812, el joven explorador anglosuizo Johann Ludwig Burckhardt entró en la ciudad oculta y dibujó a escondidas varios bocetos de las maravillas que allí vio.



MOHENJO-DARO: LA PRIMERA CIUDAD PLANIFICADA

En los mitos y leyendas de la India hay inquietantes alusiones a una civilización olvidada que desapareció con el paso del tiempo. Según el *Rigveda* sánscrito, escrito en el segundo milenio aC, los invasores arios que ocuparon la India hacia 1500 aC habían sido enviados por el dios hindú Indra, llamado El Destructor de Fuertes porque había arrasado «noventa fuertes y cien castillos antiguos». Hasta el siglo XX se creyó que dichas fortalezas eran puramente míticas, pero la arqueología ha demostrado lo contrario.

Las excavaciones realizadas durante las décadas de 1920 y 1930 sacaron a la luz una civilización contemporánea de la egipcia y la mesopotámica. De igual forma que la mayoría de las civilizaciones antiguas, floreció en el valle de un río —el del Indo, en el moderno Pakistán— pero se extendió por una zona más amplia. Actualmente se cree que la civilización del valle del Indo constituyó el imperio preclásico más importante del mundo. Se han encontrado casi cien pueblos y ciudades en un triángulo cuyo vértice está a 800 km río arriba y cuya base se extiende 960 km a lo largo de la costa.

Los primeros planificadores urbanos del mundo

Con el nombramiento del director general de arqueología de la India en 1944, en la persona de sir Mortimer Wheeler, fueron reemprendidas las excavaciones en los grandes montículos que cubrían las dos mayores ciudades de la civilización del valle del indo: Harappā, en el norte, y Mohenjo-Dāro, «el montículo de los muertos», 560 kilómetros al suroeste de aquélla.

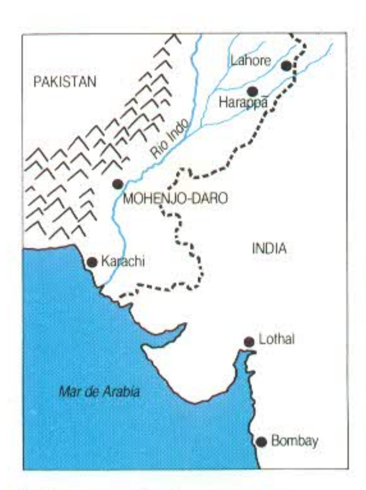
Las dos ciudades que Wheeler desenterró fueron construidas entre el 2500 y el 2100 aC, con ladrillos cocidos en horno, y debieron ser las capitales gemelas de lo que hoy llamamos el Imperio de Harappā. Asombrosamente bien organizadas y con enormes similitudes, ambas ciudades fueron en su tiempo los emplazamientos urbanos más extensos del mundo. Cada una tenía un perímetro de más de 5 km, y sólo Uruk, en Mesopotamia, podía competir con ellas.

Mohenjo-Dāro presentaba un contorno cuadrado y estaba trazada según una planta rectangular. Doce calles principales de tierra batida, de 9 a 14 m de anchura, dividían la ciudad en doce bloques. Once eran residenciales, y estaban formados por numerosas casas de ladrillo, apretadas y similares, que incluían viviendas de artesanos, tiendas y talleres. El duodécimo bloque, separado del resto de la ciudad, dominaba las viviendas urbanas; en él, un montículo artificial de forma rectangular y unos 6 m de altura, constituía la ciudadela, a cuyos principales edificios se les llama el Gran Baño, el Granero Urbano y la Sala de Reuniones. En la actualidad, la ciudadela está coronada por el imponente *stupa* de un monasterio budista del siglo II dC.

Múltiples casas se ajustan a un modelo básico y espacioso, con un patio central rodeado de varias habitaciones, y un pozo y unas escaleras que llevaban al piso superior; muy pocas tenían puertas o ventanas que dieran a las calles principales, quizá por razones de intimidad y seguridad, o simplemente para evitar el ruido y el polvo del tráfico urbano. Lo cierto es que tan sólo se podía tener acceso a las casas a través de numerosas callejuelas que conformaban una malla entre las calles principales.



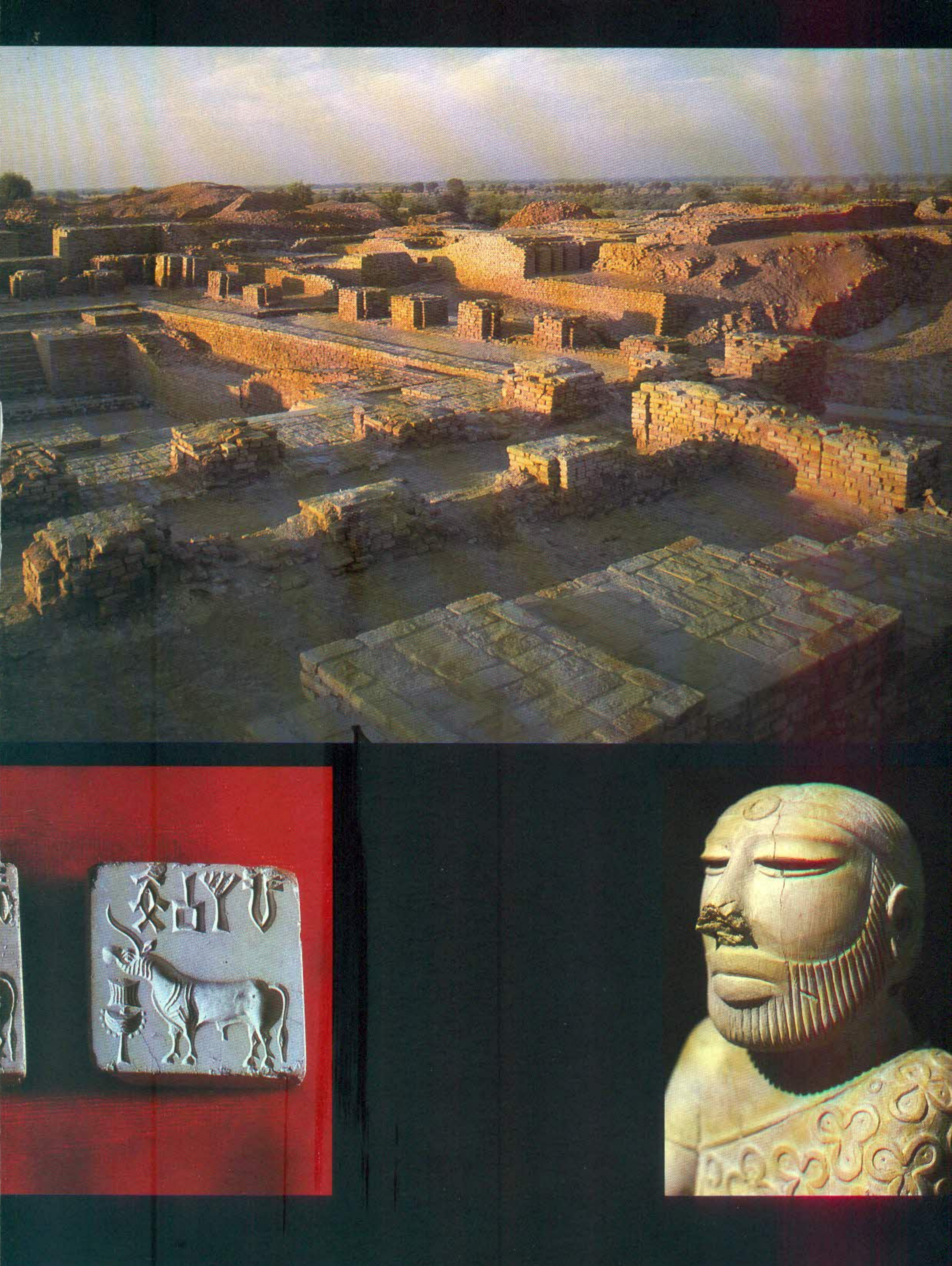
El Gran Baño es un tanque de ladrillo de 12 x 7 m de lado y 2,5 de profundidad, hundido en la plataforma de ladrillo que sostenía la ciudadela e impermeabilizado con yeso. A cada extremo tenía escaleras con peldaños de madera, y a su alrededor había vestuarios del mismo material. Algunos arqueólogos lo consideran una especie de «piscina municipal», y otros, un centro de baños rituales.



Se han encontrado numerosas poblaciones de la civilización del Indo, desde Harappā, en el norte, hasta Mohenjo-Dāro, unos 560 km al suroeste de aquélla. Había otras más al sudeste, zona donde Lothal era el principal puerto comercial.

En Mohenjo-Dāro se han encontrado numerosos sellos de piedra muy bien tallados, que demuestran el elevado nivel de su artesanía y economía. Se los empleaba en el comercio de cerámica, marfil, madera y telas de algodón con Mesopotamia y el golfo Pérsico, pasando por el emporio mercantil de Dilmun, la actual Bahrain.

Esta pequeña figura de esteatita podría constituir una importante pista en el enigma de los gobernantes de Mohenjo-Dāro. Es una de las 11 esculturas en piedra encontradas en la ciudad. Todas, menos dos, representan a hombres con el bigote afeitado y la barba recortada, el pelo alisado hacia atrás y sujeto con una cinta. Quizá los tréboles de la ropa poseyeran significado religioso. Es posible que se trate de un dios o de un rey sacerdote con atuendo ceremonial.

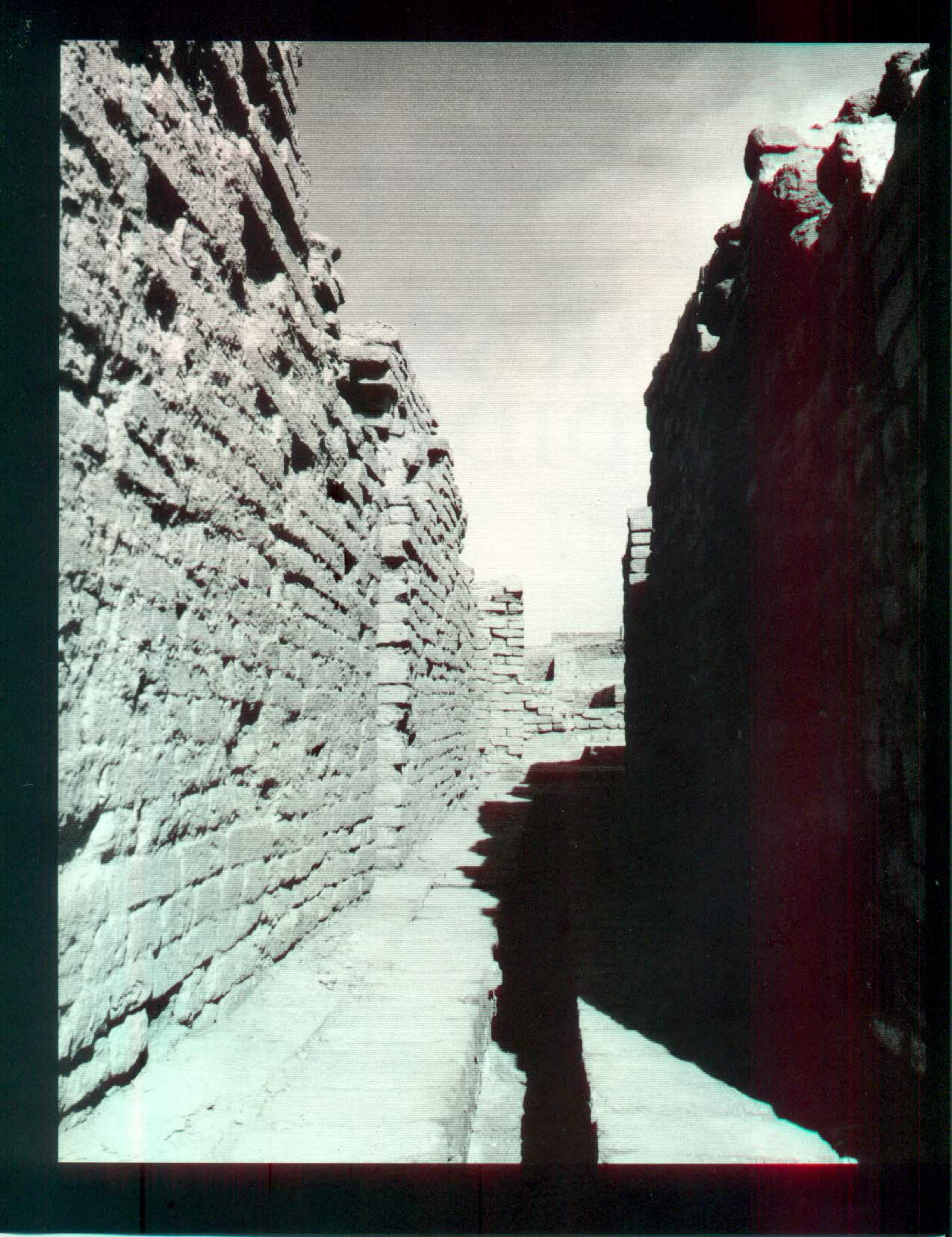


MOHENJO-DARO:
LA PRIMERA CIUDAD PLANIFICADA

¿Quién gobernaba en Mohenjo-Dāro?
Uno de los abundantes misterios sin descifrar de la civilización indostánica es el correspondiente a la ausencia de templos reconocibles como tales. Otras civilizaciones antiguas eran gobernadas por reyes sacerdotes o dioses vivientes, habitantes de lujosos templos o palacios, pero se carece de alguna noticia veraz de los gobernantes de Mohenjo-Dāro. Es factible que la religión de esta civilización del Indo fuese precursora del hinduismo, y probablemente contara con diversos dioses, entre ellos una diosa madre, representada en numerosas figurillas, y un dios tricéfalo y con cornamenta, que debió ser el precursor del dios hindú Śiva.
El Gran Baño de la ciudadela de Mohenjo-Dāro parece denotar que estos pobladores del Indo poseían una religión organizada, con una pléyade de sacerdotes ministrados. Los baños rituales continúan jugando papel importante en el hinduismo actual, y muchos arqueólogos creen que el Gran Baño era el escenario de un ceremonial colectivo de limpieza espiritual, dirigido por un conjunto de sacerdotes.
Mohenjo-Dāro es reflejo de una actitud vital disciplinada y eficiente, quizá con diferencias de clase entre pueblo llano y mercaderes detentadores de riquezas, muy semejante al sistema de castas de la India actual. Otro notorio edificio de la ciudadela es el Granero Urbano: numerosas plataformas para la molienda, almacenes para el arroz y el trigo, y un entramado de conductos subterráneos para el secado del grano componen lo que Wheeler citó como «el foco económico de la ciudad».
Las diversas huellas que indican el perfecto control de la ciudad han sido interpretadas como reveladoras de un primitivo estado totalitario. La falta de evidencias de una clase gobernante de índole mesopotámica, que actuase como mecenas, podría explicar la escasa calidad en las manifestaciones artísticas del pueblo de Harappā. Unas cuantas estatuillas, entre ellas una danzarina erotizante, algunos sellos de piedra con imágenes de animales y dioses, varias figuras de arcilla con representaciones taurinas y unas cuantas vasijas decoradas constituyen el pobre reflejo de lo que en otro tiempo fue una sociedad organizada y ciertamente opulenta. En su mayor parte, los utensilios de Mohenjo-Dāro son tan comunes y útiles como el diseño mismo de la ciudad. Quizá se encuentren respuestas a las interrogantes que plantean las ciudades del Indo cuando se haya logrado descifrar las inscripciones de los sellos de piedra, la única escritura descubierta en la zona.

El ocaso de una civilización
La llanura aluvial del valle del Indo ha sufrido inundaciones en numerosas ocasiones. Gran parte de Mohenjo-Dāro está bajo el nivel de las riadas, y muchos de sus secretos pueden estar enterrados en la arena. Hacia el 1900 aC, estas ciudades iniciaban su decadencia, quizá por las constantes inundaciones, o tal vez porque se habían agotado las reservas de madera del bosque, imprescindibles para cocer las enormes cantidades de ladrillos necesarias para la reparación y reconstrucción del entorno. La llegada de los arios al Indo debió enfrentarlos con un pueblo en plena decadencia, de raza mestiza, que malvivía en las grandes ciudades de sus antepasados. «Arrasa las fortalezas como el tiempo consume las ropas», dice de Indra el *Rigveda;* y si verdaderamente fue él quien dirigía a los invasores arios, demostró poca compasión, pues en el último nivel de ocupación de Mohenjo-Dāro se han encontrado numerosos esqueletos con marcas de cortes de espada en el cráneo. Se pasó a cuchillo a hombres, mujeres y niños, a algunos en sus casas, a otros en las calles; junto a un pozo público yacen cuatro hombres y mujeres, a modo de siniestro epitafio de los últimos descendientes de una próspera nación con muchos rasgos únicos.

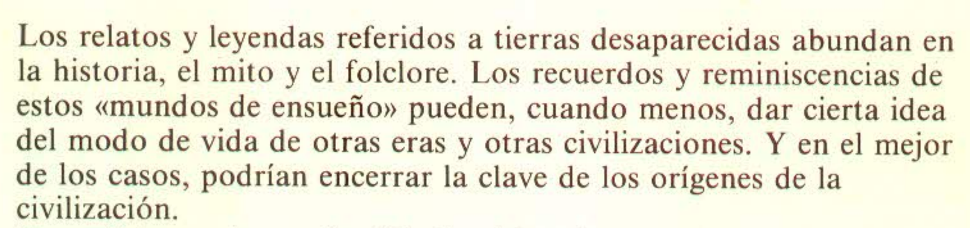
Un aspecto destacable en la planificación urbana de las ciudades del Indo era su cuidadoso sistema de desagües. Las alcantarillas, de trazado claro y mantenidas por la autoridad central, muestran orificios de registro a intervalos, para facilitar la tarea de desatascarlas. Los desagües de las casas terminaban en las alcantarillas siguiendo canales abiertos de ladrillo, y consistían en sistemas cerrados de tuberías de arcilla. Algunas casas poseían incluso retretes de estilo occidental, con asientos.



TIERRAS PERDIDAS

«Arboledas donde los árboles lloran resinas y bálsamos aromáticos,
Otros cuyos frutos de brillante cáscara dorada cuelgan afables,
La fábula de las Hespérides hecha realidad,
Solamente aquí...»

John Milton



Los relatos y leyendas referidos a tierras desaparecidas abundan en la historia, el mito y el folclore. Los recuerdos y reminiscencias de estos «mundos de ensueño» pueden, cuando menos, dar cierta idea del modo de vida de otras eras y otras civilizaciones. Y en el mejor de los casos, podrían encerrar la clave de los orígenes de la civilización.

Es posible que las profundidades del océano revelen algún día los secretos de tierras que fueron fértiles y prósperas, como Lyonesse y la Atlántida. Estas supuestas víctimas de grandes diluvios y maremotos son símbolos de la Edad de Oro, de la vida idílica y romántica, del «paraíso perdido». También utópica es la tierra de Shangri-La, la legendaria comunidad ideal, oculta en algún lugar de Asia y aislada de la corrupción del mundo moderno.

La sed de riquezas y conocimiento ha solido impulsar a numerosos buscadores de tierras perdidas. Muchos procuraron El Dorado, pero nadie lo encontró. En cambio, Lemuria es un continente cuya existencia en el pasado explicaría ciertos fenómenos evolutivos poco claros. Pero tanto si son realidad como mera fábula, estas tierras perdidas seguirán atrayendo a las futuras generaciones. Y en tanto sigan constituyendo un enigma, jamás dejará de haber aventureros en su busca.

LA ATLANTIDA: ¿UN PARAISO PERDIDO?

No hay quien no haya oído hablar de la desaparecida Atlántida, pero ¿existió en realidad? Son muchas las teorías al respecto, y se la ha procurado en numerosos sitios. Sin embargo, la búsqueda de la Atlántida jamás habría tenido inicio a no ser por el filósofo griego Platón (*c* 427-347 aC), que en dos de sus diálogos, *Timeo* y *Critias,* relata una historia que, en líneas generales, reza así:

La Atlántida era una isla muy vasta, mayor que las extensiones de Asia Menor y Libia reunidas, situada más allá de las columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar). Se continúa en un archipiélago de islas menores. Unos 9.000 años antes de Solón (*c* 640-559 aC), la Atlántida era un reino poderoso, con una civilización avanzada y una constitución política ideal, que dominaba el Mediterráneo. Pero cuando se volvió agresiva e imperialista, la ira de los dioses la sumergió en el mar.

Según Platón, la fuente original del relato es Critias, quien a los diez años se lo oyó a su abuelo (que por entonces tenía casi 90), a quien le había llegado de su padre. Y al bisabuelo de Critias se lo había contado Solón, que a su vez lo escuchó en Egipto, de labios de sacerdotes de Sais. Platón, que era filósofo y no narrador, reescribió la historia con un final moralizante y no sólo por el gusto de relatar.

Tras eliminar los añadidos de Platón —sus instituciones «atlantes», por ejemplo, casi en su totalidad se inspiran en las de los persas—, resta el núcleo de la historia: una gran isla con una avanzada civilización, que se hundió sin dejar rastro, a excepción de algunos bajíos innavegables, en algún lugar bajo las aguas del Atlántico. ¿Sucedió esto en realidad? Ningún escritor anterior a Platón menciona el hecho, ni siquiera el historiador griego Herodoto (*c* 484-420 aC), quien consultó a los sacerdotes de Sais, que a no dudarlo se lo habrían confirmado si lo hubieran considerado histórico.

El Viajero Náufrago

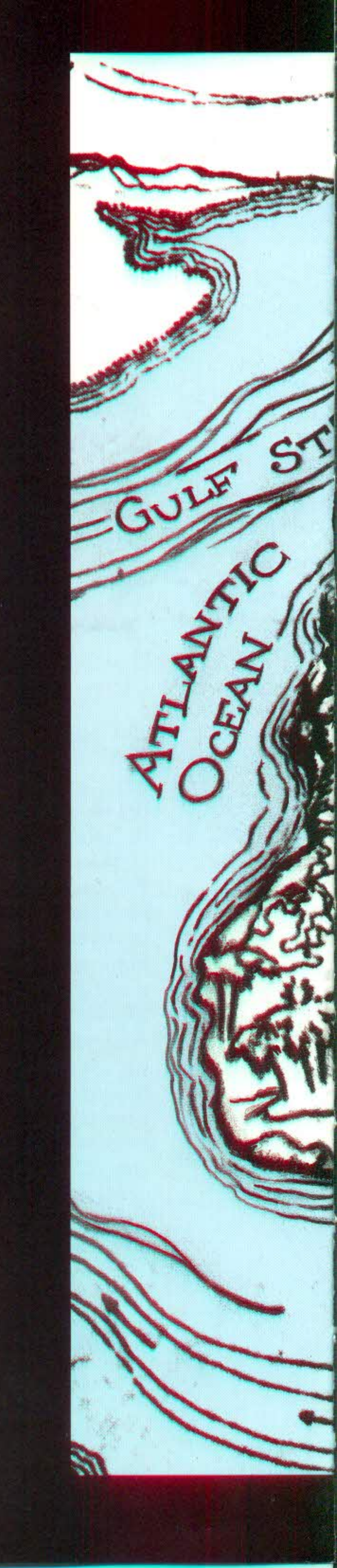
Caso de que el relato de la Atlántida no fuera verídico, tampoco se trata de una fábula; o al menos Platón no fue su autor, pues en Egipto se conocía una leyenda similar en la época del imperio medio (2000-1750 aC). En un papiro conservado actualmente en Leningrado se narra la historia del Viajero Náufrago, un egipcio que se dirigía a las minas del faraón cuando una gran ola volcó su barco y lo redujo a astillas. Todos los ocupantes se ahogaron excepto el viajero, que se aferró a un madero y se vio arrastrado a una isla desconocida. Allí vivía un dragón dorado que le llevó a su guarida sin hacerle daño, afirmándole que la isla, una tierra deseable donde abundaban las riquezas, había sido el hogar de 75 felices dragones, de los que él era el único superviviente. A los demás los había aniquilado una estrella caída del cielo mientras él estaba ausente. El dragón profetizó que pronto llegaría un barco egipcio a rescatar al viajero, pero añadió: «Nunca volverás a ver esta isla, pues será devorada por las olas.»

Por cierto, la leyenda de una isla próspera y feliz que se hundió en el mar era conocida tanto por los egipcios como por otros muchos pueblos. Aparece, por ejemplo, en el *Mahābhārata* sánscrito, y hasta quizá constituya un mito primordial

En 1912 pareció que se habían encontrado pruebas de la existencia de la Atlántida, cuando Paul Schliemann, nieto del arqueólogo que descubrió Troya, anunció que tenía en su poder objetos atlantes y presentó un mapa que coincidía con la idea que muchos se hacían de la situación y el aspecto de la Atlántida. Los óvalos concéntricos representan la ciudad principal, tal como la describió Platón. Pero las revelaciones de Schliemann, publicadas en un artículo sensacionalista en el *New York American,* resultaron ser falsas, basadas en pruebas amañadas e ideas tomadas de diversos autores.



Platón, uno de los filósofos más célebres de todos los tiempos, contribuyó a establecer las bases del pensamiento occidental y fue el primero en escribir acerca de la desaparición de la Atlántida.




REAM
GULF STREAM
BRITISH.
ISLES
ATLANTIS
NORTH EQUATORIAL CURRENT
A

compartido, por lo mismo, en muy diversas latitudes. Esto no implica que la Atlántida no haya existido; las leyendas suelen consistir en mitos, suposiciones e invenciones entretejidas sobre un núcleo de hechos reales.

Un vestigio del continente perdido

En 1967, el arqueólogo griego S. Marinatos comenzó a excavar en la pequeña isla volcánica de Santorín, en el mar Egeo. Encontró el centro de una gran ciudad, algunas de cuyas casas tenían aún dos o tres pisos, con habitaciones decoradas con frescos que representaban escenas de la vida cotidiana. Se descubrieron también restos del mobiliario, utensilios de cerámica y huesos de animales y bestias de carga, pero en absoluto restos humanos o joyas.

Los arqueólogos han establecido que Tera, antiguo nombre de Santorín, fue centro comercial de la civilización minoica; en contra de lo que en un principio se pensó, no se trataba de una colonia de Creta, que en la primera mitad del segundo milenio aC había dominado el Egeo, sino que su cultura era independiente, remontándose al 2500 aC. Gracias al comercio, Tera gozó de gran prosperidad, y los frescos son muestra de un arte considerablemente rico. El fresco de *La primavera* expresa de modo especial el espíritu de la cultura de Tera: abarca tres paredes de una pequeña habitación y representa un día de primavera, con golondrinas besándose en el aire, sobre rocas estilizadas cubiertas de lirios rojos que ondean al viento.

De pronto, la catástrofe se enseñoreó de la isla. Debieron producirse anuncios de la misma en forma de temblores de tierra, pues a lo largo de varios meses los habitantes de Tera se fueron marchando, acarreando sus posesiones más valiosas. Resulta evidente que contaban con regresar, pues dejaron *pittoi* —grandes tinajas colmadas de aceite de oliva, semillas y grano— instalados bajo los dinteles de las puertas.

Los terremotos destruyeron parte de la ciudad, y hubo luego un periodo de calma que animó al retorno de unos pocos. Lo más probable es que éstos huyeran una vez más en sus naves cuando el volcán de Tera entró en erupción.

Por último, el volcán hizo explosión, con un estallido que debió ser registrado a más de 3.000 km de distancia. Se calcula que la erupción fue cuatro veces más poderosa que la del Perbuatan, volcán de Krakatoa (entre Sumatra y Java), en 1833. El Volcán de Tera derramó suficiente ceniza como para cubrir partes de la isla con una capa de 30 m de espesor y enterrar por completo la ciudad principal. A pesar de que la erupción se produjo hacia el 1520 aC, la ceniza llega a los 4 m de altura en algunos sitios. Unos 40 años después el cono del volcán se hundió, dando paso al mar y convirtiendo la isla en el arco de media luna con que hoy se presenta. Se originaron olas gigantescas, tan violentas que se considera que fueron las que destruyeron la civilización cretense.

¿Fue éste el final de la Atlántida? Muchos lo creen así. También es posible que la civilización perdida se encontrara en la propia Creta, idea sugerida por vez primera en 1909. Los contactos de Creta con Egipto experimentaron un brusco corte en el momento del hundimiento de Tera. Quizá la tradición egipcia combinara lo sabido sobre la destrucción de Tera con la repentina desaparición de la civilización cretense, para así explicar el modo en que se había abismado esta «potencia mundial».

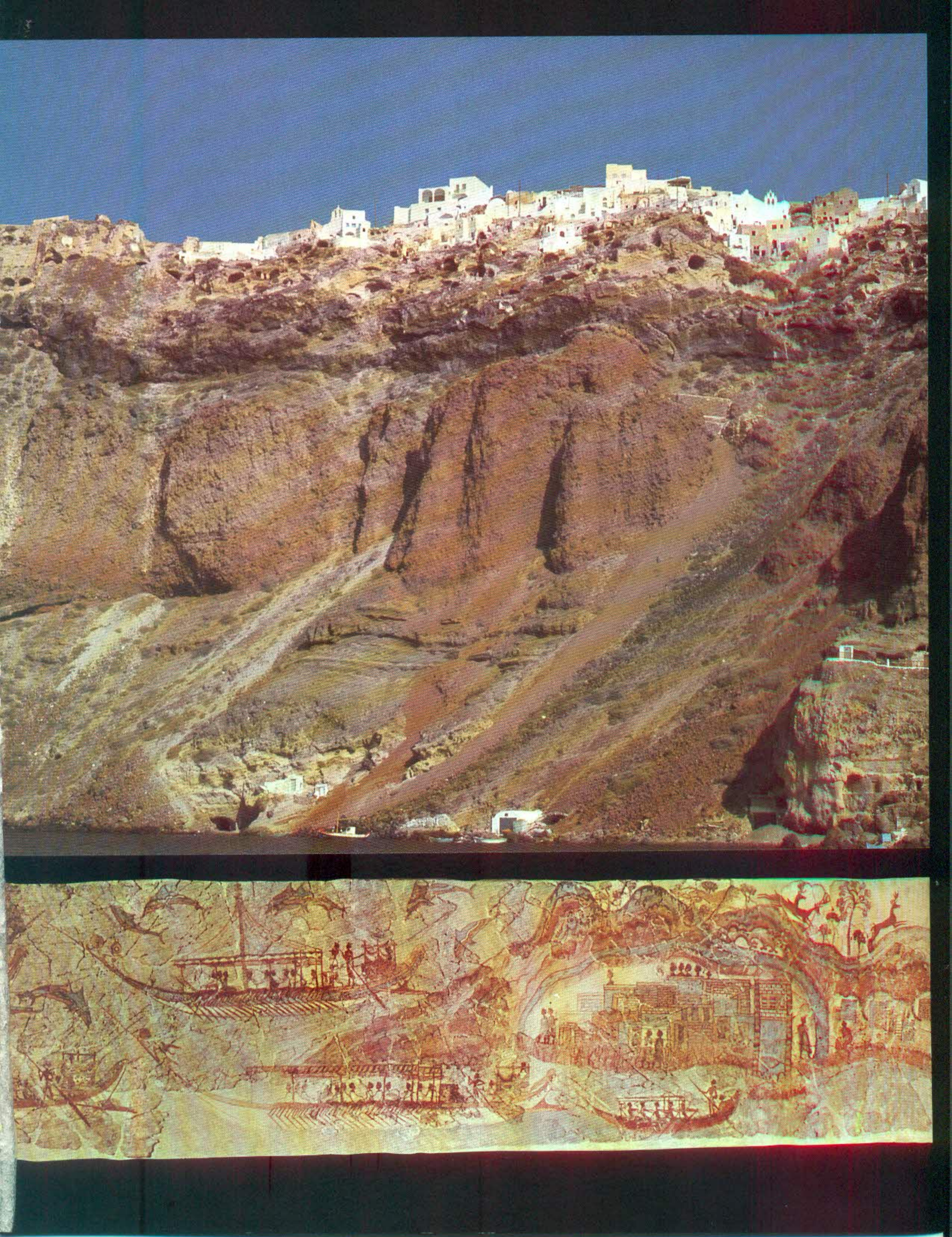
La cifra de Platón, «9.000 años antes de Solón», permitiría identificar Tera con la Atlántida si se la dividiera por diez, tal como ha propuesto el sismólogo griego A. G. Galanopoulos, ya que las erupciones de Tera se produjeron precisamente 900 años antes de Solón. Según Galanopoulos, la discrepancia pudo haber surgido cuando un escriba egipcio confundió el

Hacia el 1520 aC, una tremenda explosión volcánica destruyó la isla de Tera, en el mar Egeo. Gran parte de la misma se hundió en el mar, dejando un conjunto de pequeñas islas, entre ellas la de Santorín, así llamada en honor de su patrona, santa Irene, que aún muestra los colores del volcán: negro, rojo y blanco, o sus combinaciones. Según Platón, tales eran los colores de los edificios de la Atlántida.





Excavaciones arqueológicas iniciadas en 1967 han puesto al descubierto los restos de una ciudad de la edad del bronce en Acrotiri, al sur de Santorín. En una de las casas desenterradas se encontró una habitación con un fresco que representaba una ciudad costera, con un mar colmado de peces y delfines y una flota de elegantes naves. Si la Atlántida estuvo en Santorín, ésta bien podría ser una imagen de la tierra perdida.



símbolo de «cien» con el de «mil». Otra posible explicación es la de Marinatos, quien sugiere que los sacerdotes de Sais multiplicaron la verdadera cifra por diez para proyectar el suceso a un pasado remoto y oscuro.

Más allá de las columnas de Hércules

La localización de la Atlántida en el Atlántico, por muy atractiva que resulte debido al nombre, es de mucho más difícil justificación. Es posible que después de que los fenicios recorrieran por entero la costa de Africa (*c* el 600 aC) y se tomara conciencia colectiva de la inmensidad del Atlántico, se siguiera buscando la Atlántida más allá de las columnas de Hércules. Los escritores medievales, que conocieron la leyenda de la Atlántida por mediación de los geógrafos árabes, consideraron que se trataba de un lugar real, creencia estimulada por el difundido mito de una isla paradisíaca situada al oeste. Las islas Afortunadas, la isla de las Siete Ciudades Encantadas, la isla de San Brandán... todas figuraban en los mapas de los siglos XIV y XV y dieron origen a viajes de exploración.

Muchos mapas antiguos reflejan tanto la imaginación del cartógrafo como el auténtico conocimiento de lugares lejanos. Por ello los académicos recibieron con recelos las conclusiones del historiador estadounidense Charles Hapgood, quien, en la década de 1960, se interesó por las cartas de navegación medievales, encontrando en la Biblioteca del Congreso un mapa fechado en 1531 que mostraba la costa de la Antártida libre de hielos. Hasta donde se supiese, las exploraciones marítimas no comenzaron hasta el 2000 aC, y para ese entonces la Antártida llevaba helada 6.000 años, tal como lo demuestra la ciencia. Hapgood comparó mapas medievales y reunió datos suficientes como para sugerir que existió una gran civilización marítima miles de años anterior a la de los egipcios. Según afirma Hapgood en su *Mapas de los antiguos reyes del mar,* esta civilización quedó tan completamente destruida que no dejó la menor huella, excepción hecha de jirones de su conocimiento marinero, trasmitidos de generación en generación por medio de mapas. Aun cuando Hapgood no pretende identificar esta civilización con la Atlántida, existen similitudes entre ambas en su planteamiento.

El resurgimiento de la Atlántida

El adivino y curandero americano Edgar Cayce (1877-1945) profetizó en junio de 1940 que la Atlántida reaparecería pronto: «Poseidia será una de las primeras zonas de la Atlántida que resurgirán. Se espera que ocurra en el 68 o 69. No falta mucho.» Llegó incluso a concretar el sitio: en las Bahamas. Por una extraordinaria coincidencia, unos aviadores fotografiaron en 1968 lo que parecían ser edificios hundidos frente a la costa de Bimini del Norte, en las Bahamas. Las exploraciones submarinas han revelado la existencia de formaciones rocosas parecidas a anchas calles empedradas en el fondo del mar, y también se han mencionado murallas ciclópeas, pirámides y círculos de piedra. Hasta el momento, no existen pruebas tangibles de estas descripciones.

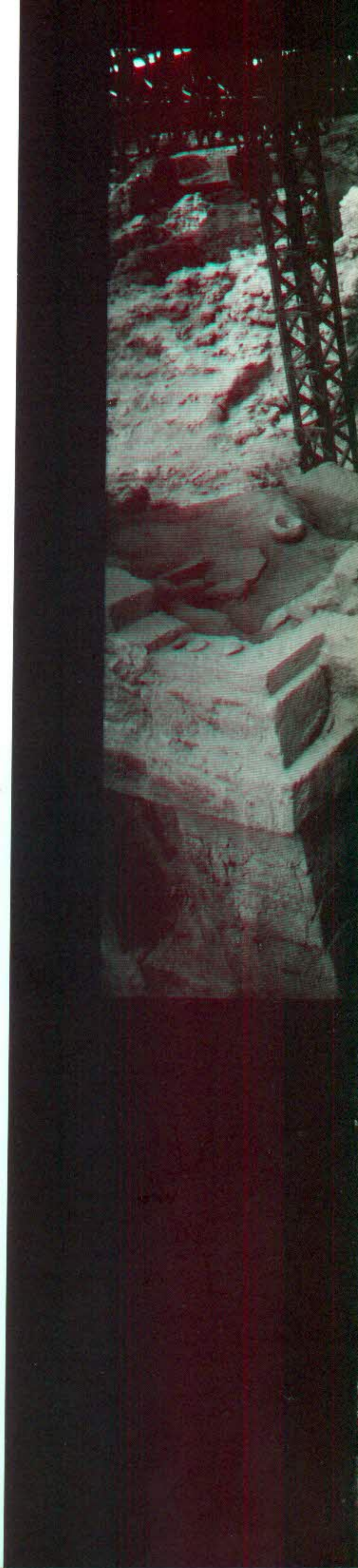
Por cierto, es ésta una zona adecuada para buscar la Atlántida. Hace mucho que se cree que el mar de los Sargazos, al otro lado de las Bahamas, era los «bajíos innavegables» que quedaron tras el hundimiento de la Atlántida de Platón. Pero durante siglos se ha hablado asimismo de «calles» y «murallas» sumergidas a lo largo de la costa atlántica europea, como supuestas pruebas de la veracidad de las leyendas acerca de «ciudades hundidas». De hecho, todo lo que se parezca a una estructura artificial acaba siendo relacionado, tarde o temprano, con la idea de una «ciudad sumergida». El tremendo impacto de la Atlántida de Platón tiene mucho que ver al respecto.

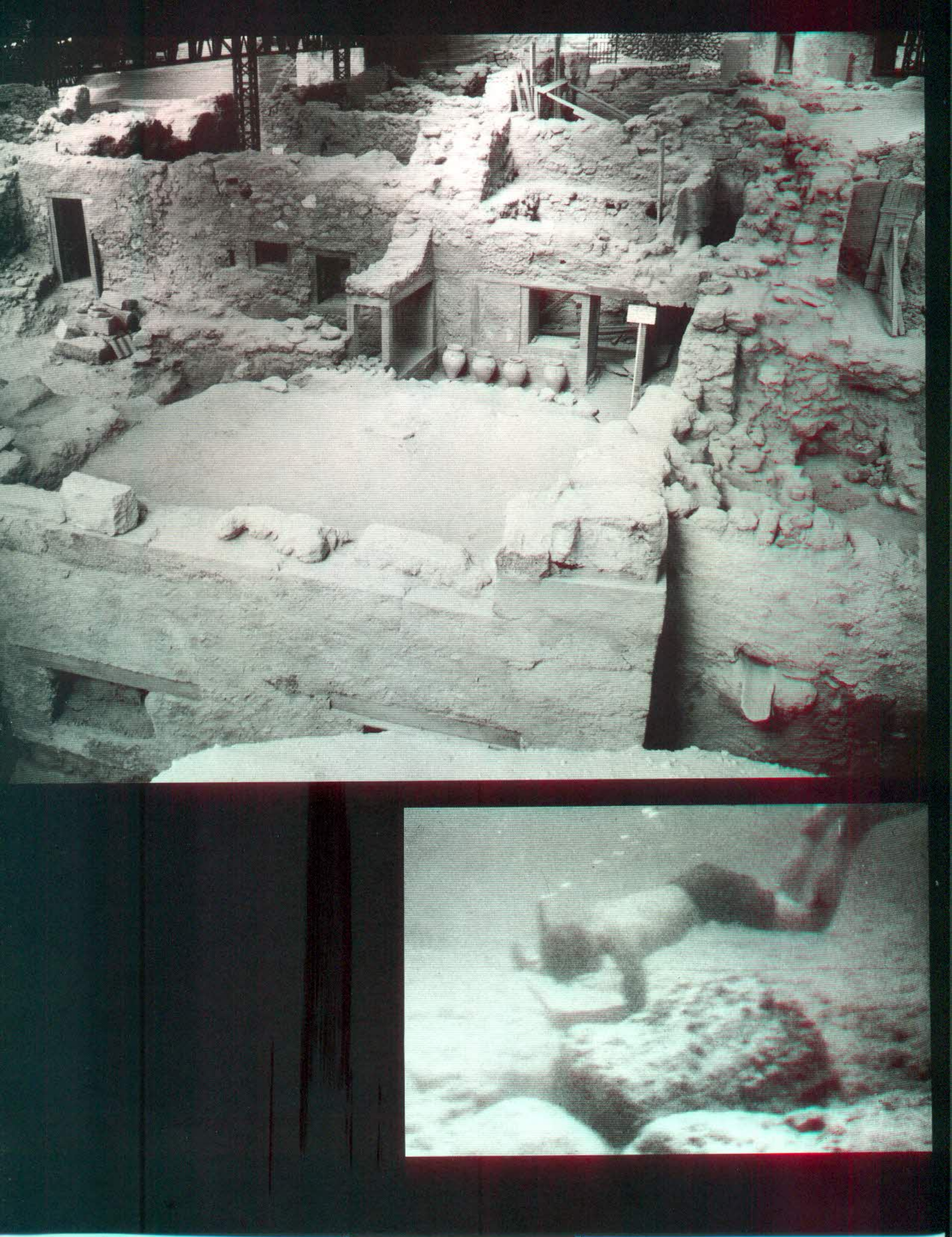
En los últimos 2.000 años, seis erupciones volcánicas han sacudido la isla de Tera. En 1866, una de ellas atrajo allí al vulcanólogo francés Ferdinand Fouqué, quien descubrió en Acrotiri una ciudad de la edad del bronce que llevaba más de 3.000 años enterrada bajo las cenizas volcánicas.



Bimini del Norte, en las islas Bahamas, no es el único lugar del Caribe donde se han registrado estructuras sumergidas. En la costa norte de Puerto Rico se encontró un tramo de escaleras de piedra, que indica que existieron allí emplazamientos humanos antes de que se fundieran los casquetes polares y subiera el nivel del mar, unos 10.000 años antes de Cristo.

El descubrimiento de grandes «murallas de piedra» bajo las aguas de Bimini pareció dar la razón a los que creían que la Atlántida estuvo en el Atlántico. Los submarinistas dieron además con una columna de mármol y un elemento que parecía un fragmento de ensambladura de piedras.





¿ENCONTRARON LA ATLANTIDA?

EL PADRE DE LA ATLANTOLOGIA
El escritor, investigador y político estadounidense Ignatius Donnelly (1831-1901) fue, con mayor propiedad que cualquier otro, quien resucitó el interés por la Atlántida. Su obra *La Atlántida: el mundo antediluviano,* publicada en 1882, se convirtió en la «biblia» de todos los que creían en el continente perdido. La tesis de Donnelly parecía explicar misterios tales como las similitudes entre las culturas precolombinas y la civilización del antiguo Egipto, la misteriosa migración de las anguilas y los orígenes del pueblo vasco. Donnelly consiguió desencadenar una controversia tan fuerte y duradera que sólo la ciencia y la tecnología modernas han podido desmentir muchas de sus afirmaciones.





LA REINA DE LOS OCULTISTAS
Helena Blavatsky (1831-1891), espiritista rusa y cofundadora de la Sociedad Teosófica, a quien muchos consideran una charlatana. Para ella y su corte de ocultistas la Atlántida y Lemuria eran hechos perfectamente establecidos. *Madame* Blavatsky sostenía que la Atlántida estuvo en el Atlántico Norte, y que sus pobladores fueron una raza muy civilizada, la cuarta «raza raíz» de la humanidad, descendientes de los lemurianos. Los seres humanos actuales seríamos la quinta «raza raíz», que pronto evolucionará, por valimiento de los estadounidenses, hasta que se origine la sexta «raza raíz». Con el tiempo, la última surgirá en América del Sur.

EL HOMBRE QUE SOÑO CON LA ATLANTIDA
El fotógrafo estadounidense Edgar Cayce (1877-1945), que se convirtió en curandero, profeta y clarividente. En sus frecuentes trances, tuvo sueños y visiones de la Atlántida y su avanzada civilización. Cayce creía que los atlantes habían dominado la energía atómica y el vuelo, pero su brillante civilización acabó siendo destruida en tres catástrofes nucleares: la primera, 50.000 años aC, y la última, 10.000 aC. Muchos atlantes que supieron advertir la catástrofe habrían huido con anterioridad a Egipto y América Central.



EL REINO PERDIDO DE LYONESSE

Quien contemple el mar desde Land's End (El Fin del Mundo), el extremo suroeste de Inglaterra, podrá ver en un día despejado las islas Scilly (o Sorlingas) y le resultará fácil imaginar que en el espacio intermedio hubo en otro tiempo un próspero país. Este era, según palabras del poeta inglés Alfred lord Tennyson, «la tierra perdida de Lyonesse, donde ahora, a excepción de las islas Scilly, no hay más que el mar bravío». Pero ¿existió Lyonesse fuera de los sueños románticos de los poetas?

La tradición del gran diluvio se hace presente en muchos pueblos y en distintas partes del mundo: en Asia, Australia, las islas del Pacífico y América. La leyenda más conocida en Occidente en relación con el mismo es la del arca de Noé, narrada en el libro del Génesis y que deriva de la tradición mesopotámica. Curiosamente, en Africa no existen referencias al diluvio universal; y los folcloristas creen que tampoco las hubo en Europa occidental hasta que el mito mesopotámico llegó bajo las formas de la leyenda griega de Deucalión y Pirra y de la narración bíblica de Noé.

Sin embargo, pudo existir en Europa una leyenda acerca de una inundación más localizada, no debida a la lluvia, sino a la invasión del mar, posiblemente como consecuencia de un hundimiento de la tierra; una leyenda acerca de una «tierra perdida», como la de la Atlántida. Existen diversos relatos sobre el tema, medievales y de tiempos posteriores, sobre todo en las zonas costeras de Bretaña y el sur de Inglaterra. La más célebre de estas «tierras perdidas» es, sin duda, Lyonesse, por formar parte de la leyenda del rey Arturo.

Cómo se perdió Lyonesse

La mención escrita más antigua acerca de una tierra desaparecida frente a las costas de Cornualles se encuentra en el *Itinerario* de William de Worcester (siglo XV), donde se habla de «bosques, campos y 140 iglesias parroquiales, todo sumergido en la actualidad, entre el monte y las islas Scilly». Pero no se nombra la tierra sumergida.

Quizá sea Richard Carew, historiador de Cornualles, el primero en identificar esta tierra desaparecida con la Lyonesse de la leyenda artúrica. Su comentario apareció en *Britannia*, de William Camden, y posteriormente en su propia obra *Estudio de Cornualles* (1602). Afirma: «Y el mar invasor arrasó toda la tierra de Lioness, junto con otras varias zonas de no poca extensión; y de la existencia de la tal Lioness existen aún estas pruebas. El espacio entre Land's End y las islas Scilly, de unas 30 millas, aún conserva ese nombre en el idioma de Cornualles —*Lethosow*— y su profundidad es en todos sus puntos de 40 a 60 brazas, algo nada habitual en los auténticos dominios del mar.»

Por otra parte, a mitad de camino entre el cabo Land's End y las islas Scilly hay un grupo de rocas llamadas las Siete Piedras, que delimitan una zona conocida como Tregva («vivienda») en la lengua de Cornualles, y de donde los pescadores aseguran haber extraído fragmentos de puertas y ventanas. En tiempos de Carew se contaba que cuando el mar cubrió *Lethosow*, un hombre llamado Trevilian consiguió escapar al galope

Los relatos de tierras desaparecidas abundan en la tradición de las costas de Inglaterra y Francia. Se decía que Lyonesse, la más famosa de ellas, vinculaba El Fin del Mundo (Land's End) y el monte St. Michael, en Cornualles, con las islas Scilly o Sorlingas. En la bahía de Douarnenez, Bretaña, se afirma que está hundida la ciudad de Ker-Is, que debió mantener alguna relación con el monte St. Michel.
Las leyendas hablan también de un distrito llamado Bottom Cantred, al oeste de Gales, donde debió haber habido 16 grandes ciudades en una zona que se extendía desde la isla de Bardsey hasta la desembocadura del río Teifi. Bottom Cantred estaba defendido por grandes diques que, según se cree, aún se pueden ver bajo las aguas de la bahía de Cardigan.

El rey Arturo y sus caballeros *(recuadro)* meditan frente al Santo Graal, instalado en el centro de la Tabla Redonda. La escena, tomada de un manuscrito francés del siglo XIV, *Le Roman de Lancelot du Lac*, muestra a la famosa hermandad de Camelot en su época culminante.


Isla de Bardsey
Bahía de Cardigan
GALES
Bottom Cantred
R. Teifi
Canal de Bristol
INGLATERRA
Canal de la Mancha
Land's End
LYONESSE
Islas Scilly (Sorlingas)
Monte St. Michael
Islas del Canal
Monte St. Michel
BRETAÑA
FRANCIA
Bahía de Douarnenez

de un caballo blanco delante de las olas. Tal es el escudo de armas de la familia Trevelyan: un caballo saliendo del mar.
En la leyenda de Arturo, Lyonesse es la tierra natal del héroe Tristán, sobrino del rey Mark y amante de la esposa de éste, Isolda. Dado que Mark era rey de Cornualles, Carew (o algún otro autor) supuso que la «tierra perdida» de Cornualles y Lyonesse eran lo mismo. Pero los medievalistas consideran que hay aquí un error, y que «Lyonesse» es corrupción de una denominación anterior que recibía el país de Tristán: *Loenois,* la actual Lothian, en Escocia. Esto concuerda con el hecho de que Tristán fuera el nombre de un príncipe picto del siglo VIII.
En cuanto se identificó la tierra perdida de Cornualles con Lyonesse, ésta quedó cubierta por el resplandor de la leyenda arturiana, buscándose entonces mayores vinculaciones. Alfred lord Tennyson situó allí Camelot, sede de la corte de Arturo, y los místicos comenzaron a esperar que Lyonesse volviera a surgir de las aguas o se les apareciera en sus visiones.

La verdad oculta en la leyenda

Al igual que la Atlántida, Lyonesse se ha convertido en un poderoso símbolo, que expresa el dolor por una Edad de Oro desaparecida y por el pasado de Cornualles, más glorioso que su presente. Pero ¿existe alguna evidencia en apoyo de la tradición? El historiador de Cornualles William Borlase señaló en 1753 la existencia de hileras de piedras en las aguas de Samson Flats, en las islas Scilly, que parecían tapias sumergidas, de construcción humana. En los años 20 se sugirió que eran antiguas particiones de campos, construidas en la edad del bronce. Sin embargo, los oceanógrafos aseguran que para sumergir aquellos campos de cultivo habría sido necesario un ascenso del nivel del mar de más de 3,7 m en los últimos 3.000 años, y este dato no coincide con cuanto se sabe de las variaciones en dicho nivel en las costas británicas.
Más plausible parece la teoría según la cual las «tapias» eran meras trampas de peces, que solían quedar cubiertas por la marea alta. No es éste el único indicio de que las islas Scilly han perdido terreno frente al mar. En la zona de marea de las islas Saint Martin, Little Arthur y Tean hay círculos de cabañas y tumbas de piedra parcialmente sumergidos, que se cree quedaron cubiertos por el mar en tiempos de los romanos. Y lo cierto es que los escritores clásicos hablan de las Scilly como de una sola isla, hasta el siglo IV dC.

La conexión celta

La historia de Lyonesse/Lethosow cuenta con un hecho equivalente en Bretaña, donde la gran ciudad de Ker-Is yace sumergida en la bahía de Douarnenez. Sólo el rey Gradlon escapó de la catástrofe, galopando como Trevilian en un caballo blanco para huir de la inundación. En ambos relatos aparecen héroes del siglo VI, y ambos pertenecen al mundo celta. Aun cuando no existen evidencias de una gran inundación producida en la zona celta hacia aquella época, pudo muy bien tratarse de un desastre local, provocado por fuertes mareas.
Es posible que cuando los monjes de la abadía del monte St. Michel de Bretaña fundaron el recinto gemelo en el monte St. Michael de Cornualles, llevaran consigo la historia de la inundación. Sea cual fuere el origen del relato, no resulta difícil creer que hubo una inundación, que, al igual que ocurre con todas las catástrofes, se ve aumentada cada vez que se debe volver a relatarla: una aldea destruida se convierte en una ciudad, y la ciudad acaba por trasformarse en todo un reino. Ya olvidado el lugar exacto del acontecimiento, se sitúa la historia allí donde haya «pruebas» de la misma; en este caso, «edificaciones» sumergidas. Y, desde luego, todo sucedió en «tiempos históricos».

Este conjunto de islas, situadas 32 km al suroeste de Land's End, puede ser todo lo que queda del reino sumergido de Lyonesse. Son las islas Scilly, en cuyas playas, cubiertas por la marea, hay curiosas ruinas de una época olvidada.

La Vetusta Roca del Bosque se llamaba en Cornualles a la colina cónica de la isla del monte St. Michael. Al monte lo rodean los restos fosilizados de un bosque que aún es visible cuando baja la marea.

Las olas del Atlántico se estrellan contra las rocas de Land's End (El Fin del Mundo), donde, según se cree, Lyonesse se unía a Inglaterra. Si se acepta la tradición, al contemplar desde lo alto de los acantilados en dirección a las islas Scilly, es posible apreciar los restos de la más famosa de las tierras perdidas de Gran Bretaña.



LEMURIA: EL CONTINENTE EVASIVO

Un periodista que viajaba hacia Portland, Oregón, vio unas curiosas luces rojas y verdes en el monte Shasta, de California; le dijeron que éstas eran «lemurianos celebrando ceremonias». Así escribía Edward Lanser en un artículo publicado en *Los Angeles Times Star* del 22 de mayo de 1932. Con la esperanza de obtener un nuevo reportaje, Lanser se desplazó al monte Shasta, y en el poblado de Weed encontró a otras personas que también habían reparado en las luces. Además, oyó comentarios sobre una «aldea mística» en las laderas del monte, de donde nadie que se hubiese atrevido a acercarse había regresado. Un «eminente científico», el profesor Edgar Lucin Larkın, había observado asimismo la aldea con ayuda de un potente telescopio.

Los lemurianos eran «hombres altos, de aspecto noble y pies desnudos, con el pelo cortado al rape y vestidos con inmaculadas túnicas blancas». Los ceremoniales con luces se celebraban en recuerdo de su perdida tierra natal, Lemuria. Llevaban varios miles de años viviendo en América del Norte y habían pasado inadvertidos gracias al «poder secreto de los maestros tibetanos», que les permitía confundirse con el entorno y desaparecer de la vista a voluntad. Su aldea estaba defendida contra los intrusos por una barrera invisible.

Los investigadores posteriores no encontraron siquiera rastro de lemurianos en el monte Shasta; y Larkin era en realidad un ocultista que dirigía el observatorio del monte Lowe como atracción turística. Había fallecido en 1924 y no podía desmentir las afirmaciones de Lanser. Resulta indudable que la comunidad de Lanser se había inspirado en *Habitantes de dos planetas,* una novela ocultista publicada en 1894 por «Phylos el Tibetano», alias de Frederick Spencer Oliver. En esta obra, el monte Shasta sirve de retiro a una comunidad de sabios, fundada para preservar la sabiduría antigua.

Los orígenes de Lemuria

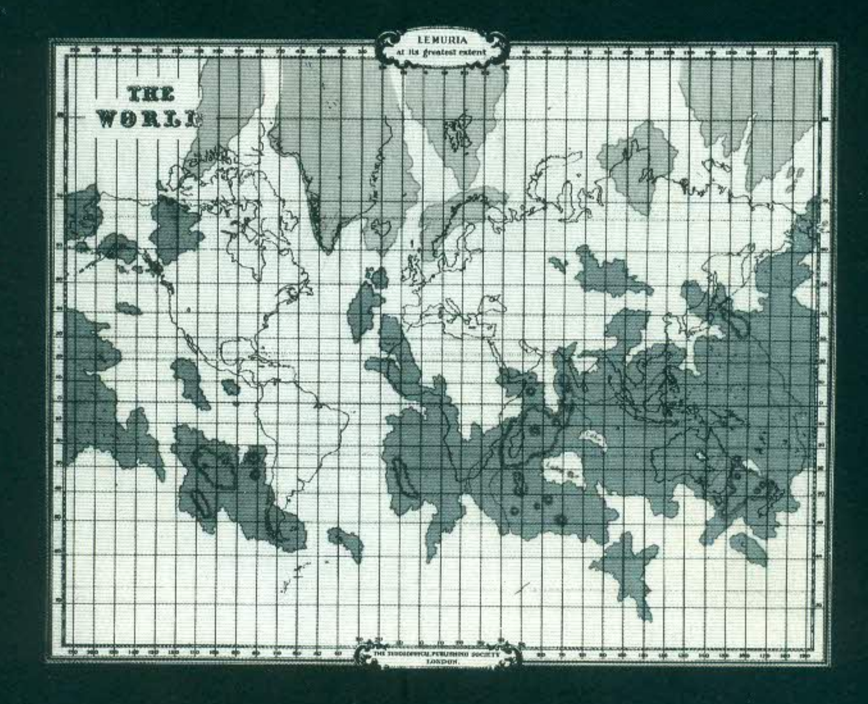
La publicación en 1859 de *El origen de las especies,* del naturalista Charles Darwin, había puesto a los científicos en un aprieto. Si las especies similares habían evolucionado a partir de un antepasado común, ¿cómo podían explicarse criaturas como el lémur, que vive principalmente en la isla de Madagascar —más unos pocos ejemplares en la zona vecina de Africa—, pero que también se encuentra en la India y el archipiélago malayo, y en ningún otro lugar? Otras especies de la flora y la fauna planteaban el mismo interrogante: ¿cómo pudieron cruzar el océano Indico?

La respuesta obvia remitía a un puente de tierra. Los geólogos se sumaron al debate señalando la similitud entre ciertas rocas y fósiles de la India central y del sur de Africa... y así nació un nuevo continente, que habría vinculado Africa con la India y donde habría comenzado la evolución del lémur. El zoólogo inglés Philip Sclater propuso un nombre para este hipotético continente: Lemuria.

La teoría evolutiva de Darwin implicaba que la especie humana descendía de algún simio, pero no se habían encontrado fósiles que así lo demostraran. El naturalista alemán Ernst Haeckel recurrió a Lemuria como posible cuna de la humanidad:

Inspirado por visiones psíquicas, un documento mal conservado y un modelo roto de terracota, el ocultista inglés William Scott-Elliott dibujó un mapa de Lemuria en su periodo de mayor extensión. A su entender, el desaparecido continente debía tener esta forma hace entre 280 y 180 millones de años.

Las catástrofes naturales comenzaron a fragmentar las tierras de Lemuria entre 136 y 60 millones de años atrás, según el segundo mapa dibujado por Scott-Elliott. Pero el hundimiento definitivo del continente no se produjo hasta mucho después, en un periodo que el ocultista se mostró reacio a concretar.



LEMURIA
at a later period

THE
WORLD

Lake

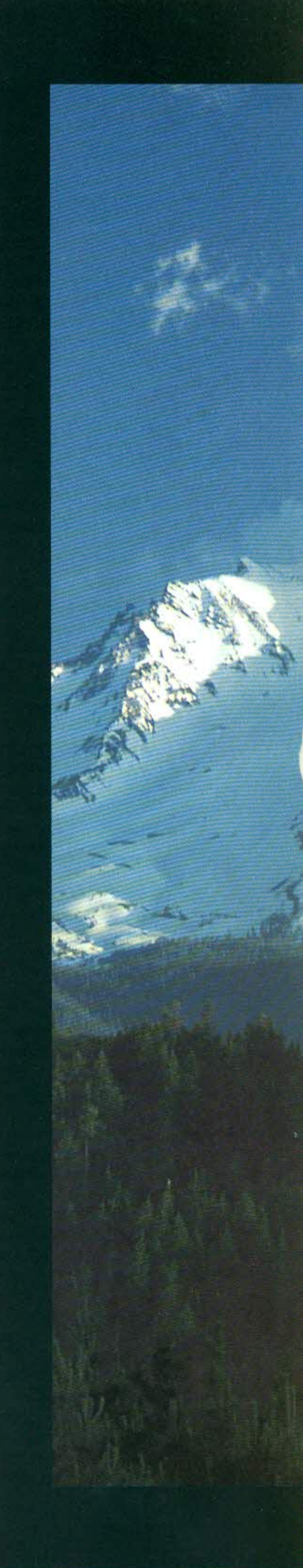
Lake

Lake

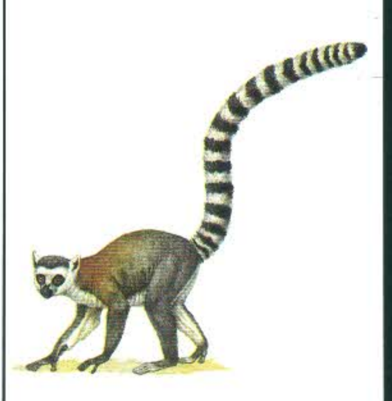
THE THEOSOPHICAL PUBLISHING SOCIETY
LONDON.

los fósiles exigidos por la demostración se habrían hundido en el mar con la totalidad del continente.
En la actualidad, los científicos no tienen necesidad de Lemuria porque han surgido otras teorías, como la de la deriva continental, para explicar la distribución de los lémures y la coincidencia de estratos geológicos entre Africa y la India. E incluso, si Lemuria hubiera existido, habría quedado sumergida millones de años antes de que evolucionaran los primitivos homínidos. No obstante, la idea de un continente perdido que fuera cuna de la humanidad resultó irresistible para muchos ocultistas.

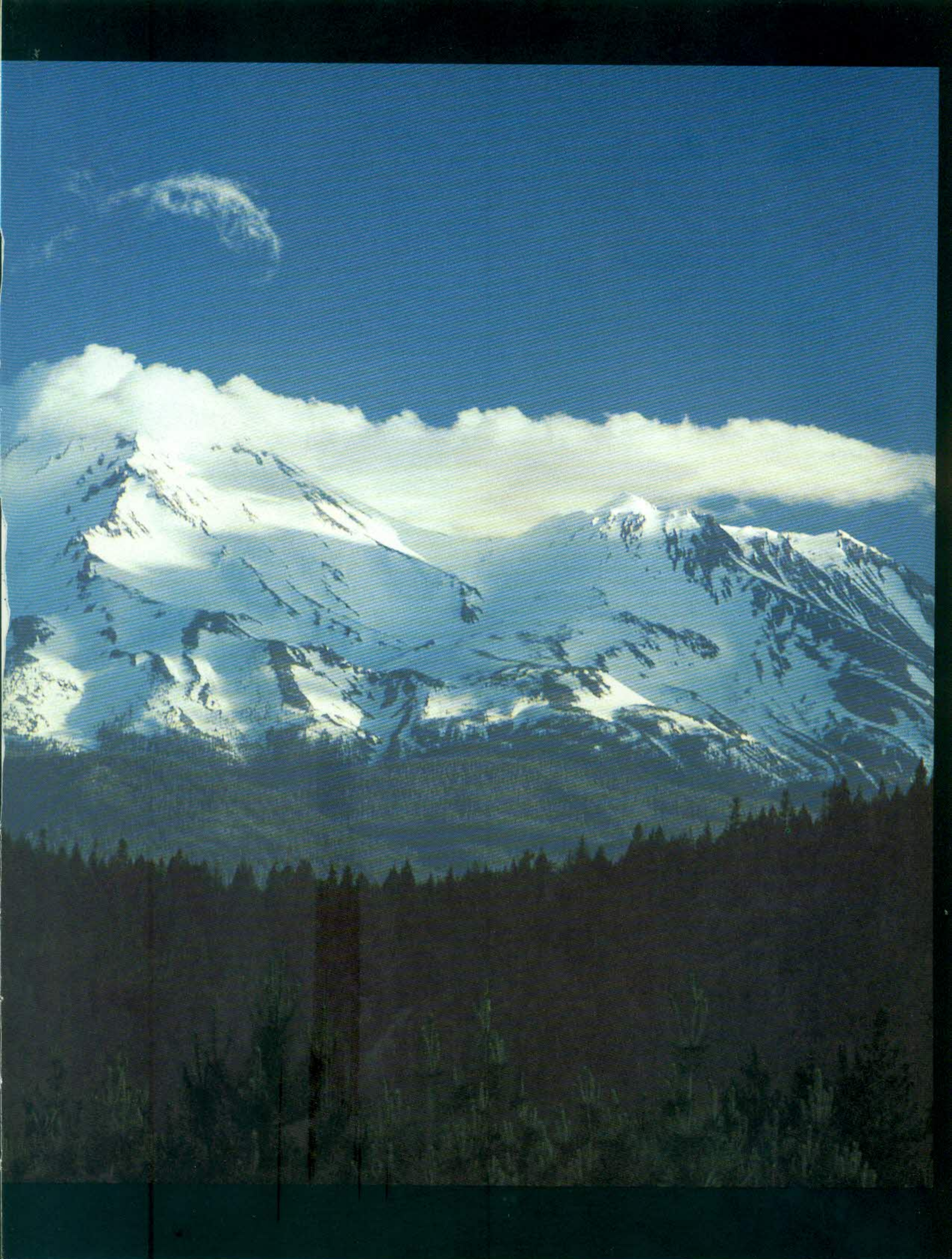
¿Qué era Lemuria para los ocultistas?
A *madame* Blavatsky (1831-1891), fundadora de la teosofía, hay quienes la consideran una gran mística, y otros, una extravagante charlatana. Pero nadie pone en duda su gran poder de imaginación. En su vertiginosa carrera, de caballista en un circo a médium espiritista, adquirió un conocimiento rudimentario de la magia occidental y la filosofía oriental; y recogió, además, la teoría de Lemuria.
La Blavatsky aseguraba haber recorrido el mundo en busca de la sabiduría oculta, que encontró finalmente en el Tibet en poder de *mahatmas*, que, según ella, dominaban el mundo por medio del envío de corrientes de fuerza oculta. Los numerosos volúmenes complicados y, para algunos, confusos, de su magna obra *La doctrina secreta* pretendían basarse en *El libro de Dzyan,* un antiguo texto atlante que los *mahatmas* le habían enseñado durante un trance.
La doctrina secreta explicaba la evolución de la humanidad a través de siete razas raíces, la tercera de las cuales fue la de los lemurianos, que vivieron en un continente que ocupaba la mayor parte del hemisferio sur. Eran criaturas gigantes y simiescas; algunos tenían cuatro brazos, y otros, un tercer ojo en la nuca. Carecían de lenguaje pero eran telépatas. Con el tiempo, Lemuria se hundió, sucediéndole la Atlántida y luego el mundo que hoy conocemos. Según los ocultistas, aún sobreviven algunos descendientes de los lemurianos: los hotentotes, los papúas y los aborígenes australianos.
Tras la muerte de la Blavatsky, otros teósofos elaboraron un panorama más detallado. En su *Historia de la Atlántida y la perdida Lemuria,* William Scott-Elliott afirma que los lemurianos medían casi 4,5 m y tenían la piel castaña, el rostro plano, escasa frente y mandíbulas prognatas; sus ojos estaban tan separados entre sí que también podían ver de lado, como las aves, y no sólo de frente; y lo más curioso de todo: los talones les sobresalían a tal punto que podían desplazarse hacia atrás con tanta eficacia como hacia adelante.
En un principio, los lemurianos eran hermafroditas que ponían huevos, pero con el tiempo comenzaron a reproducirse al modo de los humanos. Cuando se cruzaron con animales y engendraron monos, los seres sobrenaturales que les prestaban ayuda en su evolución se negaron a ello. Tales seres se vieron sustituidos por los «señores de la Llama», procedentes de Venus, que facilitaron a los lemurianos la adquisición de la inmortalidad y la reencarnación. Pero precisamente entonces, Lemuria se hundió en el océano.
No es de extrañar que estas extravagantes ideas fueran incorporadas a las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. En tanto, otros ocultistas trasladaban ya Lemuria al océano Pacífico, donde contribuyó a la teoría del continente perdido de Mu, propuesta por el estadounidense James Churchward para encontrar explicación a la erección de las estatuas de la isla de Pascua y a la de la ciudad en ruinas de Nan Matol, en las islas Carolinas. Pero éstos son lugares remotos, y el monte Shasta sigue siendo el punto clave de los buscadores de Lemuria.



El periodista Edward Lanser publicó en 1932 la sensacional noticia de que el monte Shasta, de California, albergaba una colonia de lemurianos. Un supuesto «eminente profesor» había observado con un telescopio la montaña cubierta de nieve, de 4.317 m de altura, descubriendo un espléndido templo de ónix y mármol, no muy diferente de los mayas de Yucatán, México. Se llegó a afirmar que los lemurianos acudían al poblado de Weed a efectuar sus compras, y que pagaban con grandes pepitas de oro extraídas de minas de la montaña.

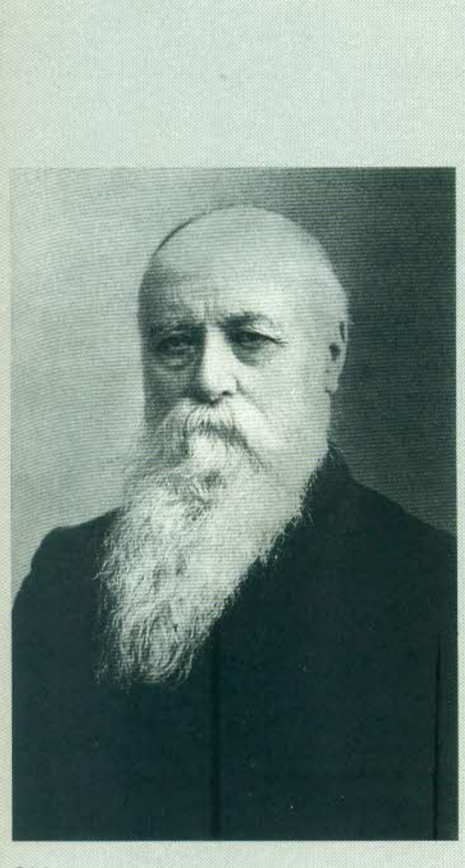


El lémur de cola anillada es el miembro más conocido de la familia de los lemúridos, cuya distribución generó tantos problemas entre los científicos del siglo XIX. Los lémures, emparentados con los humanos y con los monos, viven principalmente en Madagascar, pero también se los puede hallar en el continente africano, la India y el archipiélago malayo.

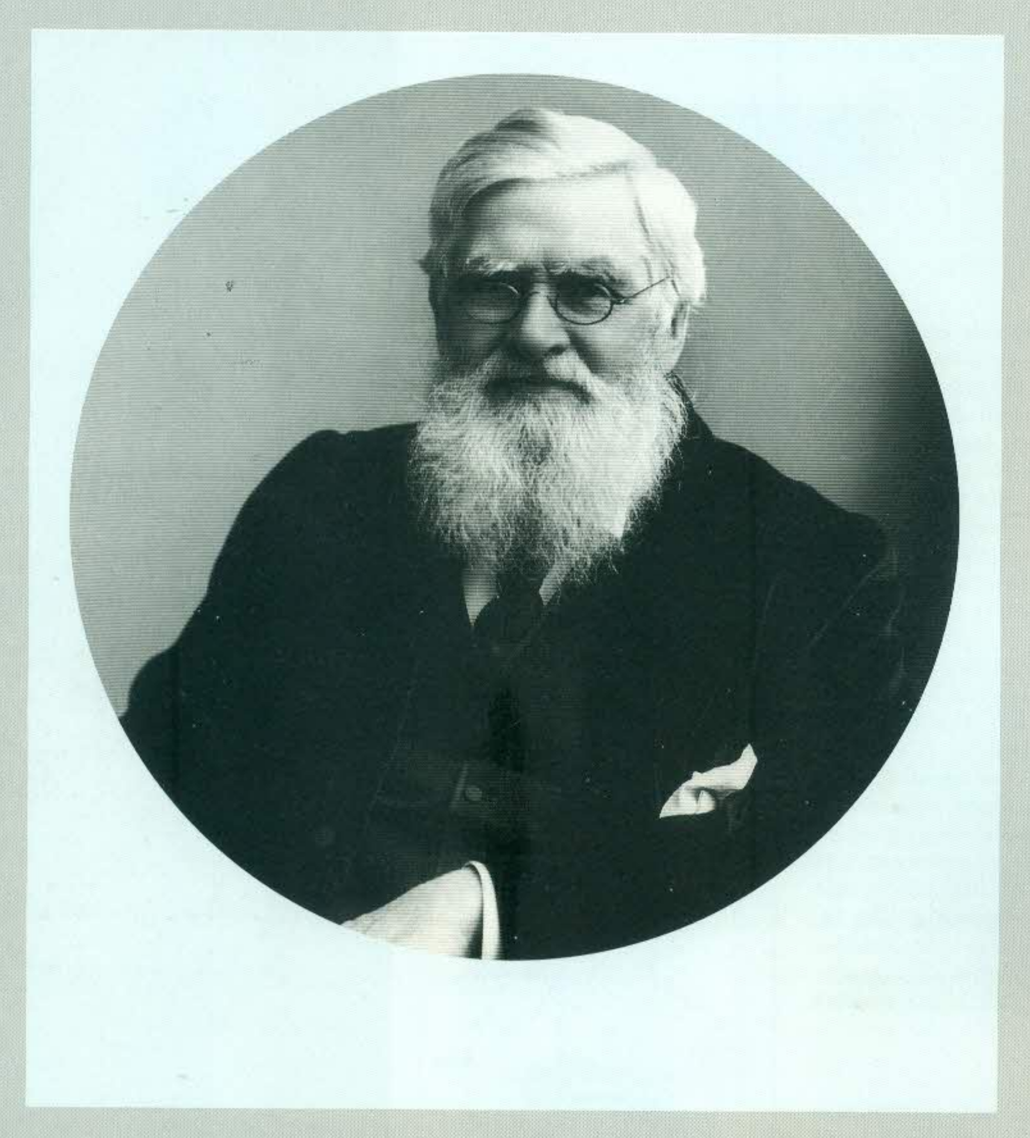


ABOGADOS DE LA PERDIDA LEMURIA

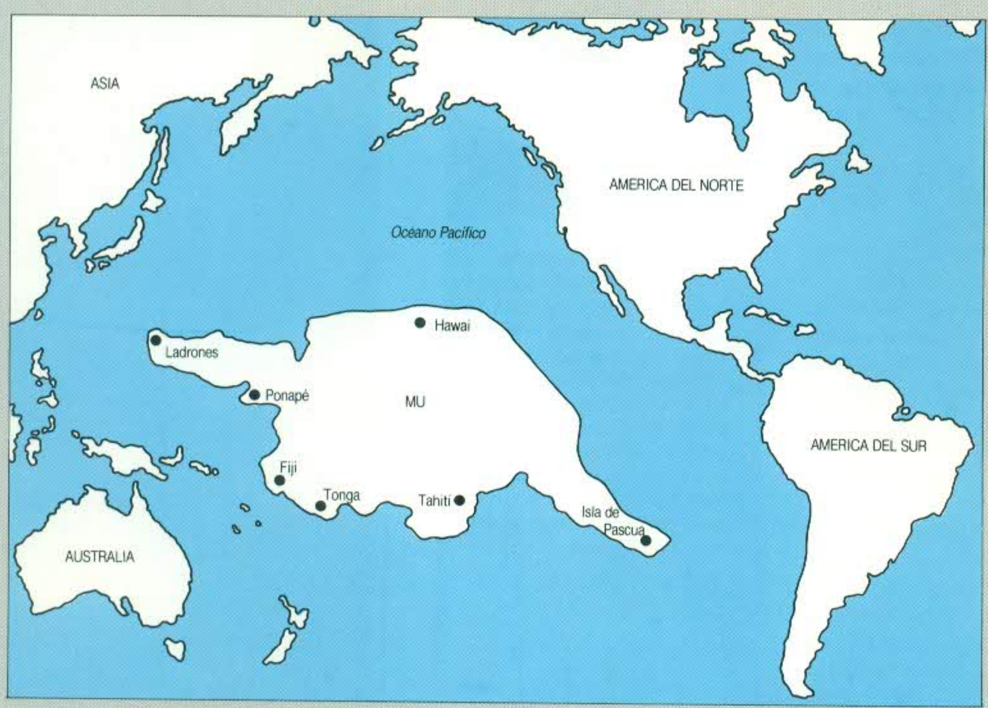
EN BUSCA DE LOS ORIGENES DE LA HUMANIDAD
El naturalista alemán Ernst Haeckel (1834-1919) fue un acérrimo defensor del continente perdido de Lemuria. Ferviente seguidor de las teorías de Darwin acerca de la evolución y la selección natural, Haeckel creía que un continente situado entre Madagascar y Malaysia podría explicar la distribución de los lémures y otras especies. Pero, además, sugirió que Lemuria pudo haber sido el lugar de origen de la especie humana. En la década de los 70 del siglo XIX escribió que «existen numerosas circunstancias (en especial, datos cronológicos) que parecen indicar que el primer hogar del hombre fue un continente actualmente hundido bajo las aguas del océano Indico».



EL CONTINENTE PERDIDO DE MU
El médico francés Augustus Le Plongeon (1826-1908) fue el primero que excavó las ruinas mayas de Yucatán. Tradujo uno de los pocos libros que se han conservado de los mayas, el *Códice Troana* y creyó descubrir en él la historia del continente de Mu, que estuvo situado en el océano Pacífico y fue destruido por un terremoto. Le Plongeon aseguraba tener pruebas de que los muvianos fueron los antepasados de los mayas y de los egipcios.



EL EMINENTE EVOLUCIONISTA
Charles Darwin no fue el único naturalista británico en elaborar una teoría de la evolución a mediados del siglo XIX. Alfred Russel Wallace (1823-1913) llegó de forma independiente a conclusiones semejantes acerca de la selección natural, y fue el creador de la expresión «supervivencia del mejor adaptado». Wallace apoyó la teoría de Lemuria propuesta por Haeckel, sosteniendo que Lemuria «representa probablemente una región zoológica primaria en alguna época geológica pasada... Si damos por supuesto que ocupaba toda la zona que ahora habitan los animales lemúridos, debió extenderse desde Africa occidental hasta Birmania, el sur de China y las Célebes, y ésta era probablemente la extensión que ocupaba».



COMO INSCRIBIR MU EN EL MAPA
En las décadas de 1920 y 1930, el angloestadounidense James Churchward escribió una serie de libros en torno a la historia del continente perdido de Mu. Su mapa presenta a Mu ocupando gran parte de Polinesia, incluyendo Hawai y la isla de Pascua. Churchward opinaba que Mu había desparecido bajo las olas hace unos 13.000 años, dejando como único vestigio las miríadas de islas de Polinesia.

SHANGRI-LA: LA UTOPIA SECRETA

«Para Conway, que lo vio primero, debió suponer una visión... Y, en verdad, se trataba de un espectáculo extraño y casi increíble. Un conjunto de vistosos pabellones colgados de la pared de la montaña, con... la fortuita delicadeza de pétalos de flores enredados en un peñasco. Era algo soberbio y exquisito. Una austera emoción hacía pasar la vista de los tejados de color azul lechoso al bastión de roca gris situado por encima... Más allá, en una nebulosa pirámide, se elevaban las laderas nevadas del Karakal. A Conway le pareció el paisaje montañoso más aterrador del mundo....» Tal fue la primera visión que tuvo Conway de Shangri-La, la lamasería oculta del Tibet, tal como se describe en la novela de aventuras románticas de James Hilton *Horizontes perdidos.* Pegados a las laderas del Karakal, «la montaña más hermosa de la Tierra», en algún lugar «mucho más allá del ramal occidental de los Himalayas», la lamasería y la población laica del fértil valle que se extiende debajo forman una comunidad paradisíaca. Los habitantes viven en paz y armonía, gobernados por el principio de la moderación. Según explica un futuro lama, «gobernamos con un rigor moderado y a cambio nos damos por satisfechos con una obediencia moderada». Más adelante, el gran lama explica más a fondo el funcionamiento de su benévola autocracia: «No tenemos reglas rígidas o inexorables. Hacemos lo que consideramos adecuado, guiados un poco por el ejemplo del pasado, pero mucho más por nuestra sabiduría presente y por nuestra previsión del futuro.»

Indicios de Shambhala

Esta comunidad secreta de lamas que viven vidas mucho más largas que las normales, y capaces de predecir el futuro, está dedicada a la preservación de la civilización —desde las porcelanas chinas hasta Mozart— contra la barbarie que acabará por dominar el mundo exterior. *Horizontes perdidos,* con su monasterio escondido y su vibrante historia de amor, cautivó la imaginación de Occidente, y Shangri-La pasó a ocupar un puesto en la mitología popular, junto a la Atlántida, Lyonesse y El Dorado, como una aspiración, un mundo de ensueño, algo que se procura pero que rara vez se encuentra.

Quizá *Horizontes perdidos* no sea pura fabulación. Es posible que la obra se haya basado en tradiciones orientales muy antiguas, acerca de un paraíso escondido. Antiguos escritos budistas lo llaman Chang Shambhala y lo describen como una fuente de sabiduría eterna. Esta creencia estuvo muy extendida en otro tiempo: en China se afirmaba que las montañas Kun Lun incluían un valle donde los inmortales vivían en perfecta armonía, mientras que en la tradición india existe un lugar llamado Kalapa, al norte del Himalaya, donde habitaban «hombres perfectos».

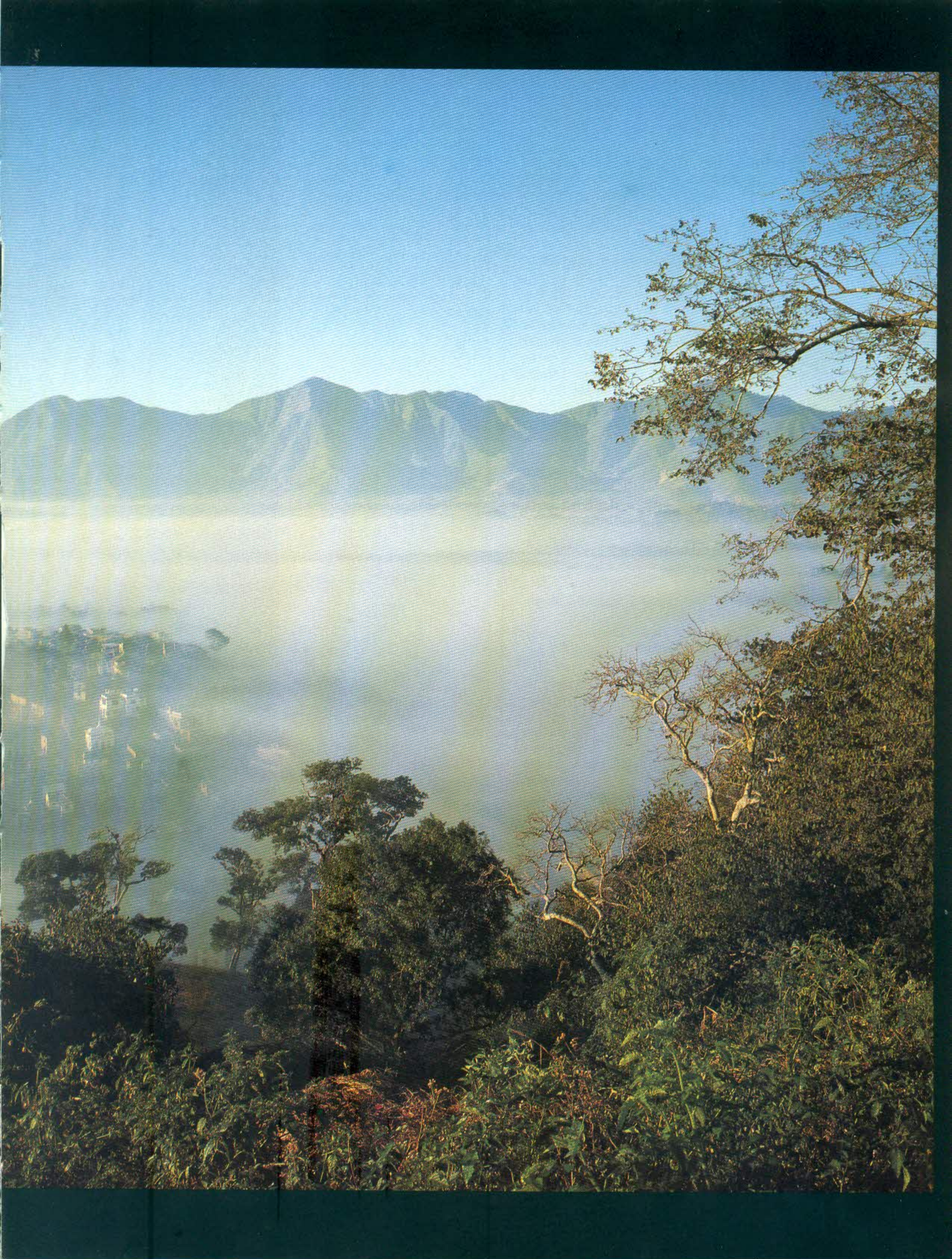
En Rusia se decía que, siguiendo la ruta de las hordas tártaras en dirección a Mongolia, se podía dar con Belovodye, donde vivían santos apartados del mundo, en la Tierra de las Aguas Blancas. Shambhala terminó por convertirse en equivalente de Shangri-La; se suponía que se hallaba en el Tibet o más al norte, donde las infranqueables montañas ocultan valles secretos, verdes y fértiles.

Shangri-La está envuelta en nubes de misterio y rodeada de picos montañosos, como los de Katmandu, Nepal *(en la foto).* En sus antiguos documentos pueden estar depositadas las esperanzas de la humanidad, pues esta utopía secreta, protegida por montañas casi impenetrables en lo más profundo de Asia, puede detentar la clave de un futuro mejor y más seguro.



La exacta localización de Shambhala/Shangri-La no figura en ningún mapa, pero los relatos y leyendas apuntan al norte de la India. Quizá se encuentre en la vertiente tibetana del Himalaya, o en las montañas Kun Lun de China occidental, o en los montes Altái de Mongolia... Esté donde estuviere, los peregrinos necesitan algo más que un mapa que les guíe: tienen que estar preparados espiritualmente.





SHANGRI-LA: LA UTOPIA SECRETA

Los místicos del Tibet

Hasta el momento de la ocupación china de 1950, la elevada meseta del Tibet podía jactarse de ser el lugar más aislado de la Tierra. El aislamiento contribuyó al desarrollo de una sociedad sumamente espiritual, gobernada desde la ciudadela monasterio de Lhasa por el dalai-lama. Tras el cierre de Lhasa a los europeos en el siglo XIX, lo que la convirtió en «ciudad prohibida», el Tibet inspiró credibilidad a los europeos, dispuestos entonces a aceptar cualquier maravilla originada en ella.

A los lamas, monjes y místicos budistas se les consideraba dotados de poderes extraordinarios. Uno de los más espectaculares era el *lung-gom,* que permitía que los adeptos vencieran la gravedad y redujeran el peso de sus cuerpos, gracias a lo cual eran capaces de desplazarse con asombrosa velocidad. A principios de este siglo, la estudiosa británica Alexandra David-Neel pasó catorce años en el Tibet y tuvo oportunidad de observar a un corredor que botaba cual una pelota. Luego escribió: «Pude ver su rostro impasible, perfectamente tranquilo, con los ojos abiertos y la mirada fija en algún objeto lejano e invisible, situado en algún lugar muy elevado. El hombre no corría: parecía elevarse del suelo y avanzaba a saltos... sus pasos tenían la regularidad de un péndulo.»

David-Neel era teósofa y es probable que su descripción de los lamas tibetanos estuviera embellecida por su afán de creer. Pero en la suposición de que se tratara de una observadora objetiva, ¿debería buscarse Shambhala en el Tibet?

¿Ambito celestial o paraíso terrenal?

Otro miembro de la Sociedad Teosófica, el viajero de origen ruso Nicholas Roerich, narra en *Shambhala* (1930) varias visitas al Tibet. En 1928 le preguntó a un lama si Shambhala era un lugar existente, recibiendo la siguiente respuesta: «Es el poderoso reino de los cielos. No tiene nada que ver con nuestra tierra...» Roerich pensó que esta respuesta era evasiva y que las observaciones que siguieron del lama indicaban una localización real.

También se ha relacionado con Shambhala la tradición budista de un paraíso subterráneo conocido como Agartha; quizá fue *madame* Blavatsky quien estableció tal vínculo. Roerich, que lo llamaba Agharti, lo había oído mencionar en su expedición por los montes Altái en 1924. Un lama le dijo que Shambhala era una gran ciudad en el corazón de Agharti, donde regía «el rey del mundo». Roerich llegó a creer que Agharti se encontraba relacionada con todas las naciones del universo por medio de túneles subterráneos.

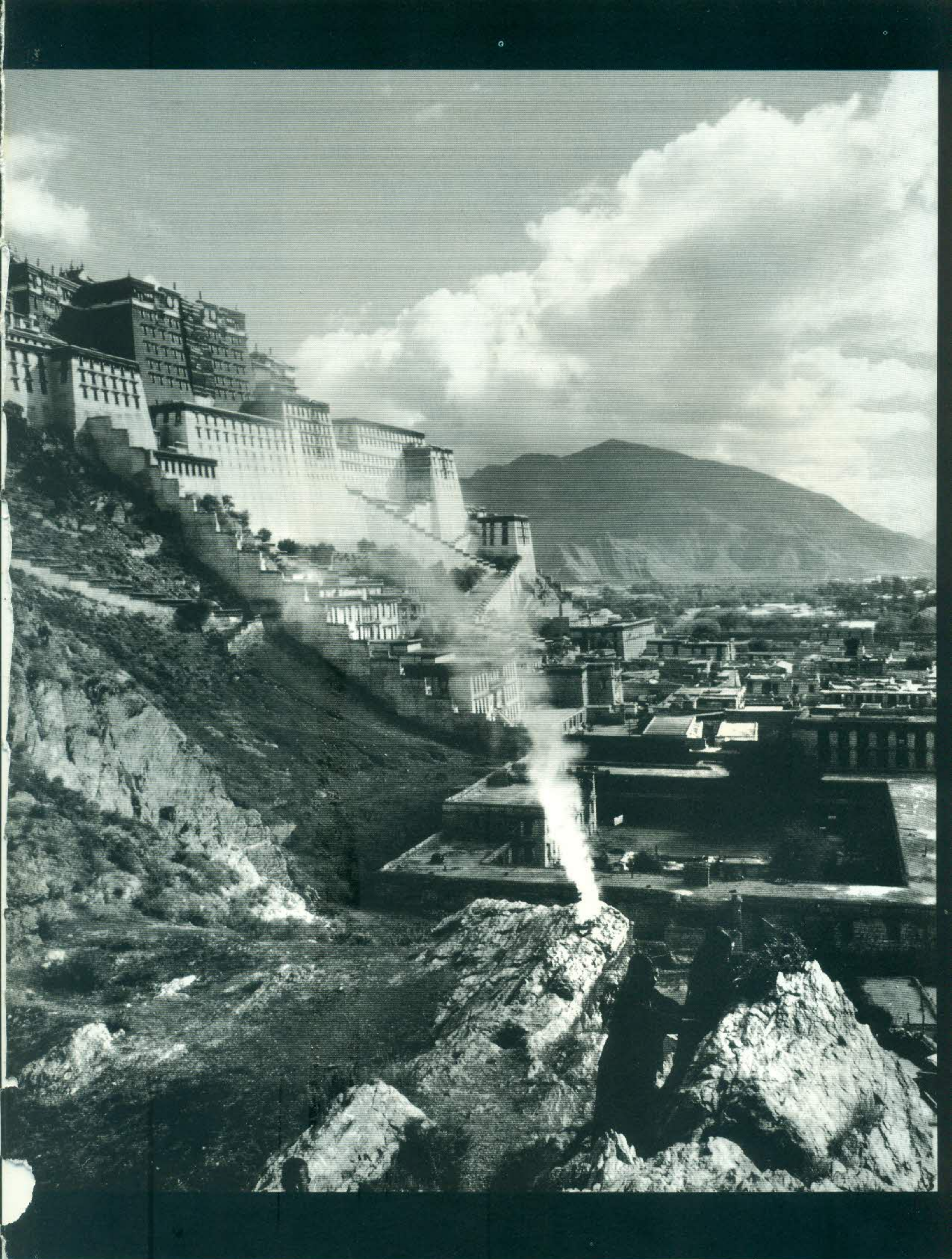
Edward Bulwer-Lytton, autor de *Los últimos días de Pompeya,* expresó algunas de estas ideas en su novela *La raza futura* (1871), en la que describe un mundo situado bajo la superficie de la tierra, donde habita una raza superior, los *Vril-ya,* quienes, mediante el ejercicio del *vril* —una energía psicocinética más desarrollada en el sexo femenino, el dominante—, se proponen conquistar el «mundo de arriba».

Este concepto de una raza superior dotada del místico poder del *vril* resultó enormemente atractivo tanto para los ocultistas como para los nazis. Se dice que Hitler creía en el poder del *vril,* así como en una raza de superhombres que vivían bajo tierra, y, al parecer, envió expediciones a minas alemanas, suizas e italianas en busca del ingreso a este otro mundo.

Desde la serena tranquilidad de Shangri-La hasta las siniestras asociaciones de Agharti se mantiene la constante irónica de que sean los propios bárbaros contra los que advierte el gran lama de *Horizontes perdidos* quienes procuren la utopía secreta donde una comunidad de santos vive en paz y armonía. Quizá no se trate sino de un ejemplo más de la lucha entre las fuerzas del bien y del mal.



El palacio del dalai-lama en Lhasa, según se decía, se vinculaba mediante túneles subterráneos con Chang Shambhala, «un lugar de quietud situado al norte». Este palacio fortificado, llamado Potala, era el centro religioso de la nación, desde donde el jefe espiritual de los tibetanos gobernaba a su pueblo. Pero a partir de 1959, cuando los tibetanos se rebelaron contra la ocupación china, el dalai-lama ha vivido exiliado en la India.



EL DORADO: EL FABULOSO REINO DEL ORO

«El oro —escribió el poeta griego Píndaro— es hijo de Zeus. Ni la polilla ni el óxido lo devoran, mas él devora la mente humana.» La obsesión de la humanidad por el oro es algo inmemorial. A pesar de sus fugaces apariciones en bazares orientales, el oro siempre ha sido material escaso: se calcula que el monto total extraído en el curso de la historia no llega al millón de t. Por esta razón, el oro se ha convertido en la unidad de valor básica. Los diamantes son «para siempre», pero a pesar de ello universalmente suele hablarse de la Edad de Oro, de «corazón de oro», de «sueños dorados». Como material de trabajo artesanal resulta inconmensurable: es maleable como la arcilla y duro como la piedra. Su escasez y su belleza hacen del oro el soberano de los metales.

En un principio, la poderosa mística del oro guardaba estrecha relación con su color. Los egipcios lo relacionaban con el Sol y con la esencia vital. En la antigua Costa de Oro —la actual Ghana, en Africa occidental—, el famoso Taburete de Oro del rey de los ashanti representaba el alma de la nación, y en el taparrabos de los muertos se introducía una pizca de polvo de oro como pasaporte para el mundo de los espíritus.

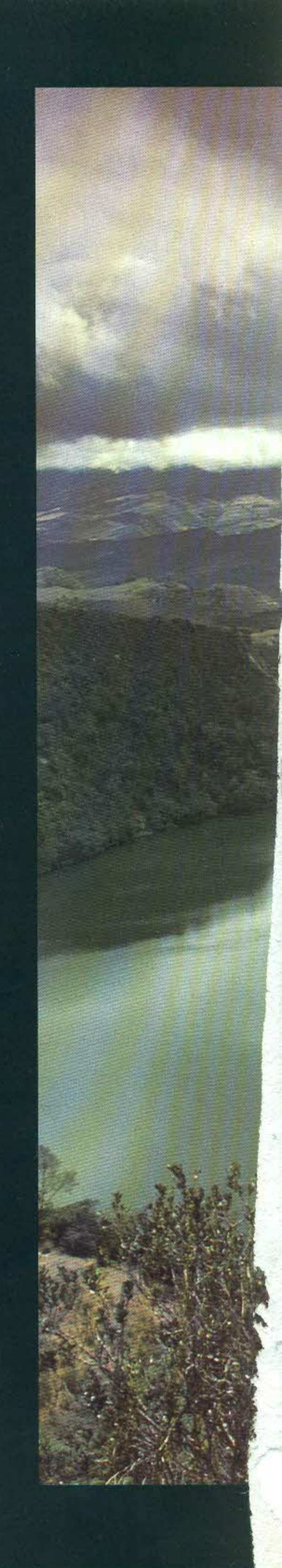
El oro era el tesoro por excelencia, vigilado por dragones en las tierras del norte y recogido a puñados en el reino del Preste Juan. Es lo que atrajo a Alejandro Magno a Persia, lo que indujo a los navegantes portugueses a «darse a la vela más allá del mapa», lo que llevó a los españoles al nuevo mundo, y lo que impulsó una búsqueda que duró siglos y costó cientos de vidas: la de El Dorado.

La historia del Hombre Dorado

«El oro es el más exquisito de todos los elementos... —escribía Cristóbal Colón—. Quien posee oro puede adquirir todo lo que necesite del mundo. En verdad, con oro puede usted lograr que su alma ingrese en el paraíso.» Tal fue la mentalidad que impulsó a los españoles a la conquista del nuevo mundo después de que Colón atravesara por primera vez el Atlántico en 1492. Al cabo de 50 años, los aztecas de México y los incas de Perú habían sucumbido ante el ansia de oro de los conquistadores. Desde los Andes de Colombia salieron expediciones hacia el interior para saquear las tumbas de los indios sinú, y en 1539 los europeos penetraron por vez primera en el territorio de los muisca y fundaron la ciudad de Bogotá.

Los muisca fueron los primeros en dar noticia a los españoles de una ceremonia que se celebraba en el lago Guatavita, al norte de Bogotá. Aún vivían indios que habían visto la última, de proclamación de un nuevo rey. Lo que se cita a continuación es un testimonio de primera mano, escrito en 1636 por un cronista español:

«En primer término, tenía que desplazarse al gran lago de Guatavita para efectuar ofrendas y sacrificios al demonio que la tribu adoraba como dios y señor. Durante la ceremonia que tenía lugar en el lago, construían una balsa de juncos que adornaban y decoraban con sus mejores bienes, colocando en ella cuatro braseros encendidos, en los que quemaban abundante *moque* —el incienso de estos nativos— y, también, resina y otras muchas esencias. El lago es grande y profundo, y



El lago Guatavita, circular y misterioso, está rodeado de colinas desoladas y marcado por la muesca que hizo Antonio de Sepúlveda en su intento de desaguarlo hacia 1580. El lago era sagrado para los indios muisca, quienes hacían ofrendas a la esposa de un antiguo caudillo de la tribu, que, según la leyenda, vivía en las profundidades del lago en compañía de un terrible monstruo.



Nadie conoce el emplazamiento de El Dorado, pero durante muchos años el lago Guatavita, 50 km al noreste de Bogotá, fue uno de los sitios con mayores probabilidades de serlo. Hubo quienes buscaron la mítica ciudad de Manoa en la Guayana, no lejos de la desembocadura del Orinoco.



por él puede navegar un buque de borda alta, cargado con infinidad de hombres y mujeres, ataviados con vistosas plumas, placas de oro y coronas de oro...

»Luego desnudan al heredero hasta dejarlo en cueros, untándolo con tierra pegajosa, sobre la que aplican polvo de oro hasta dejarle el cuerpo enteramente cubierto de este metal. Lo instalan en la balsa, en la que permanece inmóvil, y a sus pies sitúan un gran cúmulo de oro y esmeraldas para que se las ofrezca al dios. Además de él, en la balsa le acompañan cuatro de los jefes principales, adornados con plumas, coronas, brazaletes, colgantes y pendientes, todo de oro. También ellos van desnudos y llevan ofrendas. Cuando la balsa se aparta de la orilla, se escucha música de trompetas, flautas y otros instrumentos, y cantos que reverberan en las montañas y valles, hasta que, al llegar la balsa al centro del lago, izan una bandera en señal de silencio.

»Entonces hace su ofrenda el Hombre Dorado, que arroja todo su oro al fondo del lago; los jefes que le acompañan efectúan asimismo sus ofrendas, en turnos sucesivos. Y con esta ceremonia queda proclamado el nuevo gobernante, reconociéndoselo como rey y señor.»

El tesoro del lago Guatavita

La ceremonia de El Dorado fue el origen de la leyenda. Aunque los conquistadores habían arrebatado ya a los muisca y sus vecinos cientos de kg de oro, imaginaban que aún les quedaba el mayor botín: el inmenso tesoro que debía existir en el fondo del lago Guatavita.

El primer paso para dragar el lago fue dado en 1545, pero la más seria de las iniciativas iniciales fue la de un comerciante de Bogotá, Antonio de Sepúlveda, quien comenzó sus operaciones de drenaje hacia 1580. Utilizando la mano de obra de 8.000 indios, abrió una gran muesca en el borde del lago —todavía perfectamente reconocible— para permitir su desagüe, rebajando el nivel en veinte metros, hasta que el canal se hundió, originando la muerte de numerosos excavadores. Hubo que abandonar la idea, a pesar de que se había encontrado oro: el envío al rey Felipe II incluía un peto de oro, un bastón cubierto de placas de oro y una esmeralda que tenía el asombroso tamaño de un huevo de gallina.

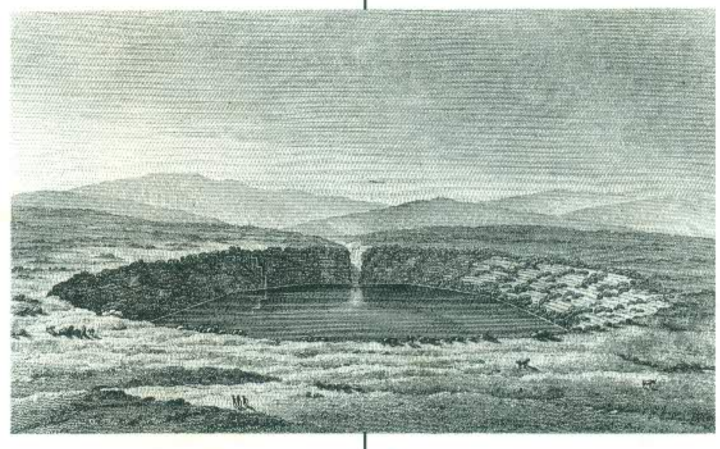
La búsqueda de riquezas que superasen todo lo imaginable no se limitó únicamente a las orillas del lago Guatavita. Ya en los tiempos de los conquistadores se había extendido la creencia en el Hombre Dorado y su mística ciudad de Manoa, donde hasta las cacerolas eran fabricadas en oro. Se creyó que el mismo podía ser localizado en las selvas inexploradas de la cuenca amazónica, y por ello numerosos exploradores y aventureros se adentraron en la jungla año tras año. Muchos no regresaron jamás.

Uno de los que sí lo lograron fue sir Walter Raleigh, pero tuvo motivos para lamentarlo. Enviado por la reina Isabel I de Inglaterra en 1595, se adentró en la selva de la Guayana, en busca de Manoa y su oro, y se propuso entablar alianza con los habitantes de Manoa para así derrotar a los españoles. Pero la expedición no tuvo éxito, y el fracaso de una segunda expedición en 1617-1618 sirvió de pretexto para su ejecución.

El Hombre Dorado fue esfumándose en la memoria y su nombre terminó siendo usado para designar el lugar donde aguardaban riquezas inconmensurables: El Dorado, oculto en los Andes o en la selva amazónica. Durante dos siglos continuó la búsqueda; y en cierto sentido se lo encontró, aunque no del modo que habían soñado los conquistadores, pues esculcar este reino fabuloso permitió que exploradores y prospectores revelaran, más allá de su esfuerzo y crueldad, el corazón secreto de América del Sur.

En 1969, dos agricultores encontraron en una cueva cercana a Bogotá una figura de oro que representaba la ceremonia del Hombre Dorado. Se trataba de un *tunjo,* o figura votiva, obra de los muisca como ofrenda a sus dioses.

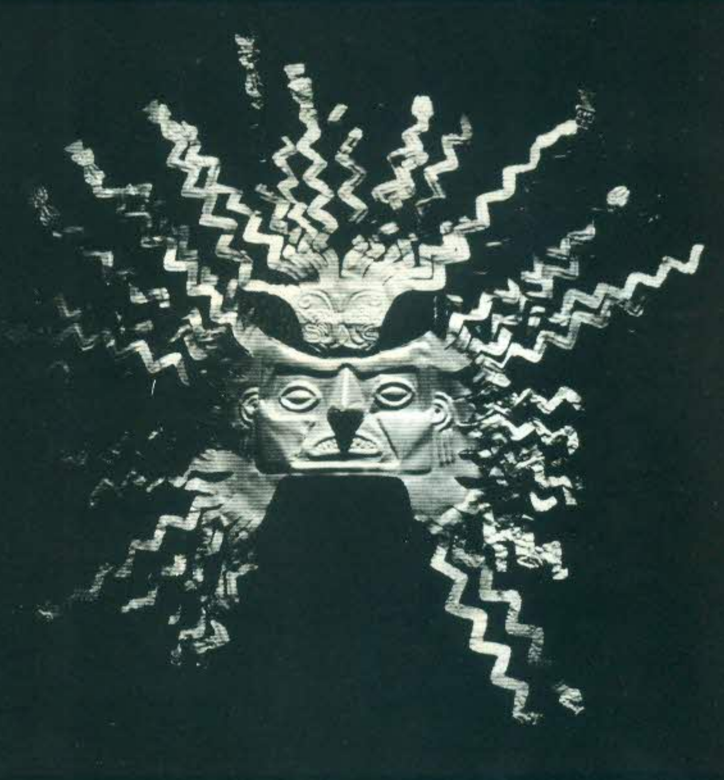
El naturalista alemán Alexander von Humboldt publicó en 1810 la primera ilustración del lago Guatavita *(abajo),* y trató de calcular la cantidad de oro que podría existir en el lago, obteniendo una cifra que hacia 1807 habría podido ser el equivalente de 300 millones de dólares actuales.



El nuevo rey muisca, preparándose para la ceremonia sagrada del lago Guatavita: un hombre le aplica resina al cuerpo, y otro le sopla polvo de oro a través de un tubo. Los atavíos de los indios son imaginación del grabador Theodore de Bry, que publicó esta ilustración en 1599.

En todo el norte de América del Sur se han encontrado objetos de oro, muchos de ellos en forma de figuras votivas, como esta máscara de ofrenda al dios del Sol.





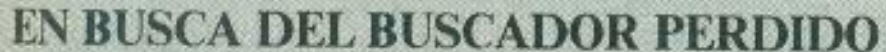
BUSCADORES DE ORO EN AMERICA DEL SUR



LOS MINEROS INDIGENAS
Los conquistadores de América del Sur solían encontrar a indios en busca del oro en sus ríos. El cronista Juan Castellanos escribió en 1589 acerca de los mineros de oro de Buriticá, al noroeste de Bogotá: «El oro es lo que les permite respirar; viven para el oro y mueren por el oro.»



EN BUSCA DEL BUSCADOR PERDIDO
El aventurero británico coronel Percy Fawcett, convencido de poder localizar El Dorado, partió con su hijo en 1922 para explorar el Mato Grosso brasileño. Su pista se perdió en 1925. Un cuarto de siglo después, una expedición brasileña recogió la noticia de que los indios calapos habían confesado haber dado muerte a Fawcett, enterrándolo a orillas de un lago entre los ríos Kuluene y Tanurio. El jefe de la expedición, Orlando Vilas Boas, encontró el cráneo del explorador y se hizo fotografiar con él, para acabar con la creencia de que Fawcett había encontrado el legendario reino.





ORO PARA EL IMPERIO BRITANICO
El explorador, político y estudioso británico sir Walter Raleigh (*c* 1552-1618) se embarcó hacia América del Sur en 1595 con la intención de encontrar oro y así fundar un imperio británico. Para obtener éxito en tal misión era imprescindible hacer amistad con los indios. Este grabado, donde se le aprecia conferenciando con un caudillo indio de la Guayana, y que ilustra su informe de la expedición, fue publicado en 1599. Raleigh regresó a Inglaterra con la noticia de que los indios estaban dispuestos a aliarse con los ingleses, que El Dorado existía y que podía encontrarse oro en abundancia en las márgenes del río Orinoco.

NOMENCLATOR

Los lugares misteriosos son moneda común en el mundo; algunos países los poseen en mayor grado que otros, pero son pocas las naciones que carecen de alguno. Esta guía geográfica ofrece información básica acerca de 54 de ellos, indicando qué son y dónde se encuentran.
Se ha dividido este nomenclátor en cinco regiones: ***América, Africa, Europa, Oriente Próximo,*** *que incluye Turquía, Oriente Medio y Pakistán, y* ***Extremo Oriente,*** *que engloba a la India, los países orientales y las islas del Pacífico.*

AMERICA

Mystery Hill,
New Hampshire, EE.UU.
En una elevación boscosa, a las afueras de North Salem y al norte de Boston, se alza la Colina del Misterio, que incluye unos muros de piedra, monolitos de 1,5 m de altura, cámaras de piedra semejantes a dólmenes y una lápida de 4,5 t a la que se ha dado en llamar Mesa de los Sacrificios. Hay quien asegura que se trata de un auténtico monumento megalítico, erigido 2.000 años aC. Una tablilla recoge inscripciones supuestamente celtas, en estilo ogham.

Figuras de Blythe,
California, EE.UU.
A 29 km de la población de Blythe, cerca de Los Angeles, donde el río Colorado se adentra en el desierto de California, hay unas figuras gigantes dibujadas en los riscos que bordean el río. Los diseños representan un hombre de 29 m de altura, un corro de 43 m de diámetro y un animal de 11 m de longitud. El animal parece un caballo, pero los caballos americanos se extinguieron hace 10.000 años, y no los hubo hasta que los españoles los volvieron a introducir en 1540.

Rueda Mágica de Bighorn
Wyoming, EE.UU.
Cerca de la cumbre de un pico de 3.000 m de altura, en las montañas Bighorn de Wyoming, hay un complicado diseño en la piedra que parece una rueda de 28 radios y 24 m de diámetro, rodeada por seis *cairns* o apilamientos de piedras. Hasta hoy se ignora quién y cuándo lo realizó. El dibujo es similar al de un recinto utilizado por los cheyenes en las ceremonias de la danza del Sol. Es posible que se tratase de un observatorio rudimentario.

Monte Albán, México
Unos 600 años aC, los habitantes del valle de Oaxaca construyeron un gran complejo de edificios ceremoniales en lo alto de una montaña hoy conocida como Monte Albán. En este lugar, al sur de Teotihuacán, se hace presente una de las estructuras de forma más extraña del mundo antiguo. El edificio no tiene ni dos lados ni dos ángulos iguales. Las losas exteriores están cubiertas de símbolos y jeroglíficos que aún no han podido ser descifrados por completo.

Tenochtitlan, México
Los cimientos de la moderna Ciudad México se apoyan en las ruinas de la magnífica ciudad de Tenochtitlan, construida por los aztecas en el siglo XIV de nuestra era. Erigida en una isla de lo que era entonces el lago Texcoco, contaba con espléndidas casas, palacios y templos, comunicados con tierra firme por medio de bellos puentes. En esta ciudad se llevaban a cabo sacrificios humanos, en los que se inmolaba hasta a 20.000 víctimas por vez. A principios del siglo XVI, los soldados de Cortés destruyeron la ciudad y dieron muerte a la mayoría de sus habitantes.

Chichén Itzá, México
Es muy poco lo que se sabe de los indios mayas, que construyeron esta ciudad a 123 km al sureste de Mérida. Se cree que el Templo de los Guerreros se contruyó hacia el 1100 dC. Aun cuando conocían el principio de la rueda, los mayas no la utilizaban en la construcción. Uno de los edificios servía de observatorio y otro era empleado en juegos de pelota. Los mayas construyeron carreteras que recorrían todas sus tierras y practicaban complicados sacrificios rituales.

Tiahuanaco, Bolivia
En el árido altiplano barrido por el viento, a unos 97 km al oeste de La Paz, se hallan los restos de una antigua cultura, correspondiente a los años 600 a 1000 dC. En el siglo XVI, los españoles hicieron todo lo posible por destruir este «santuario pagano», que consiste básicamente en un templo semisubterráneo, numerosos monolitos y estatuas de aspecto curioso.

El Panecillo, Ecuador
Quito, la segunda ciudad más elevada del mundo, se extiende por un valle de alta montaña. A 183 m al norte de esta antigua ciudad inca existe una atalaya u observatorio en forma de colmena, a la que se entra por un túnel que penetra en la tierra. En lo alto de la «colmena» hay una abertura por la que llega la luz del sol. La estructura es obra de los incas, que la construyeron hacia el 1500.

San Agustín, Colombia
En el verde valle del río Magdalena, en el norte de los Andes, cerca del pueblo de San Agustín y a 594 km de Bogotá, están los restos de una cultura sudamericana poco conocida: grandes esculturas en piedra, montículos funerarios y estructuras megalíticas. Se los construyó hace unos 2.000 años y no se abandonaron hasta el 1500 dC.

AFRICA

Ifé, Nigeria
Al oeste de la selva tropical y del río Níger se hallan los restos de la primera capital yoruba. Allí residía una figura sagrada, Oni. El palacio de Oni, situado al este de Ibadán y 160 km al noroeste de la ciudad de Benin, tenía suelos de terracota y en él se han encontrado muchos restos de cerámica. En las proximidades se descubrieron numerosas cabezas en bronce, cobre, latón y terracota, de factura bastante complicada. La ciudad estuvo habitada hacia el 600, y prosperó hasta que aumentó el poder de Benin en 1450.

Karnak, Egipto
En las fértiles orillas del Nilo, entre las antiguas ciudades de Tebas y Luxor, se hacen presentes los restos de uno de los conjuntos arquitectónicos más notables que jamás se hayan construido. El lugar recoge la obra de varios faraones y está dedicado a Amón-Ra; consta de enormes templos, gigantescas columnatas y avenidas de esfinges. Aún se conserva un antiguo obelisco, de 29 m de altura, con un peso aproximado de 323 t. El complejo fue construido hacia el 1500 aC; en las proximidades hay ruinas de 500 años más de antigüedad.

Meroe, Sudán
Junto al Nilo, lejos del árido desierto, permanecen los restos de una ciudad en la que habitó el pueblo de los cusitas, quienes, al huir de Egipto 600 años aC, llevaron consigo la costumbre de construir pirámides. Debajo de éstas había cámaras funerarias que servían de tumba a las familias de «notables». Cerca de ellas hay ruinas de templos y viviendas. Los meroítas adquirieron fama gracias a sus trabajos metalúrgicos, pero hacia el 350 dC su imperio desapareció, arrasado por los etíopes.

Cartago, Túnez
Ante el hermoso panorama del golfo de Túnez se aprecian los restos de una ciudad que fue en sus tiempos la más portentosa de la costa norte de Africa. En el 310 aC, los griegos derrotaron aquí a los cartagineses. Para apaciguar a los dioses púnicos y obtener su perdón, fueron sacrificados 500 niños. Se ha descubierto un recinto sagrado que contiene huesos de niños incinerados y que confirma la veracidad de tal atrocidad. Cartago fue fundada hacia el 814 aC, siendo destruida por los romanos en el 146 dC.

Abalessa, Argelia
En las profundidades del Sahara, en un valle rodeado de montañas, se encuentra la tumba de una reina llamada Tin-Hinan. Unos 55 km al oeste de Tamanrasset, en lo alto de una pequeña colina, se descubrió una estructura de piedra con varias cámaras, una de las cuales contenía el esqueleto de una mujer con túnica de cuero y brazaletes de oro y plata. A su lado había monedas romanas, acuñadas entre los años 308 y 324 dC.

EUROPA

Bryn-celli-Ddu, Gales
En la isla de Anglesey, junto a un camino rural cercano a Llandaniel Fab, existe un túmulo de piedras situado encima de un antiguo *henge,* a unos 6 km del puente de Menai. En el interior de la cámara funeraria hay una columna lisa, donde se encontraron fragmentos de huesos. La tumba se construyó unos 2.000 años aC.

Maes Howe, Orkneys, Escocia
En las islas Orkney se encuentra uno de los monumentos más impresionantes de Europa: un conjunto de pasadizos, cámaras y nichos, situado unos 15 km al oeste de Krikwall. El conjunto está cubierto por un montículo de tierra de 11 m de altura y 46 de diámetro. Fue construido hacia el 3100 aC, y en el siglo XII los vikingos violaron la cámara principal. En el XIX, en la tumba se encontraron huesos de caballo y un fragmento de cráneo humano.

Callanish, Lewis, Escocia
La isla de Lewis, de áridos terrenos y frecuentes galernas, posee una mística especial. A unos 19 km al oeste de Stornoway existe uno de los monumentos megalíticos más espectaculares de Gran Bretaña, con avenidas de piedras que conducen a un círculo en el que se alza un grandioso monolito. El conjunto fue edificado hacia el 2000 aC, y en algunos aspectos es similar a Stonehenge.

Gruta de las Hadas, Francia
En las marismas bajas del delta del Ródano existe una de las cámaras excavadas en la roca de mayor tamaño que se conocen. La tumba, situada 4 km al noreste de Arles, tiene una antecámara de 12 m y una inmensa cámara funeraria, de 3 m de anchura y 24 de longitud. Existen, además, otras dos cámaras laterales más pequeñas. Fueron construidas entre el 4000 y el 3500 aC.

Rennes-le-Château, Francia
En este aislado pueblecito, a 32 km de Carcasona, en el sur de Francia, hubo un párroco muy pobre que en pocos años detentó una enorme fortuna. Descubrió en la iglesia unos pergaminos enrollados, escritos en latín, dos de los cuales mostraban escrituras en clave. El lugar había sido fortaleza de los visigodos, que saquearon Roma en el 410. Se llegó a decir que el cura había encontrado el tesoro de Salomón. El sacerdote falleció en 1917 sin revelar el origen de su riqueza.

Filitosa, Córcega, Francia
En el camino de montaña que va de Propriano a Ajaccio se encuentra el conjunto megalítico más famoso de Córcega, consistente en cinco menhires escultóricos y tres monumentos. El lugar estuvo poblado desde el 4000 hasta el 1400 aC. Posteriormente, el «pueblo de la torre» lo hizo reconstruir durante su ocupación de la isla, que duró hasta el 800 aC. Ninguno de los menhires se halla en su emplazamiento original, ya que se los encontró enterrados en unas excavaciones realizadas en 1954, por lo que fueron reinstalados expresamente.

Los Millares, España
En un espolón sobre el río Andarax, en medio de un árido paraje, se encuentran los restos de este emplazamiento megalítico. El lugar está a unos 20 km, en el traspaís, del puerto de Almería. A principios de este siglo se dio allí con abundantes restos, que incluían un amplio cementerio, viviendas, utensilios metálicos y un gran montículo con cámara interna, rodeado por un círculo de piedras. El conjunto estuvo ocupado entre el 3100 y el 2500 aC.

Trepuco, Menorca, España
En la parte sur y más fértil de Menorca existe un curioso monumento megalítico. El lugar, a las afueras de Mahón, está enclavado sobre una pequeña elevación, e incluye una torre *(talayot)* y una mesa *(taula)* de 4 m de altura más la piedra superior, rodeada por un círculo de piedras. Había allí, también, viviendas y fortificaciones, construidas por el «pueblo de la torre» después del año 1500 aC. Además, se han encontrado cenizas de edad imprecisa y vaciados de toros en bronce.

Talati de Dalt, Menorca, España
A 3 km de Mahón, en una colina cubierta de árboles junto a la carretera de Alayor, se alzan los restos del monumento megalítico más importante de Menorca. Consta de cinco torres *(talayots),* casas circulares, círculos de piedras y cámaras subterráneas. Un poco apartadas del *talayot* principal, hay una *taula* y una naveta (construcción de piedra en forma de barco). Todo ello se construyó hacia el 1000 aC.

Evora, Portugal
En el río Guadiana, al este de Evora, se halla uno de los cementerios más antiguos de Europa: un conjunto de siete montículos circulares, con cámaras, conocidos popularmente como *antas.* Los restos de cerámica y los cuchillos de sílex encontrados en las tumbas indican que se remontan al 4000 aC. Las paredes de las tumbas están construidas con grandes piedras planas de metro y medio de altura, con techos de falsa bóveda.

Val Camonica, Italia
En un valle rocoso, 100 km al noreste de Milán, se encuentra Val Camonica, donde existen unos 15.000 grabados realizados en las rocas, que representan escenas domésticas, prácticas religiosas, formas agrícolas, etc. Se cree que las tallas abarcan un periodo de 6.000 años, desde la era neolítica hasta el 16 aC, fecha en la que los romanos conquistaron la zona.

Cerveteri, Italia
Junto al lago Bracciano y a la vista del mar se encuentran los restos de una antigua ciudad etrusca. A las afueras de esta ciudad, situada al noroeste de Roma, está el extenso cementerio de Banditaccia. A los lados de la principal avenida funeraria hay numerosas tumbas, algunas rodeadas por tapias y otras alineadas en hileras. Se construyeron entre el 700 y el 600 aC. Existen pruebas de un floreciente asentamiento en esta zona, desde los tiempos de Villanova hasta la época romana.

Castellucio, Sicilia, Italia
Entre Siracusa y Ragusa, en un espolón rodeado de escarpados precipicios que descienden hasta el valle, se encuentra la aldea prehistórica de Castellucio. En las paredes de los precipicios se excavaron más de 200 tumbas. Aunque en ellas se han encontrado fragmentos de cerámica y otros objetos, no fueron hallados restos humanos. La construcción se remonta al periodo comprendido entre el 1800 y el 1400 aC.

Li Muri, Cerdeña, Italia
En la fértil zona norte de Cerdeña, a unos 8 km de Arzachena, en la carretera a Luogosanto, se emplazan los monumentos megalíticos más antiguos de la isla: cinco círculos que se recortan sobre una plataforma en una ladera empinada. Cada círculo tiene una pequeña cámara de piedras planas, rodeada de losas y piedras verticales. Han sido descubiertos allí huesos humanos, cuchillos, cerámica y cuentas. El monumento se remonta al 2500 aC.

Monte d'Accordi, Cerdeña, Italia
En medio de una gran llanura cercana al mar, con montañas a lo lejos, surgen los restos de un montículo sagrado. El lugar se encuentra junto al camino de Sassari, 7 km al sudeste de Porto Torres. El montículo tiene 12 m de altura, con un muro de piedra escalonado. Se construyó hacia el 1700 aC. Se ignora si existió acceso alguno al montículo, así como cámaras. A un lado existe un dolmen, y en la rampa de acceso, un menhir; en las cercanías se encuentra una misteriosa roca en forma de huevo con un corte curvo.

Wéris, Bélgica
Las Ardenas, una zona de colinas onduladas con muchas laderas empinadas, cuentan con uno de los conjuntos megalíticos más sugerentes de Europa. Cerca de Erezée, a 5 km de Wéris, el campo está atravesado por un alineamiento de monumentos. Tres menhires —el mayor de casi 2,5 m— forman un pintoresco conjunto. Cerca hay un dolmen semienterrado, en cuya cámara han sido hallados restos humanos y de animales, así como fragmentos de cerámica. Se cree que todo ello fue construido entre el 3000 y el 2500 aC.

Drenthe, Holanda
En una franja de tierra flanqueada por marismas, entre las ciudades de Assen y Emmen, hay más de 50 *hunebedden* o dólmenes alargados: cada dolmen es una larga cámara formada por una hilera de trilitos y rodeada por un círculo de piedras más pequeñas. Se construyeron entre el 3400 y el 2300 aC. En las cámaras se han encontrado indicios de enterramientos colectivos. Se cree que este tipo de construcción se originó en Polonia o en Alemania central.

Visbek, Alemania Federal
A 50 km de Bremen, entre los árboles supervivientes de un bosque depejado para ganar tierras de cultivo, se alzan dos recintos rodeados por múltiples dólmenes alargados, la Braut y el Brautigam de Visbek (la Novia y el Novio). Los recintos son cuadriláteros, de 80 y 108 m de longitud, respectivamente. En los dos existen diversas formaciones de piedras y cada uno posee una gran cámara subterránea. Se cree que fueron construidos hacia el 3000 aC.

Tustrup, Dinamarca
En los bosques del norte de Djursland abundan los monumentos megalíticos. Junto a la aldea de Vivild, cerca de la costa, existen varias estructuras cerradas, dólmenes y cámaras con techo de piedra. En uno de los recintos se encontraron varios cuencos y cucharones, así como cenizas sin identificar. Debieron ser construidos poco después del 3000 aC.

Kong Asgers Høj, Dinamarca
En la isla de Møn, frente a Zealand, se alza la Casa del Rey Asger, un montículo con galería funeraria de los mejor conservados. Tanto el montículo como la cámara, de 10 m de longitud, están casi íntegros. Debieron construirse hacia el 3000 aC, y no se descarta la posibilidad de que fueran fruto de la «cultura del vaso embudiforme».

Popovo Polje, Yugoslavia
Extrañas escenas y figuras pintadas en insólitos monumentos funerarios dan un aire de misterio a una zona situada a 48 km de Dubrovnik. Se las atribuye a una secta llamada de los bogomilos, que se estableció en esta región en el medievo. Los ataúdes, de piedra, presentan tallas con figuras humanas, animales, el Sol y la Luna, y el símbolo de la esvástica. Aun cuando también hay cruces en las tumbas, no parece que se trate de monumentos cristianos.

Biskupin, Polonia
La «cultura del campo de urnas», que se extendió desde las montañas de Lusacia hacia el norte y el occidente de Europa, floreció durante el primer milenio aC. Biskupin fue en tiempos una isla, situada 225 km al noroeste de Varsovia. Allí se ha descubierto una ciudad de casas de madera que llevaba de 2.000 a 3.000 años enterrada en el fango. La ciudad estaba rodeada por una muralla de piedra y abarcaba una extensión de dos ha. Sus habitantes adoraban al Sol y a la Luna.

Micenas, Grecia
A unos 10 km al norte de Argos, en lo alto de una colina, están los restos de la ciudad más antigua de Grecia. En ella se encuentran el llamado Tesoro de Atreo (*c* 1400 aC) y la Puerta de los Leones (*c* 1260 aC) que, paso en la muralla de piedra, conduce a un círculo de tumbas reales. El «Tesoro» consta de varias cámaras funerarias en forma de colmena, construidas bajo una colina, y se llega a él recorriendo un pasadizo amurallado. Aquí fueron halladas máscaras funerarias de oro.

CERCANO ORIENTE

Çatal Hüyük, Turquía
En una zona de amplias murallas, donde era difícil descubrir la piedra, se encuentran los restos de una ciudad sin calles. Esta ciudad del sur de Turquía se construyó entre el 6250 y el 5400 aC. Las casas estaban edificadas con ladrillos de arcilla y madera. Muchos de los edificios fueron usados como santuarios y estaban decorados con pinturas murales, relieves y estatuas.

Hattusa, Turquía
En lo alto de una meseta con declives al norte y al sur se encuentran los restos de la capital de los hititas. Las ruinas de esta ciudad se hallan en Boğazköy, 153 km al este de Ankara; Hattusa estaba protegida por una gran muralla de piedra de 6 km de longitud, y contaba con numerosos templos, santuarios, almacenes y una biblioteca con 3.300 tablillas de arcilla. Hacia el 1190 aC, la ciudad fue saqueada y arrasada.

Nemrut Dağî, Turquía
En lo alto de una montaña situada 563 km al sudeste de Ankara, en una zona propensa a los terremotos, se encuentran los restos de varias estatuas. Se han hallado cabezas de estatuas de 9 m de altura, construidas por orden del rey Antíoco I, que reinó en el siglo I aC.

Karmir-Blur, Armenia Soviética
En la región montañosa que rodea al lago Van floreció, hace mucho, un poderoso reino. A las afueras de Yerevan, cerca de la frontera con Turquía, fueron construidas ciudadelas de ladrillo, o bien excavadas en la roca. Se cree que esto ocurrió entre el 900 y el 700 aC. La mitad de una ciudadela estuvo ocupada por un palacio de 120 habitaciones, que incluía almacenes y talleres. En algunas habitaciones se encontraron joyas y objetos de marfil y de bronce.

Alejandropol, Ucrania
Cuando los nómadas escitas recorrían las llanuras de Ucrania, establecieron un dominio en el que imperaba el terror, procediendo a actos de brutalidad ritual. En el apogeo de su poder y prosperidad —del 700 al 400 aC— construyeron túmulos funerarios que surgen en la estepa a modo de colinas, y allí enterraron a sus jefes. El túmulo de Alejandropol, al sudeste de Kiev, mide casi 18 m de altura y contiene varias cámaras funerarias. En su interior se han encontrado numerosas joyas de oro.

Hatra, Irak
A unos 100 km al suroeste de Mosul, en la ribera occidental del *uad* Tharthar, se hallan los restos de una ciudad que formó parte del Imperio parto. Estaba rodeada por una gigantesca muralla de piedra, y en su interior había una zona rectangular con templos y cámaras abovedadas. Se han encontrado gran número de esculturas, representación de personas y de animales, así como joyas muy variadas. Se cree que la ciudad se construyó entre los siglos I y II dC.

Persépolis, Irán
En una elevada meseta de las áridas montañas de Irán, 48 km al noroeste de Šīrāz, se ubican los restos de una ciudad de majestuosa grandeza. Darío I el Grande dio comienzo a las construcciones, después continuadas por su hijo Jerjes, y que incluyen palacios, grandes columnatas y magníficas esculturas. El inicio de la construcción de esta ciudad se produjo hacia el 520 aC, y las obras se prolongaron hasta el 470 aC.

Dilmun, Bahrain
En la desolada isla de Bahrain, en el golfo Pérsico, se conservan restos de unos 100.000 montículos funerarios. Las recientes excavaciones han demostrado que en Bahrain, conocida como «la isla de los muertos», hubo una antigua ciudad. Han sido hallados muros y casas, cerámica y utensilios que datan de unos 4.000 años aC.

EXTREMO ORIENTE

Todai-ji, Nara, Japón
Uno de los recintos budistas más espléndidos del mundo está construido al pie de un conjunto de montañas situado al sudeste de Kobe. El edificio central *(Daibutsen-den)* contiene la mayor estatua de Buda *(Daibutsu)* del mundo: mide 16 m de altura y pesa unas 560 t. Se construyó por orden del emperador Shomu en el 748 dC. Durante los periodos de anarquía, que tuvieron sus comienzos a partir de 1180, el templo fue incendiado y la cabeza de Buda fue fundida.

Borobudur, Java, Indonesia
En la cima de una colina cubierta de cenizas volcánicas, 48 km al noroeste de Jogyakarta, hay un conjunto de santuarios dedicados a Buda, que constituyen la mayor joya arquitectónica de Indonesia. El edificio, de nueve plantas, fue construido por la dinastía Shailenda en el siglo VIII dC. En los niveles más altos hay 72 *stupas* acampanados que contienen imágenes de Buda. En las galerías inferiores hay más de 1.300 paneles con relieves que representan momentos simbólicos de la vida de Buda.

Pagan, Birmania
Al suroeste de Mandalay, a orillas del caudaloso río Irawadi, que atraviesa la espesura de la jungla, se encuentran los restos de una asombrosa ciudad con más de 800 templos; el más imponente y ornamentado era el de Ananda, cuya construcción se inició a mediados del siglo XI dC. Se han encontrado aquí cientos de estatuas de Buda, cuatro de ellas de oro con una medida de 9 m de altura. Kublai kan destruyó la ciudad en el año 1287.

Anurādhapura, Sri Lanka
En un claro de la densa jungla, al suroeste de Trincomalee y 11 km al este de Mihintale, se encuentra la antigua capital de Sri Lanka. Esta magnífica ciudad fue idea del rey Dutthagamani, en el siglo I aC. En el 450 dC se construyeron nueve colosales edificios públicos y un enorme depósito. Estos edificios estaban decorados con pinturas y esculturas. Se dice que uno de ellos tenía 900 habitaciones, con adornos de plata y oro e incrustaciones de piedras preciosas.

Sanchi, Madhya Pradesh, India
En lo alto de una apacible colina rodeada de bosques, 48 km al nordeste de Bhopāl, se encuentran los restos de una majestuosa tumba *(stupa)*. Se dice que el rey Asoka distribuyó las reliquias de Buda por 84.000 *stupas* de toda la India, y que este lugar es uno de los ocho que ordenó construir en esta zona en el siglo III aC. Dispone de cuatro portales cubiertos de exquisitas tallas que narran múltiples historias. En el siglo XIX, el *stupa* fue saqueado, aunque se han recuperado los restos de dos discípulos de Buda.

Bhubaneswar, Orissā, India
En la costa pantanosa de Orissā, unos 20 km al sur del delta del Mahanadi, se alza una de las maravillas de la India, conocida como «la ciudad de los templos». Se dice que en esta zona se construyeron varios miles de templos, aunque en la actualidad sólo quedan en pie 30, junto con unas 500 tumbas. Se alzaron entre los siglos VII y XV, y el más famoso (el Lingaraja) se erigió hacia el 1000 dC. Aunque su interior es severo, el exterior tiene esculturas muy decorativas.

Cuevas de Ajanta,
Maharashtra, India
El río Waghora atraviesa una garganta en cuyas paredes hay cavernas hechas por la mano del hombre. Las cavernas, situadas unos 113 km al nordeste de Aurangābād, contienen 4 santuarios y 25 monasterios. Son célebres por sus murales, que narran la vida de Buda. A partir del siglo II aC vivieron en el lugar comunidades budistas. La mayoría de las pinturas representan temas conocidos, pero en otras aparecen animales extraños y seres sobrenaturales.

Malekula, Nuevas Hébridas, Melanesia
A mitad de camino entre Australia y Samoa se halla el archipiélago de Nuevas Hébridas. Malekula ocupa una extensión de unos 2.020 km^2 y a su alrededor hay varias islas pequeñas, todas ellas volcánicas y sometidas a temblores de tierra. El emplazamiento arqueológico más antiguo está en la isla de Vaté y data del 350 dC. Los nativos de Malekula formaban parte de la cultura de la edad de piedra, con elementos megalíticos, que incluyen altares, monolitos y dólmenes.

Nan Matol,
Islas Carolinas, Micronesia
Las islas Carolinas, al este de las Marshall, se convirtieron en protectorado estadounidense después de la segunda guerra mundial. En la isla de Ponape, al sudeste del archipiélago, se encuentran las ruinas de Nan Matol, una antigua ciudad compuesta por 90 islas artificiales amuralladas, una especie de Venecia dividida por canales poco profundos y que hace varios siglos estuvo habitada por unas mil personas. Los edificios están hechos con bloques de basalto cristalino, de forma geométrica y con un grosor de unos 4 m.

GLOSARIO (Volúmenes I y II)

A

Acrópolis. Ciudadela en lo alto de una ciudad griega, de la que forman parte los principales templos y edificios públicos.

B

Brecha. Conglomerado rocoso, compuesto por fragmentos angulosos de cualquier material, unidos por un mineral como la cal.

C

Cairn. Mojón, pequeña pirámide de piedras, erigida para señalar un hecho memorable, un enterramiento o un camino.

Cañizo. Técnica de construcción, a base de cañas o palos entrelazados, aglomerados con arcilla o barro.

Cist. Caja de losas de piedra, utilizada en enterramientos. Puede estar hundida en el suelo o sobre la superficie, en cuyo caso se cubre con un túmulo de tierra.

Cosmología. Estudio del universo o cosmos, como un todo ordenado.

Ctónico. Referente al mundo de ultratumba, que se creía situado bajo tierra.

CH

Ch'i. El soplo de la vida, el aliento cósmico, la energía vibrante que, según los chinos, impregna a todo lo vivo. Sus cualidades benéficas se acentúan cuando el *yin* y el *yang* encuentran la armonía, y se debilitan cuando están desequilibrados.

D

Datación por carbono radiactivo. Método empleado para determinar la fecha aproximada en que murió un organismo, midiendo su nivel de carbono radiactivo (carbono 14). Los materiales más fáciles de datar son los huesos, las fibras naturales, las conchas y el carbón.

Dendrocronología. Método de datación basado en los anillos de crecimiento de los árboles, cuya anchura anual varía de un año a otro, acorde con el clima. La comparación de árboles jóvenes y viejos, en especial pinos de California, ha proporcionado un sistema de bastante precisión como para datar los utensilios de madera de los últimos 7.000 años.

Deriva continental. Movimiento de los continentes a lo largo de millones de años, como resultado del desplazamiento relativo de grandes «placas» por la superficie de la Tierra.

Diorita. Roca ígnea cristalina.

Dolmen. Tumba megalítica, formada por dos o más piedras erectas que sostienen una piedra mayor. Toda la estructura estaba cubierta de tierra.

E

Edad del bronce. El segundo periodo del sistema arqueológico de las «tres edades», durante el cual se creaban armas y utensilios en bronce. El primer periodo fue la edad de piedra, y el tercero la edad del hierro.

Edad del hierro. El tercer periodo del sistema arqueológico de las «tres edades», durante el cual se usó hierro para fabricar armas, herramientas y artefactos en general. Inmediatamente posterior a la edad del bronce.

Era neolítica. Un añadido al «sistema de las tres edades» de la arqueología clásica. El neolítico o nueva edad de piedra fue una etapa de la prehistoria en la que se practicó la agricultura y la domesticación de animales, pero aún se empleaban armas y utensilios de piedra, como en los anteriores periodos paleolítico y mesolítico.

Equinoccio. Periodo del año, en primavera y otoño, en el que el día y la noche tienen igual duración.

Estela. Columna o losa vertical de piedra, a menudo con tallas e inscripciones.

Estuco. Masa de yeso y mármol pulverizado, que se emplea en molduras, bajorrelieves y otras decoraciones.

F

Falsa bóveda. Método de cubierta neolítico, en el que las paredes se levantan con hileras de piedras planas, sobresaliendo un tanto de la capa inferior y haciendo que converjan las paredes hasta que reste un hueco bastante pequeño como para quedar cubierto con una piedra grande.

Fresco. Pintura al agua, realizada en una pared o techo antes de que se seque la argamasa.

G

Galería funeraria. Tumba megalítica a la que se accede por un largo pasadizo. Tanto la tumba como la galería solían estar cubiertas por un túmulo.

H

Henge. Formación circular de tierra, rodeada por una zanja y un terraplén, y, por lo general, uno o dos círculos de piedras en su interior. Los *henges* son monumentos rituales que sólo se encuentran en las islas británicas.

I

I Ching. *Libro de las mutaciones,* obra china empleada desde hace más de 3.000 años para adivinar el futuro y como guía para alcanzar la sabiduría.

J

Jeroglíficos. Escritura con imágenes, que sirven para expresar ideas o sonidos. Se utilizaron sobre todo en el antiguo Egipto.

K

Kiva. Cámara subterránea de las comunidades pueblo, del suroeste de EE.UU. Solían tener forma circular y eran usadas para reuniones y ceremonias secretas.

L

Lamasería. Monasterio tibetano donde viven y estudian monjes budistas o lamas.

Leyenda. Ficción que en algún tiempo se creyó verídica, y que a veces se basa en hechos reales, aunque embellecidos y exagerados.

Libación. Vino u otro líquido que se vierte en honor de un dios o una diosa.

M

Megalítico. Referente a las grandes piedras encontradas en las tumbas y monumentos neolíticos, aisladas o formando círculos.

Menhir. Piedra erecta de gran altura.

Mesa. Colina o meseta aislada, de cima plana.

Mito. Narración referente a personajes o hechos sobrenaturales, que expresa ideas populares acerca del universo y el pasado de la humanidad.

Monoteísmo. Creencia en un dios único.

N

Necrópolis. Ciudad de los muertos, cementerio.

Nigromancia. Arte mágico de predicción del futuro por medio de la comunicación con los muertos.

O

Obsidiana. Cristal negro u oscuro, muy duro, que se forma cuando la lava volcánica se enfría muy deprisa.

P

Píctico. Referente a los pictos o «pueblo pintado», nombre que daban los romanos a todos los habitantes del norte de la Muralla de Antonino, en Escocia, y que permanecieron independientes hasta que el reino de Escocia los absorbió en el siglo IX.

Pórfido. Roca dura, compuesta por cristales rojos o blancos, que ha recibido veneración por su belleza.

R

Radiestesia. Arte de usar una varita adivinatoria para localizar algo que está escondido; por lo general, agua.

S

Sarcófago. Ataúd de piedra tallada, utilizado en el antiguo Egipto y entre los mayas de América Central.

Sipapu. Agujero pequeño en el suelo de una *kiva*, que representaba el cordón umbilical de la madre tierra y el trayecto de las almas por el más allá.

Solsticio. Periodo del año, a mediados del verano y del invierno, en que el sol alcanza el punto de inflexión de su trayectoria aparente.

Stupa. Monumento budista consistente en un montículo recubierto de piedras y que contiene reliquias sagradas.

Sūtra. Aforismo de la literatura sánscrita, que encierra un principio ritual, filosófico o religioso.

T

Tao. La realidad definitiva e inimaginable que vibra en todo el universo; mantiene todas las cosas y sirve de guía a los que quieren poner orden en sus vidas.

Telúrico. Referente a la energía natural de la Tierra, que emerge en determinados puntos de poder y puede ser detectada por los zahoríes y geománticos.

Trigramas. Los ocho elementos esenciales que se utilizan en el oráculo chino conocido como *I Ching*. Cada trigrama está compuesto por tres líneas y se encuentra en estado de continua transición. Tomados en conjunto, los ocho trigramas describen todo lo que sucede en el Cielo y la Tierra.

Túmulo. Montículo alargado o redondeado, que cubre uno o más enterramientos. Los montículos alargados son característicos de la era neolítica.

Y

Yin y Yang. Los dos principios opuestos que se encuentran en todas las cosas, según la antigua filosofía taoísta. Son dos energías contrarias y, al mismo tiempo, complementarias. El *yin* es pasivo, oscuro, negativo y receptivo; el *yang* es activo, claro y positivo.

Z

Zigurat. Antigua y majestuosa torre de Oriente Medio, por lo general construida en terrazas escalonadas, paulatinamente más pequeñas, y con un templo importante en la cima.

Zodíaco. Anillo celeste formado por doce constelaciones, llamado por los astrólogos signos del zodíaco, y que el sol parece recorrer a lo largo del año.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS (Volúmenes I y II)

A

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

INDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

INDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

BIBLIOGRAFIA

Ashe, G. (Ed.) (1971), *The Quest for Arthur's Britain.* Paladin, Londres (1980); Academy Chicago Publishers, Chicago, IL.

Atkinson, R. J. C. (1979), *Stonehenge.* Penguin, Harmondsworth.

Bivar, A. D. H. (1952-1953), «Lyonesse, The Evolution of a Fable». *Modern Philology,* Vol. 50, pp. 163 y ss.

Blavatsky H. P. (1888), *The Secret Doctrine.* Theosophical Publishing House, Londres (1980), Wheaton, IL.

Bord, J. (1976), *Mazes and Labyrinths of the World.* Latimer New Dimensions, Londres.

Bord, J. y Bord, C. (1978), *A Guide to Ancient Sites in Britain.* Latimer New Dimensions, Londres (1981); Academy Chicago Publishers, Chicago, IL.

Bord, J. y Bord, C. (1986), *Ancient Mysteries of Britain.* Grafton, Londres.

Brennan, M. (1983), *The Stars and the Stones.* Thames & Hudson, Londres (1984); Nueva York.

Browning, I. (1973), *Petra.* Chatto & Windus, Londres (1982); Merrimack Pub. Corps., distribuido por Associated Booksellers, Bridgeport, CT.

Burl, A. (1979), *Prehistoric Avebury.* Yale University Press, New Haven, CT.

Campbell, J. (1984), *The Way of the Animal Powers,* Vol. I. Times Books, Londres (1983); Alfred van der Marck Editions, Nueva York.

Castleden, R. (1983), *The Wilmington Giant.* Turnstone Press, Wellingborough.

Ceram, C. W. (1952), *Gods, Graves and Scholars.* Gollancz/Sidgwick & Jackson, Londres (1976); Bantam Books, Nueva York (tr. esp.: *Dioses, tumbas y sabios,* Destino, 1985).

Coe, M. D. (1971), *The Maya.* Penguin, Harmondsworth (1980); Thames & Hudson, Nueva York.

Cotterell, A. (1979), *The Minoan World.* Michael Joseph, Londres.

Couling, S. (1971), *Encyclopaedia Sinica.* Humphrey Milford, Londres. (Reimpreso 1983 en facsímil por Oxford University Press.)

Crow, H. C. (1925), *Handbook for China.* Carl Crow, Shanghai. (Reimpreso 1984 en facsímil por Oxford University Press.)

Charpentier, L. (1972), *The Mysteries of Chartres Cathedral.* Research into Lost Knowledge Organization, Londres (tr. esp.: *El misterio de la catedral de Chartres,* Plaza y Janés, 1978).

Chippindale, C. (1983), *Stonehenge Complete.* Thames & Hudson, Londres (1983); Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

David-Neel, A. (1931), *With Mystics and Magicians in Tibet.* Bodley Head, Londres (tr. esp.: *Místicos y magos del Tibet,* Espasa Calpe). (1971) *Magic and Mystery in Tibet,* Dover Publications, Mineola, Nueva York.

Edwards, I. E. S. (1986), *Pyramids of Egypt.* Viking, Londres (1986); Penguin, Nueva York.

Evans, H. (1979), *Mysteries of the Pyramids.* Marshall Cavendish, Londres.

Frankfort, H. (1977), *The Art and Architecture of the Ancient Orient.* Penguin, Harmondsworth y Nueva York (tr. esp.: *El arte y la arquitectura en el antiguo Oriente,* Cátedra, 1982).

Ghirshman, R. (1978), *Iran.* Penguin, Harmondsworth y Nueva York.

Grant, M. (1971), *Roman Myths.* Weidenfeld & Nicolson, Londres.

Hapgood, C. (1966), *Maps of the Ancient Sea Kings.* Chilton Book Co., Radnor, PA.

Hawkes, J. (1974), *Atlas of Ancient Archaeology.* Heinemann, Londres (1974); McGraw-Hill, Nueva York..

Hawkes, J. (1976); *Atlas of Early Man.* Macmillan, Londres; St. Martin's Press, Nueva York.

Hawkins, G. S. (1970), *Stonehenge Decoded.* Fontana/Collins, Londres.

Hermann, G. (1977), *The Iranian Revival.* Elsevier-Phaidon, Oxford.

Heyerdahl, T. (1958), *Aku Aku: The Secret of Easter Island.* Allen & Unwin, Londres (tr. esp.: *Aku, aku: el secreto de la isla de Pascua,* Juventud, 1983).

Hilton, J. (1933), *Lost Horizon.* Macmillan, Londres (tr. esp.: *Horizontes perdidos,* Plaza y Janés, 1983).

Jennings, J. D. (Ed.) (1979), *The Prehistory of Polynesia.* Harvard University Press, Cambridge, MA.

Kenyon, K. M. (1974), *Digging up Jerusalem.* Ernest Benn, Londres.

Knight, W. F. J. (1936), *Cumaean Gates.* Blackwell, Oxford.

Koldewey, R. (tr. ing. A. F. Johns) (1914), *The Excavations of Babylon.* Macmillan, Londres.

Lampl, P. (1968), *Cities and Planning in the Ancient Near East.* George Braziller, Nueva York.

Luce, J. V. (1970), *The End of Atlantis.* Paladin, Londres (tr. esp.: *Fin de la Atlántida,* Destino, 1975).

Lytton, E. G. B. (1871), *The Coming Race,* George Routledge, Londres.

Mallows, W. (1975), *The Mystery of the Great Zimbabwe.* Hale, Londres (1984); W. W. Norton & Co., Nueva York.

Marples, M. (1981), *White Horses and Other Hill Figures.* Alan Sutton Publishing, Gloucester (1982); Humanities Press, Atlantic Highlands, NJ.

Matheson, S. A. (1976), *Persia: An Archaeological Guide.* Faber & Faber, Londres y Winchester, MA.

Matthews, W. H. (1922), *Mazes and Labyrinths: A General Account of their History and Development.* Longmans, Green & Co., Londres (1970); Dover Publications, Mineola, Nueva York.

Meyer, K. E. (1980), *Teotihuacan.* Newsweek, Nueva York.

Michell, J. (1977), *A Little History of Astro-Archaeology.* Thames & Hudson, Londres (1977); *Secrets of the Stones: The Story of Astro-Archaeology.* Penguin, Nueva York.

Morrison, A. (1980), *Pathways to the Gods.* Paladin, Londres (1983); Academy Chicago Publishers, Chicago, IL.

Mountford, C. P. (1965), *Ayers Rock.* Angus & Robertson, Londres.

Mullins E. (1974), *The Pilgrimage to Santiago.* Secker & Warburg, Londres (1974); Taplinger Publishing Co., Nueva York.

North, F. J. (1957), *Sunken Cities.* Cardiff University Press, Cardiff.

O'Kelly, M. J. (1982), *Newgrange: Archaeology, Art and Legend.* Thames & Hudson, Londres (1983), Nueva York.

Perowne, S. (1976), *Holy Places of Christendom.* Mowbrays, Londres y Oxford.

Platón, *Timeo* y *Critias,* Espasa Calpe, 1976.

Renfrew, C. (1973), *Before Civilization.* Jonathan Cape, Londres (1979); Cambridge University Press, Nueva York (tr. esp.: *Alba de la civilización,* Istmo, 1986).

Roerich, N. (1930), *Shambhala.* Jarrolds, Londres (1930); Frederick A. Stokes, Nueva York.

Roux, G. (1976), *Ancient Iraq.* Penguin, Harmondsworth y Nueva York.

Scott-Elliot, W. (1896-1930), *The Story of Atlantis and the Lost Lemuria.* Theosophical Publishing House, Londres.

Sox, D. (1985), *Relics and Shrines.* Allen & Unwin, Londres.

Spence, L. (1933), *The Problem of Lemuria.* David McKay Co., Nueva York.

Steiner, R. (1923), *Atlantis and Lemuria.* Anthroposophical Publishing Company, Londres.

Stevens, R. (1971), *The Land of the Great Sophy.* Methuen, Londres (1979); Taplinger Publishing Co., Nueva York.

Stewart, D. (1980), *Mecca.* Newsweek, Nueva York.

Tompkins, P. (1978), *Secrets of the Great Pyramid.* Penguin, Harmondsworth (1978); Harper & Row, Nueva York.

Virgilio, *La Eneida,* Gredos, 1976.

Von Hagen, V. W. (1974), *The Golden Man: The Quest for El Dorado.* Saxon House, Farnborough.

Waters, F. (1977), *Book of the Hopi.* Penguin, Harmondsworth y Nueva York.

Watkins, A. (1971), *The Old Straight Track.* Garnstone Press, West Sussex.

Wauchope, R. (1962), *Lost Tribes and Sunken Continents. Myths and Method in the Study of American Indians.* Chicago University Press.

Wellard, J. (1980), *The Search for Lost Cities.* Constable, Londres.

Westwood, J. (1985), *Albion: Al Guide to Legendary Britain.* Granada/Grafton, Londres (1986); Merrimack Publishers Circle, Manchester, NH.

Wheeler, M. (1968), *The Indus Civilization* (Volumen de *Cambridge History of India,* 3.ª ed.); Cambridge University Press.

Wilhelm, R. (tr. ing.) (1977), *I Ching.* Routledge & Kegan Paul, Londres.

Youde, P. (1982), *China.* Batsford, Londres.

AGRADECIMIENTOS

Créditos de fotos

i = izquierda *d* = derecha
a = arriba *ab* = abajo

10/11 Aerofilms; 12/13*a* Zefa Picture Library; 12/13*ab* Walter Rawlings/Robert Harding Picture Library; 13 Janet & Colin Bord; 14/15 Mary Caine; 17 Hawkshead Communications Ltd; 18 BPCC/Aldus Archive; 19 Sally & Richard Greenhill; 20/21 Adam Woolfitt/Susan Griggs Agency; 23 Topham Picture Library; 24*a* Sonia Halliday & Laura Lushington; 24*ab* The Mansell Collection; 25 Giraudon; 26/27 Aerofilms; 29 Adam Woolfitt/Susan Griggs Agency; 30 National Portrait Gallery, Londres; 30/31 Homer Sykes; 31 Harper & Row Publishers Inc.; 32/33 Adam Woolfitt/Susan Griggs Agency; 34 Bodleian Library, Oxford; 35*a* Aerofilms; 35*ab* Brimingham Public Libraries; 36 J. Catling Allen Photographic Library; 37 J. Allan Cash; 38 Yan/Rapho; 39 Robin Hunter Neillands; 41 Adam Woolfitt/Susan Griggs Agency; 42/43*a* Anthony Weir /Janet & Colin Bord; 42/43*ab* Aerofilms; 43 Clive Hicks; 44/45 Louis Salou/Explorer; 46/47*a* Phelps/Rapho; 46/47*ab* J. Allan Cash; 48/49 The Tate Gallery, Londres; 49 Archivo Iconográfico, S.A.; 50 H. Roger Viollet; 50/51 Werner Forman Archive; 52 Konrad Helbig/Zefa Picture Library; 53*a* Sonia Halliday Photographs; 53*ab* The Bridgeman Art Library/National Museum, Atenas; 54/55 Archiv für Kunst und Geschichte; 56/57 Martzik/Bavaria-Verlag; 58/59 Schörken/Interfoto; 61 Adam Woolfitt/Susan Griggs Agency; 63 The Billie Love Collection; 64 Robert Harding Picture Library/British Museum; 65 Archiv für Kunst und Geschichte; 66*i* Murray Donald/Royal Society of Edinburgh; 66*d* Peter Clayton; 67 Mary Evans Picture Library; 68/69 Tony Morrison; 69 Janet Chapman/Michael Holford; 70 J. P. Courau/Explorer; 71 Bruno Leclerc/ Agence Top; 72*a* Horst Munzig/Susan Griggs Agency; 72*ab* Vautier-de-Nanxe; 73 Vautier-de-Nanxe, 75 C. Mould/ NAAS; 76 Michael Holford; 76/77 NAAS; 78*a* Werner Forman Archive/Victoria & Albert Museum; 78*ab* The Fotomas Index; 78/79 Raymond Depardon/ Magnum/The John Hillelson Agency; 80 Sonia Halliday Photographs; 80/81 K. Chernish/The Image Bank; 82/83 F. Le Diascorn/Rapho; 84/85 Robert Harding Picture Library; 86/87 Roger Wood; 88 BPCC/Aldus Archive; 89*i* The John Hillelson Collection; 89*d* Bury Peerless; 90/91 The Bridgeman Art Library/Kunsthistorisches Museum, Viena; 92 J. Catling Allen Photographic Library; 93 Dr. Georg Gerster/The John Hillelson Agency; 94 E.C.M. Lines/Daily Telegraph Colour Library; 95 Robert Harding Picture Library; 98/99 Cornell Capa/Magnum/The John Hillelson Agency; 100/103 Dr. Georg Gerster/The John Hillelson Agency; 104 W.A. Allard/Contact/Colorific!; 105*a* Larry Dale Gordon; 105*ab* Marion Morrison; 106 The Mansell Collection; 107 Janet & Colin Bord; 108/109 Kunsthistorisches Museum, Viena; 110*a* Janet & Colin Bord; 110*ab* Mary Evans Picture Library; 111 Peggy Shortt; 112/113 J. Bunbury-Richardson/Daily Telegraph Colour Library; 113 John R. Brownlie/Bruce Coleman; 114 Robert Harding Picture Library; 115 The Photographic Library of Australia; 116/117 The Saint Louis Art Museum; 118 Peter Newark's Western Americana; 119 Dr. Georg Gerster/Photo Researchers Inc.; 120/121 Dr. Georg Gerster/The John Hillelson Agency; 121 Peter Newark's Western Americana; 122/123 Michael Holford/Science Museum; 124/125 Zefa Picture Library; 126/127 Mary Evans Picture Library; 127 British Library; 128*i* Hereford Library; 128*d* Fortean Picture Library; 129 Fortean Picture Library; 130/131 Colin Caket/Zefa Picture Library; 133 N. Saunier/Rapho; 135 Aerofilms; 136/137*a* Dr. Georg Gerster/ The John Hillelson Agency; 136/137*ab* Edwin Smith; 138 Dr. Georg Gerster/The John Hillelson Agency; 139*a* Aerofilms; 139*ab* BBC Hulton Picture Library; 142/143 Tony Morrison; 144/145*a* Boireau/ Rapho; 144/145*ab* Walter Rawlings/Robert Harding Picture Library; 145 Walter Rawlings/Robert Harding Picture Library; 146/147 Tony Morrison; 148*a* Robert Harding Picture Library; 148*abi* Tony Morrison; 149 Tony Morrison; 150/151 Walter Rawlings/Robert Harding Picture Library; 152/153 M.P.L. Fogden/Bruce Coleman; 154 Peter Newark's Western Americana; 154/155 Peter Newark's Western Americana; 155 Walter Rawlings/Robert Harding Picture Library; 156/157 Charles W. Friend/Susan Griggs Agency; 158/159 H. Roger Viollet; 160*a* Robert Harding Picture Library; 160*ab* Janet Chapman/Michael Holford; 161*a* Bibliothèque Nationale, París/BPCC/Aldus Archive; 161*ab* Werner Forman Archive/ British Museum; 162/163 Philip Sayer/Departures Magazine; 164 Robert Aberman/ Barbara Heller; 165 Tom Nebbia/Aspect Picture Library; 166*a* Archivo Iconográfico, S.A.; 166*ab* Tom Nebbia/Aspect Picture Library; 167*i* Alain Keler/Sygma/The John Hillelson Agency; 167*d* Dr. Georg Gerster/The John Hillelson Agency; 168/169 Dick Rowan/Susan Griggs Agency; 170/ 171 Marc Riboud/The John Hillelson Agency; 172 Mary Evans Picture Library; 172/173 Burk Uzzle/Magnum/ The John Hillelson Agency; 173 D. & J. Heaton/Colorific!; 175*a* Robert Harding Picture Library; 175*ab* Ashmolean Museum, Oxford; 176/177 Bob Davis/Aspect Picture Library; 178/179 H. Roger Viollet; 180 Naud/A.A.A.; 181 Archiv für Kunst und Geschichte; 182 BPCC/Aldus Archive; 184 Scala/Museo Archeologico, Florencia; 184/185 P. de Prins/Zefa Picture Library; 186*i* The Mansell Collection; 186*d* BBC Hulton Picture Library; 187*a* BBC Hulton Picture Library; 187*ab* Michael Holford/British Museum; 188/189 Lisl Denis/The Image Bank; 190*a* Mary Evans Picture Library; 190*ab* Historisches Museum, Basilea/BPCC/Aldus Archive; 191 J. Allan Cash; 192/193*a* Christine Osborne; 192/193*ab* Robert Harding Picture Library; 193 Robert Harding Picture Library; 195 H. McManus/Daily Telegraph Colour Library; 198 The Mansell Collection; 200/201*a* S.H. & D.H. Cavanaugh/ Robert Harding Picture Library; 200/ 201*ab* Ronald Sheridan; 202/203*a* J. Allan Cash; 203 Roger Haydock/BPCC/Aldus Archive; 204 Minnesota Historical Society/BPCC/Aldus Archive; 205 Mary Evans Picture Library; 207 The Mansell Collection; 208/209*a* Robert Harding Picture Library; 208/209*ab* Croxford/ Zefa Picture Library; 209 Adam Woolfitt/ Susan Griggs Agency; 211 BPCC/Aldus Archive; 212/213 Keith Gunnar/Bruce Coleman; 214/BPCC/Aldus Archive; 214*d* BBC Hulton Picture Library; 215 BBC Hulton Picture Library; 216/217 Dave Paterson; 218/219 Peter Carmichael/Aspect Picture Library; 220/221 Adam Woolfitt/Susan Griggs Agency; 222 British Library; 223*a* Victor Englebert/Susan Griggs Agency; 223*abi*British Library; 223*abd* Tony Morrison; 224 Popperfoto; 225 The Fotomas Index.

Los editores y autores quieren agradecer la invalorable colaboración para este libro de las siguientes personas:

Alison Abel
Donald Binney
Lucy Bishop
Mary Caine
Mary Corcoran
Katie Fischel
Mary Ingoldby
Jazz Wilson

p. 9: referencia de *Thanksgiving for a Habitat*, de W. H. Auden, citado con permiso de Faber and Faber Ltd., tomado de *Collected Poems*, de W. H. Auden. © 1965, W. H. Auden, editado por Edward Mendelson, con permiso de Random House Inc.

Mapas e ilustraciones
Mapas e ilustraciones pp. 28, 40, 169, de John Hutchinson.
Ilustraciones pp. 22, 65, 102, 132, 175, de Stan North.
Ilustración p. 94, de David Parker.
Ilustración p. 212, de Graham Allen.
Mapas pp. 6-7 e ilustración p. 14, de Thames Cartographic Services Ltd.

DEBATE
ediciones
del Prado

